LA
CONSTELACIÓN
DEL OLVIDO
PILAR GONZÁLEZ
ÁLVAREZ

© 2019, Pilar González

Diseño y maquetación: Pilar González Álvarez
Diseño de portada: Pilar González
Imágenes con Licencia Pixabay
Sello: *Independently published*

Dedicatoria

A mi abuela Araceli Córdoba,
en homenaje a su legado

AGRADECIMIENTOS

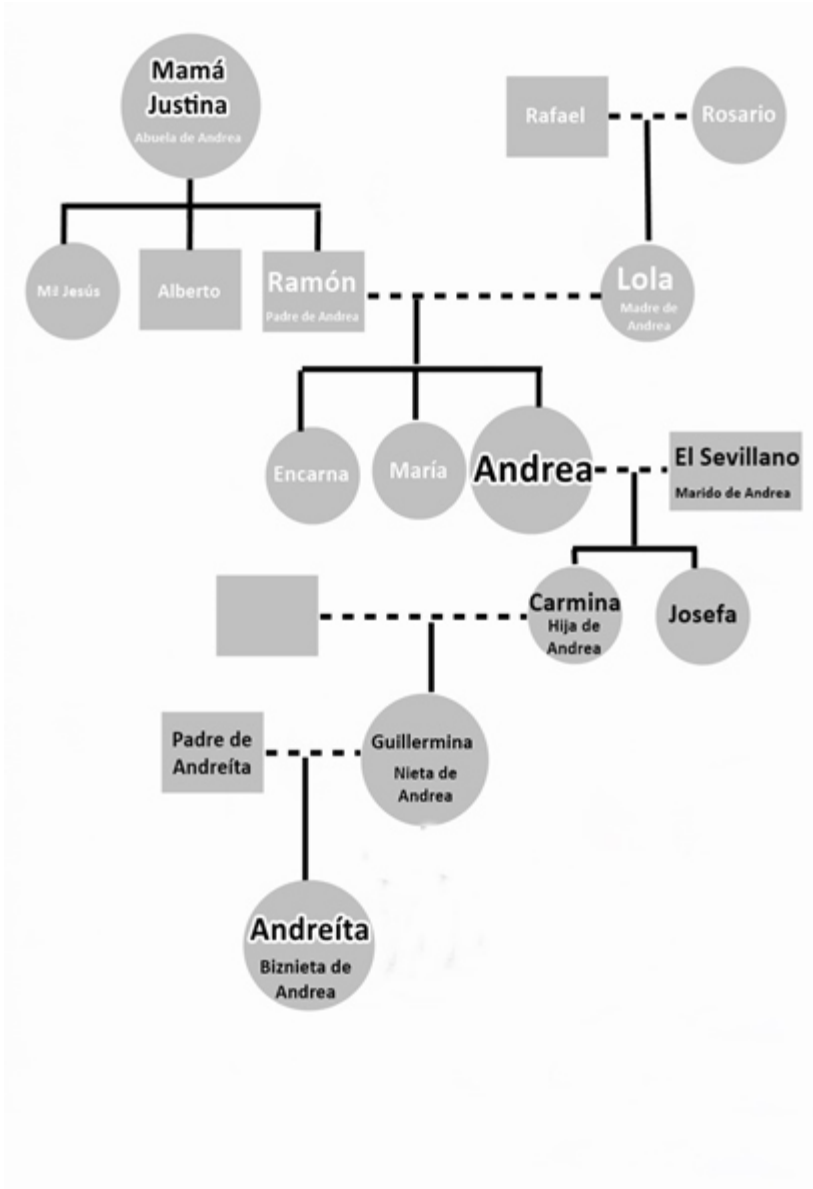
Quiero dar las gracias a mi abuela Araceli; gracias a ella soy quien soy. Gracias a ella y a todas las mujeres de su generación, en muchos casos olvidadas, hoy tenemos más oportunidades, más libertades y un mundo mejor.

SOBRE LA AUTORA

Pilar González, además de escritora, es terapeuta Gestalt y trabajadora social. Ha publicado con anterioridad tres libros sobre desarrollo personal: ***El despertar de Abelia, Fluir con la vida***, que recientemente ha sido traducido al inglés y que fue uno de los finalista en el Premio Espiritualidad convocado por la editorial Martínez Roca en el año 2000, y que se mantiene en los primeros puestos de la lista de Bestseller de amazon.es, en la categoría de desarrollo personal y autoayuda, *y* ***Cómo superar tu timidez***. También ha publicado la novela ***El espejo egipcio*** que de igual modo ha alcanzado el número 2 de la lista de Bestseller de Amazon, en la que se ha mantenido más de seis meses continuados, en la categoría de ficción histórica y en la de suspense e intriga, y que sigue en el top100 de estas categorías. Todos están disponibles en Amazon, tanto en tapa blanda como en digital.

Pueden ponerse en contacto con la autora en su correo electrónico: info@pilargonzalezescritora.com

GENEALOGÍA


Mamá Justina
Abuela de Andrea
Rafael
Rosario
Mª Jesús
Alberto
Ramón
Padre de Andrea
Lola
Madre de Andrea
Encarna
María
Andrea
El Sevillano
Marido de Andrea
Carmina
Hija de Andrea
Josefa
Padre de Andreíta
Guillermina
Nieta de Andrea
Andreíta
Biznieta de Andrea

ESCENARIOS RELEVANTES

Baena. Pueblo natal de Andrea.

Baeza. Pueblo adoptivo de Andrea.

Granada. Residencia temporal de la abuela de Andrea.

Llanura del Serengueti (Tanzania). Residencia temporal de la abuela de Andrea.

Porto Venere (Italia). Pueblo natal de la madre de Andrea.

Sevilla. Residencia de Andrea después de casarse.

I

Andrea, en el lecho de muerte, la noche antes de emprender el viaje sin retorno, tuvo un sueño premonitorio que implicaba a su biznieta Andreíta, aún no nacida.

Ella no era una persona supersticiosa, tampoco creía en las predicciones, a pesar de que la madre poseyó ciertos dones intuitivos y presintió, en ocasiones, sucesos de diferentes edades, remotas y futuras. Las voces del Más Allá se comunicaban con esta en un lenguaje ignoto, que de modo incomprensible entendía, para transmitirle mensajes a veces cifrados y otras veces de una meridiana claridad. Andrea, al principio, pensaba que la madre se perdía entre las musarañas con excesiva frecuencia o que su imaginación se disparaba en demasía, o que las coincidencias y el azar actuaban en los casos en que ella vaticinaba algún hecho, que luego se cumplía. Pero en aquel momento, cuando la última hora se acercaba sigilosa, ni siquiera el escepticismo le impidió tomar la firme decisión de volver a este mundo, para evitar que ese sueño se hiciera realidad, si es que podía regresar, de algún modo, del lugar donde moran las almas cuando han perdido el traje material.

Su agonía se prolongó todo el día y, a intervalos, hablaba sin que apenas se le entendiese; repetía cosas incongruentes, palabras sueltas de conversaciones, tal vez anteriores, que mezclaba como en una batidora. El pasado, el presente y el futuro se superponían, no distinguiendo cuál era uno y cuál era otro, pero lo que decía muy claro, con una nitidez luminosa, era que iba a volver y que algo impediría. El humo del olvido danzaba en su cerebro y se extendía, y minutos después sus neuronas maltrechas recuperaban porciones de memoria que, como trozos de espejos rotos, reflejaban su historia fragmentada. Se le agitaba la respiración y reanudaba la retahíla de vocablos inconexos. Buscaba los rostros de sus seres queridos y con dificultad trataba de apuntar la mirada, repitiendo como en una letanía: «Volveré, volveré, lo impediré, lo impediré».

En uno de esos instantes de lucidez pidió papel y lápiz, con insistencia. Escribió a duras penas varias líneas torcidas y con inquietud dio orden expresa de que nadie leyera esa nota concisa a no ser que jamás regresara del Más Allá. Dobló la cuartilla con obsesión y con la dificultad propia de una inválida, hasta reducirla al tamaño más pequeño que pudo, y la ocultó en la palma de la mano, cerrando y apretando los dedos contra ella para evitar que se desvelase su secreto.

Aquello dejó estupefacta a la familia. Nadie lo comentó, pero las

miradas se cruzaron, iban de unos a otros buscando en algún semblante indicios de intuición, un gesto que aclarase el enigma, una pista que les sacara de la perplejidad, sin embargo todas las expresiones fueron de turbación y la única señal la emitió una hija, que se encogió de hombros.

El secreto familiar se había mantenido oculto durante varias generaciones. Mamá Justina, la abuela de Andrea, fue la primera guardiana de ese oscuro enigma. Así, la mujer, en soledad soportó la carga sobre los hombros hasta que murió, momento en que traspasó a Andrea la custodia de esa herencia misteriosa. Un 10 de octubre de 1958 esta descubriría el funesto asunto, a la edad de treinta y seis años, cogiéndole por sorpresa, del mismo modo que el estruendo rompe el silencio, y causándole un sobresalto que le hizo morderse la lengua por el resto de sus días.

II

Provocaba un miedo atroz, en especial a los más pequeños que la miraban con diminutos ojos de niños, en los cuales todo se magnifica, y la percibían como una enorme ogresa. Sospechaban que en cualquier momento saltaría sobre ellos para convertirlos en sus presas, que los desmembraría de un zarpazo y acabarían descuartizados, desparramados por el suelo como piezas de caza. Temblaban como álamos en un día de ventisca, les castañeaban los dientes y el corazón les latía deprisa temiendo por su integridad física. El espanto se les metía en los cuerpos, se sumergía en las más profundas cavidades y allí se quedaba, aferrado como una garrapata, atrincherado entre los pliegues de los músculos, y les lanzaba a correr para esconderse y para ponerse a salvo. Pero de la imaginación no podían huir, los destinos terribles y las grandes catástrofes que aparecían en sus fantasías, sin ningún tipo de control, les perseguirían casi toda la vida.

Aunque eso ocurría cuando Andrea estaba en pleno uso de sus facultades, ahora llevaba casi tres años con la parte izquierda del cuerpo inmovilizada, desde principios de agosto de 1991. La parte derecha, que mantenía intactas sus funciones, no asumió el sobreesfuerzo que le supondría caminar con un costado a rastras. Lo normal habría sido que ella se empeñara en seguir de pie, que luchara con todo su ahínco para arreglárselas sola, sin ayuda de nadie, pero el empuje que la caracterizaba desapareció de pronto, como barrido por una bocanada de viento.

Su vida transcurría en una cama, prisionera de las sábanas y del sueño que invadía su vigilia a cada rato, sin importar que fuera de día o de noche, media mañana o media tarde. Quedó limitada a comer y a dormir, a ver un poco la tele, a hojear alguna revista, a sentarse en su sillón cuando la levantaban, para que el cuerpo no se acostumbrara a estar siempre ocioso en posición horizontal, a dar un corto paseo en la silla de ruedas, si alguien la empujaba, y poco más. Aunque también se dedicaba a tocar la campanita que le servía como señal de aviso para que su hija Carmina, con la que vivía, de inmediato la atendiera; necesitaba un cambio de postura o un sorbo de agua, o que le facilitara el orinal, o que le rascara la espalda, o solo que la acompañara. Cuando Carmina tardaba más de lo razonable para ella, la campana tintineaba hasta agotarse, por el frenético ritmo al que la sometía su mano diestra que conservaba el brío innato de su talante y la impaciencia que la determinaba.

Sí, la paciencia nunca fue una de sus virtudes. Esperar apenas unos minutos ya le venía largo, su sangre comenzaba a bullir como

agua hirviendo y la explosión de improperios, que desencadenaba, parecía una ristra de cohetes detonando en cadena, fuegos artificiales que se desvanecían dejando una estela de humo en las alturas de su rostro.

Tenía que salirse con la suya a toda costa, de lo contrario fruncía el ceño, apretaba el hocico y estiraba la cara que adquiría aspecto de alpargata. Durante días mostraba el semblante imperturbable como signo de enfado y hábil maniobra para infringir el castigo merecido a aquellos que la hubiesen frustrado. Chantaje emocional podría llamarse, o manipulación, o estrategia baldía, pues esa pretensión de conseguir de los demás lo que se le antojaba, aquí y ahora, ni antes ni después, en el instante justo, casi nunca le proporcionaba réditos. El mal humor, que se le instalaba en la misma médula como un huésped latoso, sobre todo le hacía mella a Andrea, porque donde sembraba heridas invisibles era en su alma, esa región oscura, llena de cicatrices, que a veces se le escapaba por el resquicio de la inconsciencia, la perseguía y no le daba tregua.

Ese talante indómito era solo fachada, tras él se cobijaba una mujer vulnerable, un alma sensible, un corazón muy tierno con un inmenso miedo a sufrir, con verdadero pánico a que los fantasmas del pasado, sepultados con sumo cuidado, se levantasen de las tumbas, y el dolor encerrado del que se protegía le asaltara de nuevo sin previo aviso.

Era el caos personificado, imprevisible y fuerte. Por momentos el volcán de su temperamento rugía y vomitaba lava, y al instante siguiente el agua mansa de su genio se erigía protagonista, o afloraba su generosidad desviviéndose en atenciones, o exhibía durante mucho tiempo la cara de alpargata.

En pocas ocasiones estuvo inactiva. Siempre anduvo de arriba abajo, de acá para allá, bregando con los quehaceres cotidianos. Fue la vida la que la obligó a parar, primero con los ataques repentinos de desmayo en los que se caía redonda al suelo, y aun entonces una aguda agitación imponía contenerla porque una furia destructiva, que la empujaba a autoagredirse, brotaba en esos episodios que quizá fueran de histeria.

Hasta cuatro personas se requerían para sujetarla. Sus ojos enrojecían como el averno, por la maligna punzada que irrumpía en ellos; la tortura alcanzaba tal extremo que intentaba arrancárselos. El suplicio, intenso y severo, se le hacía insoportable, parecía que tuviese un puñado de clavos ensartados en mitad de las pupilas. El potente dolor se transformaba en cólera y la brega se prolongaba durante horas. Gritaba, llamaba a la madre, y braceaba sin descanso tratando de zafarse de las tenaces manos que impedían que cometiera una carnicería. Luego, con lentitud, se iba tranquilizando

y la embargaba un extraño estado de estupor, en el que la flacidez de la musculatura sobresalía junto al colapso de su cerebro.

La recuperación a veces tardaba unos minutos y en otras ocasiones más de un día. Daba la impresión de que emergía de algún mundo distante, extraviado en las marañas de otras dimensiones, inaccesible para cualquier persona con cordura. Su mirada aturdida, con la que no podía reconocer a nadie, iba enfocándose poco a poco, rescatando su cualidad inmanente, y sus movimientos también recobraban con parsimonia el tono natural que habían perdido.

Hubo una época en la que esto le sucedía casi a diario. Las ausencias constantes y las crisis continuas adquirían un vigor indescriptible, como cien maremotos, todos juntos, como mil huracanes aullando y extirpando árboles y casas, asolando bosques y ciudades. Pero a medida que fue cumpliendo años la fuerza de los ataques decayó, hasta desaparecer por completo.

La segunda vez que la vida la paró fue aquella en que la parte izquierda se negó a moverse por sí misma y cualquier acción requería de auxilio. La intervención de su hija, o su nieta, o la enfermera, resultaba de vital importancia para que no se atrofiasen del todo sus coyunturas. Pero los intentos de rehabilitación no surtieron efecto, ni tampoco ayudó su sobrepeso —entonces parecía una modelo de Botero—, y la movilidad pretendida no volvió a aparecer.

Con sesenta y nueve años se encontraba de nuevo viviendo la experiencia de ser como un bebé, por entero dependiente de cuidados externos. Mientras la aseaban y peinaban disfrutaba dirigiendo el evento como si de una ceremonia se tratase. Ordenaba que al secarla no dejaran zonas húmedas, ya que luego la piel se reblandecía y le fastidiaba su laxitud. Sugería que le untaran crema hidratante por todo el cuerpo, pero en especial por ingles, nalgas y pliegues recónditos; decía que así evitaba las escaras, que lo sabía de muy buena tinta porque lo había recomendado el médico. Mandaba que la rociaran con unas gotas de agua de colonia, de fragancia suave, para que su nariz no fuese invadida por olores molestos. Poseía un olfato peculiar, tan agudo en extremo que detectaba cualquier aroma por lejos que estuviese y permanecía en su nariz por tiempo indefinido. Exigía luego que la incorporasen hasta quedar sentada y el pelo se lo peinaran hacia atrás, no le gustaba que rozara su frente, prefería sentirla despejada. Pedía después un espejo de mano, donde comprobar que estaba presentable, por si alguna visita se acercaba a saludarla.

En ese justo orden el ritual se repitió un día tras otro durante más de dos años. Cualquier error, cualquier mínimo cambio, de

estructura o de método, implicaba que se abriese la caja de Pandora y una sarta de quejas culposas escapasen de ella, desparramándose y cayéndole encima a la causante del delito. Todavía estando enferma continuaba organizando, gobernando, creyendo que manejaba su destino, ajena o ignorando la nefasta situación, en una tentativa inútil de convencerse de que nada había cambiado, de que la realidad no podía sustituir al esquema instaurado en sus neuronas a base de vivencias penosas, a la imagen que había creado de sí misma para protegerse, con la que funcionaba y se identificaba, la que la salvó de las bombas cuando le tocó soportarlas y del dolor por la muerte de sus padres y sus seres queridos, y del hambre aguantado con decoro, y de las traiciones a las que tuvo que hacer frente, y de la desesperanza, y del desamor, y de tantas otras calamidades que no pudo esquivar.

Afirmaba que seguía siendo la persona profusa que siempre daba y nunca recibía, la que se ocupó de la madre encamada hasta que falleció, de las hermanas huérfanas mientras no se casaron, de las hijas, de los nietos, del marido enfermo, y hasta de un regimiento se habría ocupado si hubiese hecho falta, tenía energía para todo eso y mucho más.

Aceptar un obsequio o un consejo, o cualquier otra cosa, para ella tenía que ver con perder la dignidad y rodearse de una fragilidad que no podía admitir. Las trampas de la mente —que son tan misteriosas— le hacían imaginar que aquello que se ignora no existe, que lo que no se muestra ha sido derrotado, que la debilidad no asomaría por ninguna hendidura de su fortaleza. Su grandeza residía en hacerse indispensable y en evitar sentir las necesidades propias; por eso no pedía, ordenaba, por eso esperaba que los demás adivinasen sus deseos y los saciaran sin tener que expresarlos.

III

Andrea no visitaba Baeza desde que se casó, hacía ya casi veinte años. En las últimas décadas solo había tenido tiempo de trabajar y cuidar de la familia; al menos, esa fue la excusa que utilizó para no volver a su pueblo adoptivo. Varias cartas recibió en 1958 de la prima Margarita, en las que la informaba del deseo de la abuela de hablar con ella, pero Andrea se resistía. Aunque la mujer había sido una de las personas más importantes de su vida y tenía bastantes cosas que agradecerle, le guardaba rencor por la actitud impositiva y el carácter intolerante que mostró muchas veces, por las críticas que en algún momento le hizo a su madre y, sobre todo, por querer impedir que se casara para mantenerla a su lado a toda costa. Sin embargo, en aquella ocasión ya no pudo esquivar el encuentro; el telegrama recibido, el día antes de salir de viaje, exponía que agonizaba Mamá Justina, como llamaban a la abuela, la madre de su padre, y que con insistencia había pedido verla.

Le costaba recordar la cara de la abuela con nitidez, su cabeza en ocasiones se nublaba, y esa especie de oscura bruma servía de barrera infranqueable para que las imágenes del pasado asomaran al balcón de su frente. Pensó en ella y apenas pudo entrever, en medio de la niebla tupida, la mirada afilada de Mamá Justina rasgándole las carnes en busca del delito sospechado, como si pudiera encontrarlo en sus entrañas. Sintió de nuevo el quemazón de ese corte al penetrarla y el mismo nerviosismo que la invadía de niña, por saberse escrutada. La mirada de la abuela quemaba en ocasiones, en especial cuando la enfadaban, de igual modo que la suya, en eso se parecía a ella.

Pero la neblina mental se disipó unos instantes y pudo evocar aquella ocasión en que se atrevió a coger un trozo de chocolate de la tinaja de Mamá Justina. Creyendo que esta había salido abrió la tapa de la vasija prohibida, con tal infortunio que se le resbaló de las manos y cayó al suelo formando un gran ruido. Mientras la recogía, la mujer apareció en la puerta de la sala y la pilló con las manos en la masa. Aunque la chiquilla argumentó que había tropezado, Mamá Justina la embistió como una fiera, adoptó la postura de un felino antes de saltar sobre el enemigo: tensó sus músculos, encorvó la espalda, los ojos le ardieron como brasas y de su boca saltaron espumosas palabras: «¡Si te veo coger una onza te corto las manos!».

Preparó todo para el viaje que haría, acompañada de las hijas. Andrea no se privaba de hacer vida normal a pesar de su

enfermedad: la inconsciencia atroz que la poseía de pronto desencadenando el impresionante ataque de temporal locura.

Llegó a la estación, ubicada en la Plaza de Armas de Sevilla, casi con una hora de antelación, no fuera que por algún casual el transporte de viajeros saliera antes de tiempo y para asegurarse de que no se equivocaba de línea ferroviaria, no fuese a coger otro tren que las llevara a quién sabe dónde y luego no pudieran regresar.

Por primera vez la visitaba y le pareció grandiosa, tanto por sus altísimos techos y su estructura de hierro como por la dimensión de la nave. Nada sabía Andrea de su estilo neomudéjar ni de cómo se construyó inspirándose en la mezquita de Tánger y el Patio de los Leones, de la Alhambra de Granada; para admirar su belleza no necesitó saberlo. Le recordó la plaza de toros que de niña visitó varias veces con su padre aunque no fuese redonda ni en nada se le pareciera. Se quedó largo rato embobada, paseando la mirada por el apeadero y la multitud que lo transitaba, con la boca abierta y ojos de gata. Le impresionaron el aroma a hollín y a bollería, los rostros de tristeza de aquellos que despedían a sus seres queridos y los elegantes trajes de las mujeres que esperaban a sus enamorados. A cada paso se encontraba con cuerpos abrazados: parejas, amigos, padres e hijos. Le incomodaba tanta expresión de afecto y el gentío que se acumulaba en los andenes, que intentaba sortear para no tropezar con ellos. Pero a pesar de su empeño no pudo evitar los roces que recibió mientras se abría paso. Se sintió como una abeja dentro de una colmena, con la misma estrechez e idéntica sensación viscosa, con el mismo zumbido insistente revoloteando por el aire, como cuando se resguardaba de las bombas, durante la guerra, en los refugios creados para que la población se protegiera de los ataques aéreos. Oyó también el sonido del silbato que anunciaba la entrada de nuevos pasajeros, el vehículo de tablas recién llegado vomitando a los viajeros o tragándose a aquellos que partían con ilusión o con desgana.

Apretó la mano de Carmina, que solo tenía siete años y le ordenó que a su vez apretase la de Josefa, dos años mayor que aquella: «No sueltes a tu hermana, que se pierde». Andrea se sentía atrapada en una amalgama de emociones: la belleza nostálgica de la estación la conmovía, la algarabía la excitaba, el contacto con aquellos desconocidos la ofendía, y la preocupación por no perder el tren o a alguna de las hijas la obsesionaba.

El silbato del funcionario junto con el silbido de la locomotora anunció la salida del ciempiés de madera, que escupió un humo negruzco por la chimenea y emprendió la marcha con su peculiar tintineo. A Andrea el traqueteo del vagón sobre los raíles se le metió en el cuerpo, que le rebotaba en el duro banco de tablas, y en la

cabeza, que se le mareaba al compás del meneo. Llegó a pensar que esa especie de párkinson no la abandonaría por el resto de sus días.

Cinco horas interminables de zozobra, de sofoco para Andrea y de divertimento para las niñas, duró el desplazamiento de una ciudad a otra. «¡No te muevas de aquí, chiquilla, que te vas a matar!», vociferaba Andrea a Carmina cuando esta intentaba trepar de un banco a otro. «¡Estate quieta si no quieres que me dé el ataque!», amenazaba a la hija, como hacía en otras muchas ocasiones cuando las crías no la obedecían y siempre que quería conseguir algo, aprovechando al máximo ese raro trastorno que padecía. El único instante de tranquilidad que tuvo Andrea fue cuando sacó de su bolso un par de bocadillos y los comieron las niñas que estaban hambrientas.

Apoyó la cabeza en la ventana, para mitigar el balanceo al que la sometía el transporte de madera, y contempló el paisaje cambiante, por momentos plagado de olivos, como los que tachonaban los terrenos de Baena, su pueblo natal, minutos después el campo se ofrecía yermo, y más tarde repleto de girasoles. Contempló asimismo la luz que se modificaba y pasaba de ceniza a cobre, o se declaraba en huelga bajo los túneles. Luego avistaba las casas de algún pueblo o aldea, manchas blancas que cruzaban por delante de sus ojos y desaparecían veloces o permanecían impresas en su vista mientras el tren descargaba a los pasajeros. El ciempiés de madera reptaba subiendo algunas lomas como si le costara desplazarse o la pereza se adueñase de su carácter, aceleraba el ritmo en los terrenos llanos y descansaba bostezando en los apeaderos, donde bajaban unos y subían otros: criadas, jornaleros, religiosos, hombres de negocios...

Cada vez que el tren se detenía, Andrea apuntaba la mirada hacia el letrero de la estación; le inquietaba no hallar el nombre de Baeza, su pueblo adoptivo. Cinco horas después lo divisó colgando de un soporte de metal, y se sintió aliviada cuando leyó el cartel que indicaba la llegada a su destino. Al entrar en la estación respiró por fin con soltura. Y al bajar del vehículo enseguida las recogió la prima Margarita que las esperaba impaciente y les dio un fuerte abrazo.

—Mamá Justina está muy mal, creo que no pasará de hoy. Ayer pidió la extremaunción. No sabes cuánto ha insistido en que vinieses. Se quedó más tranquila cuando supo que te envié el telegrama, porque hasta ese momento estuvo muy agitada.

—Debiste enviarlo antes.

—No esperábamos este desenlace, con la fortaleza que tiene pensábamos que sería un arrechucho.

—Mujer, si ha cumplido noventa y cinco años.

—Ya, pero otras veces ha estado grave y después se ha repuesto. Imaginábamos que en esta ocasión sucedería lo mismo.

—¿Y qué será eso que tiene que decirme?

—Ni idea. Le he preguntado varias veces, argumentando que yo te lo diría si no llegabas a tiempo. La única respuesta ha sido el silencio. Luego volvía a insistir en que te llamara, y repetía sin tregua que no podía irse hasta que te viera.

—Estoy en ascuas. ¿No será cosa de la demencia propia de su edad?

—Qué va. Tiene una mente lúcida, más que la tuya o la mía.

Al llegar, Andrea entró en el dormitorio donde yacía la abuela. La agonizante se aferraba a una brizna de aliento. Con esfuerzo expandía sus exhaustos pulmones para aspirar una breve bocanada de aire mísero. Se revolvía en la cama, sudorosa, empeñada en asentar los pies en el pavimento, como si allí fuese a enraizar y evitar así el mal trance, mientras los allegados la frenaban. Parecía no tener deseos de abandonar este mundo ni de reunirse con su Altísimo. Gemía como gimen los moribundos. Un ronquido sonoro retumbaba en su pecho, con rítmica cadencia. Bregaba con blandura, debido a la escasez de brío. Andrea le besó la frente, se sentó a su lado y le cogió la mano. Mamá Justina, al verla, sonrió, se tranquilizó y tiró de ella aproximándola lo más posible.

—En el desván… Mi baúl… Quiero que sea para ti y... La llave… En el libro de tu santo... Por Dios, guárdame el secreto... Prométemelo, prométem…

Susurró la anciana y espiró el último aliento, pero para Andrea fue bastante, la promesa no pronunciada adquirió total relevancia, como un latigazo de vanidad. Se sintió elegida, figura principal en el corazón de la abuela, protagonista de una historia que aún desconocía. Se engrandecía al pensar en la confianza que Mamá Justina había depositado en ella, suficiente para que se empeñara en no defraudarla a partir de aquel momento.

Para ella la lealtad era un valor inquebrantable, pero también es cierto que se vio forzada a asumir el manto de sombra que le legó la abuela. Sin protestas, con total ceguera trataría de cumplir el embarazoso encargo. Jamás rompería ese compromiso, pensaba, incluso después de muerta, si fuese necesario, se levantaría de la tumba e impediría que aquel secreto, que todavía no conocía, fuera desvelado.

Toda la familia se congregaba alrededor de la cama de la moribunda y medio pueblo esperaba, en el pasillo de la casa, noticias de su evolución. Fue Margarita quien comunicó el fallecimiento. Los rostros de los paisanos reflejaban una sincera tristeza, la mujer había sido muy querida. Los familiares bajaron

para atender a los velantes, y Andrea ayudó a la prima a amortajarla después de que el médico certificara la defunción. Ya entonces quiso saber Margarita del mensaje que la abuela le había transmitido, pero Andrea esquivó la conversación: «Ahora no, prima, no es el momento más adecuado».

Se enterró a la mañana siguiente, un 11 de octubre de 1958, tras una noche de velatorio muy movida en la que los conocidos entraban y salían, daban el pésame, charlaban un rato con los que allí se reunían, halagando las virtudes y comentando anécdotas de Mamá Justina. Al finalizar el entierro de nuevo Margarita interrogó a Andrea acerca de lo que tanta curiosidad le causaba, recibiendo la misma respuesta.

Andrea se quedó un par de días ayudando a la prima a retirar la ropa de la abuela de los armarios, y todo aquello que podían donar a las monjitas para que lo repartieran entre los pobres, como pensaban que habría querido ella. Al llegar al sótano Andrea comunicó a Margarita el mensaje que recibió de Mamá Justina, obviando la parte del secreto, y buscaron el cofre que tanto le gustaba de niña.

—¡Qué bien que la abuela me lo ha dado! ¿Te acuerdas que de niña lo tiré varias veces contra el suelo aquel día en el que jugábamos en el sótano? Apenas teníamos una decena de años. ¡Cómo tuvimos que escondernos después, cuando ella oyó los golpes y bajó para ver qué sucedía! —Carcajeó Andrea al recordarlo.

—Sí, claro que me acuerdo. También quisiera quedármelo —objetó Margarita con gesto serio.

—Cuánto lo siento, prima, pero esta es la última voluntad de la abuela.

—Bueno, nadie más lo oyó.

—No te permito que me llames mentirosa —sentenció Andrea con voz tajante.

—No he querido… ofenderte. Y puedes llevarte cualquier otra cosa.

—Pues ya que lo dices… me gustaría tener su mecedora, aunque en el tren y con las niñas no podré cargar con ella, pero por supuesto no voy a renunciar al baúl. Y te pido que no insistas, Margarita. Desde luego no esperaba esta oposición. Tú le debes mucho a la abuela y te quedas con gran parte de la herencia, por no decir casi toda. Me sorprende tanta ingratitud y tanta avaricia.

Margarita se quedó callada y, a pesar del gesto airado que asomaba a su rostro, contuvo las ganas de seguir la porfía.

—Está bien, mañana mismo hago las gestiones necesarias para que la mecedora te llegue a Sevilla. Y también pondré su retrato, por si quieres colgarlo encima de ella —replicó con inquina tras esa

breve pausa.

—Muchas gracias, prima, me hace una enorme ilusión sentarme como ella, en mitad del salón, a comer chocolate mientras me balanceo. Y el cuadro, déjalo, es muy grande, el envío te saldrá muy caro —respondió Andrea ignorando el tono del ofrecimiento.

—Eso es cosa mía, ya está decidido.

A Andrea le preocupaba que la prima quisiera abrir el arca, o le interrogara de nuevo acerca del contenido. Buscó la llave en la biblioteca sin que nadie la viese, para evitar encontrarse en el compromiso de tener que desvelar el enigma que le había insinuado la abuela, pero no halló nada en el lugar que le había indicado esta. Se sentía consternada, no entendía por qué Mamá Justina actuó de ese modo, ni qué oscuro secreto había ocultado en aquel viejo cofre. Su temor se hizo realidad cuando Margarita preguntó otra vez por el suceso.

—Es muy extraño que solo quisiera legarte ese baúl abandonado. Parecía tan importante lo que tenía que decirte.

—Sí, Margarita, yo también lo veo raro.

—¿Seguro que no te dijo nada más?

—Te lo aseguro, prima, me conoces bien y sabes que jamás te ocultaría nada.

—Es que me parece todo tan incongruente. ¿Y no vas a abrirlo?

—Ya ves que no tengo la llave y no quiero estropearlo, cuando llegue a Sevilla lo llevaré a un cerrajero para que me lo abra con cuidado.

—No tienes por qué esperar, aquí también hay cerrajeros. Supongo que estarás tan intrigada como yo. ¿No será que quieres ocultarme el contenido?

Andrea guardó silencio y miró a la prima con esa mirada llameante que abrasaba las carnes, que sin palabras lo decía todo.

—Bueno, bueno… Pues ya me contarás qué contiene.

Desde luego que no le contaría nada, pensaba Andrea, ya idearía excusas, dilaciones o invenciones, cualquier cosa que hiciera falta para preservar la confidencia. Todo ello le hacía sentir incómoda porque si algo no le gustaba era la mentira, pero se encontraba engañando a la prima por lealtad a la abuela. Que esta le pidiera en el lecho de muerte guardar un secreto la comprometía más allá de la razón y, aunque tuviera que pasar por encima de sus principios, el instinto le exigía cumplir la promesa que, sin que hubieran pronunciado sus labios, todo su ser había aceptado. Y los que para ella podrían haber sido días de reencuentro se convirtieron en días de culpa, autoreproche y vacilaciones.

Deseaba volver a Sevilla cuanto antes, no solo por escapar de esa especie de martirio a la que se sometía ella misma, esa tortura china

que no tenía salida, que parecía un retorcido laberinto donde la perseguían oscuras sombras, sino también para no tener que seguir mintiendo y no volver a encontrarse en tesituras similares a la que acababa de vivir con la prima, y sobre todo para abrir aquella pequeña caja, que esperaba no se convirtiese en la caja de las desgracias.

Así que, poco después de la despedida de la moribunda, Andrea emprendió el viaje de regreso y tuvo que soportar otras cinco horas de molesto traqueteo.

A mitad de camino comenzó a dolerle un ojo, cada vez con mayor intensidad, y supo que iba a darle el ataque de inconsciencia, o de agresividad y, temiendo qué sería mientras tanto de las hijas o qué locura podría cometer en ese estado, buscó al revisor, al que puso en conocimiento de la enfermedad que padecía, explicándole con detalle los pormenores de la dolencia. El hombre, preocupado, se quedó en el vagón donde ella viajaba, para intervenir con diligencia si algo de lo expuesto por Andrea ocurría. Cosa que sucedió minutos después. El funcionario solicitó ayuda a otros pasajeros y, tal como la mujer le había pedido, entre todos la sujetaron. En esa ocasión la arremetida fue leve y al llegar a la estación de Sevilla ya estaba del todo consciente, aunque persistía el mareo de la cabeza, un tenue rastro de dolor en la vista y, en especial, sobresalía un ávido deseo de abrir el baúl y averiguar su contenido.

IV

Hasta el momento en que irrumpió la trombosis en la vida de Andrea, había sentido a salvo su secreto. Se percibía una mujer fuerte y poderosa capaz de defender aquel legado: el cofre de la abuela Mamá Justina. Nunca se preguntó por qué lo había guardado, a pesar del riesgo que suponía que alguien lo encontrara, pero entonces se arrepintió de haberlo hecho. Temía perder el control sobre él del mismo modo que lo había perdido sobre su cuerpo. Ojalá no se muriese, deseaba, para seguir cumpliendo su misión. Pero sabía que en esta ocasión no podría salirse con la suya, por ello le pidió a Carmina que se lo trajera, indicándole el escondite, para que lo quemara delante de ella.

—Pero, mamá, qué cosas tienes, ¿cómo voy a encender una hoguera en mitad de tu dormitorio?

—¡Tienes que quemarlo! ¡Tienes que quemarlo aunque sea lo último que hagas por mí!

Insistía Andrea cada día sin que el mandato se cumpliera. Incluso rogó a la hija, suplicó, y le explicó la importancia que tenía para ella que las llamas devorasen el objeto en cuestión. Carmina no podía entender aquel capricho demencial, del mismo modo que tampoco comprendía su obsesiva reserva a explicar qué contenía. Pero a pesar de no comprender nada, conmocionada por la actitud de la madre, buscó el cofre con la intención de cumplir su deseo.

—Mamá, has debido guardarlo en otro sitio, donde me dices no hay ningún cofre.

—No me engañes, no me engañes, Carmina, que soy tu madre y estoy inválida.

—Te aseguro que no está, has debido confundirte.

—¡Tú me mientes! ¡Quieres quedártelo!

—¡Por Dios, no digas más barbaridades! Lo buscaré por toda la casa, lo buscaré hasta encontrarlo. Te lo prometo.

Se deslizaban los días sin que la pequeña caja apareciera, y la intranquilidad de Andrea aumentaba conforme se abocaba al final de su vida. El temor, a que después de muerta alguien lo encontrase, se intensificaba por minutos, y la desesperación se abría espacio en cada poro de su piel y se instalaba en todos los rincones de su ser.

Aquella trombosis la colocó donde nunca había querido, en la parte raquítica de su alma, para explorar zonas desconocidas y desplegarlas, regiones emocionales antes prohibidas; lugares desolados con un inmenso potencial de dar frutos, de terrenos tan

fértiles que una pizca de semilla habría bastado para que germinasen frondosos vergeles, espesas selvas de milenarios árboles. Aquella congestión está claro que afectó sus entendederas, por mucho que quisiera engañarse la verdad surgía por todas partes: ya no era independiente ni activa, ni tan fuerte, ni tan grande, ni tan dadora, ni tan escéptica. En aquellos días, a pesar de los intentos de mostrar a la ogresa, asomaba tenuemente la mujer indefensa, la necesitada, la desvalida, la quebradiza.

En el transcurso del tiempo que duró la enfermedad una nueva mujer fue ganando territorio. Su presencia se notaba en la humedad de los ojos, que afloraba a menudo debido al llanto derramado en silencio, cuando quedaba a solas, desbaratándole el propósito de disimulo; en la congoja que le producía sentirse impotente; en el sentimiento de pequeñez que le iba calando los huesos; en la ternura que despertaba alrededor por la blandura recién estrenada; en el miedo a la muerte que comenzaba a evidenciarse en sus facciones y en sus escalofríos; en la descomposición que le entraba al enterarse de que alguien cercano había fallecido, indicio inequívoco de que su pequeño universo se derrumbaba, de que el conocido mundo se disipaba para dar paso a otro que ya no le pertenecía, pues una generación novata avanzaba con el relevo; en comentarios sueltos que a veces escapaban a su dominio y manifestaban el pensamiento fúnebre que la asaltaba con frecuencia, asentado en la creencia de que a esa edad ninguna cosa, que no fuese cerrar los ojos y emprender el viaje sin retorno, podía esperarse, que la vida ya estaba concluida; influida por los inhumanos cánones de una sociedad que despreciaba lo viejo, lo improductivo, que con ingratitud tiraba a los estercoleros la experiencia atesorada por los ancestros, como inmundicia, y condenaba a los ancianos al olvido.

¿Quién podría no sucumbir a ese destierro? Ni tan siquiera Andrea, con toda su entereza, pudo afrontar el colosal despropósito y se vio arrastrada por una ola gigante de desidia en la que se ahogaba con lentitud, por un mar de lodo que la succionaba como si se tratara de tierras movedizas.

Comenzó a sentirse el hueco que ocupaba sus entrañas, un vacío tan grande como un abismo, en el que caía, caía, caía... Un abismo sin fin, sin horizonte, sin límite ni orilla a la que aferrarse; una vasta oquedad que la abarcaba entera, que hasta dolía, que tomaba en ocasiones formas indefinidas y con menos constancia apariencia de loba. Una loba salvaje y voraz, hambrienta de afectos, de caricias, de contactos, que aullaba desde dentro y se le revolvía en los costados demandando sustentos intangibles, exigiendo resarcirse de abrazos no tenidos, de carencias antiguas ignoradas, de anhelos

tan secretos que, ni siquiera entonces, Andrea pudo saber de su existencia.

¿Qué sinsentido era aquel que se apoderaba de ella? Aquel que la sumía en una tristeza apática, plomiza, de la que no podía despegarse. Una tristeza que nunca antes había sentido de ese modo, de tal profundidad que jamás hubiese sospechado que existiera, que la alcanzó en el peor momento, cuando estaba más desprevenida, en total desamparo y privada de la fuerza.

Una nube negra le anegaba la cabeza, el gris le rondaba los ojos, el desaliento el espíritu, y un peso denso la aplastaba como una sombra muerta adherida a su espalda. El tiempo se arrastraba, como un reptil famélico, por los rincones de su intelecto, y las horas, con su cadencia larga, se convertían en años, en siglos, en lustros, en milenios… en relojes perpetuos detenidos en la glacial arena de su pulso. Sentía aproximarse el lance definitivo, el que le devolvía, como un espejo, la fiel imagen de su andadura por esta vida.

La mujer nueva apenas tuvo tiempo de estrenarse, de haber vivido más, quizá, su personalidad hubiese dado un giro de ciento ochenta grados o más bien hubiera descubierto que solo fue un disfraz en el que se resguardaba del dolor y debajo de él, entre sus dobladillos, se ocultaban sus bondades luminosas. De haber tenido plazo se hubiese dado cuenta de sus necesidades y sus significados, podría haber colmado esos huecos, podría haber volado como una mariposa tras la metamorfosis, con una piel distinta y una actitud flamante, más gozosa y amable, más decidida a celebrar la vida, sin tapujos, con el júbilo que se merecía, con la ofrenda por bandera y una sonrisa grande instalada en los labios. Pero no tuvo tiempo, la muerte le robó esa oportunidad.

El día que el espíritu que la habitaba abandonó su cuerpo, y se quedó dormida para siempre, la mano que ocultaba aquella nota escrita con demencia se aflojó y esta cayó al suelo. Los familiares casi habían olvidado el incidente y el desconcierto que les causó ese antojo extravagante seguido del tajante mandato: «que nadie la leyera a no ser que jamás regresara del Más Allá». Dudaron un buen rato qué hacer, se debatieron entre las ganas de saber qué revelaba y la obligación de respetar su encargo, pero este tenía tan poco sentido…

¿Qué consigna disparatada era aquella? Más propia de un demente que de alguien en su juicio. ¿Cómo iba a volver del Más Allá? Hasta entonces, que supiesen, nadie lo había hecho. Y lo más importante: ¿cómo sabrían si regresaba o no? ¿Acaso, aun suponiendo que ello fuera posible, tendrían capacidad de averiguarlo? ¿Cuál sería el justo momento en que leer la misiva se ceñiría a la pauta prefijada por la moribunda?

Pues con estas perfectas excusas, que les descargaban de culpa y deslealtad, se dieron el permiso necesario para satisfacer la curiosidad. Mayor fue la sorpresa cuando al abrir la nota vieron que solo contenía algunos garabatos, varios renglones torpes escritos con letras ilegibles que mantenían a salvo su íntimo delirio.

V

La habitación del hospital se hallaba iluminada por los rayos de sol que entraban por el gran ventanal de cristales, y una luz de acuarela se propagaba en el aire, matizaba la atmósfera concediéndole aspecto de sacro aposento, como si alguien divino la habitase. Una hilera de flores se amontonaba en el suelo, decorando el testero izquierdo de la sala. Casi había que abrirse paso a saltos, para no pisarlas. El herbal manto se negaba a mantener la disciplina de la fila, extendiéndose más allá de la línea previamente dispuesta. Rosas, claveles, margaritas… y un sin fin más de variedades cromáticas alegraban la vista e impregnaban la estancia de un olor deleitoso haciendo olvidar que era una clínica. Asemejaba un jardín, un paraíso artificial preparado para festejar la ansiada presencia de Andreíta Salvadora Fernández.

El frío invernal no quiso acariciarla, fue condescendiente con ella, parecía haber pactado una secreta alianza con las antepasadas para facilitar su llegada.

La niña era pequeña, exenta de vello en todo el cuerpo. Los redondos ojillos apenas se entreabrían de vez en cuando. La nariz prominente aún estaba aplastada, manifestando que el espacio acuoso de donde había surgido ya le quedaba estrecho. El recinto materno se hizo insuficiente, durante nueve meses la cobijó y creció con ella a su compás, dilatándose como una goma hasta llegar al límite, momento en el que supo que debía resolver, o la expulsaba pronto o los dos se malograrían. Y no es que fuese fácil decidir, el apego se había espigado, con sus largas raíces enganchadas a la pared fibrosa de la húmeda matriz permanecía instalado, había arraigado, como el brezo que forma una maraña en sus cimientos y se esparce invadiéndolo todo. Además su naturaleza hueca le incitaba a acoger. No existía mayor don que percibirse pleno, ocupado por completo, rebosante de vida, y sobre todo útil, generoso, fructífero.

A Guillermina, la nieta de Andrea y madre de Andreíta, de algún modo vaciarse le evocaba a la Muerte: la Señora de negro que triunfa silenciosa, la que extiende sus garras afiladas de hielo. Sabía que aquella tarde, la de Oscuro, rondaba vigilante y no se marcharía con las manos baldías, le arrancaría el fruto de su seno con dolores de sangre y ella expiraría en su preñez y el pobre feto, agonizante, surcaría el rugoso canal en sus gélidos brazos.

Ya lo había vivido antes en dos ocasiones. No es que tuviese miedo, pero sí respeto. Las otras experiencias la marcaron. El vacío

algunas veces se le antojaba un desierto titánico, sin principio ni fin, sin origen ni margen al que abocarse, como la travesía de un náufrago, interminable y vana. Otras veces no sabía ni describirlo, imaginaba un agujero negro, absorbiendo el espacio, y la luz, y la materia... Se sentía tragada, abducida, yéndose a ninguna parte. Ese agujero hondo parecía inagotable.

La última vez que vio a la Muerte fue en el anterior parto. La de Negro se hallaba sentada en la puerta de la casa, desde allí se dirigió hacia adentro, con sonrisa burlona, con paso concluyente. Dejaba huellas de humo tras las pisadas, inmateriales y gigantes. A medida que transcurría el tiempo se impacientaba, alzaba las manos y gesticulaba con brusquedad mientras daba vueltas alrededor de la embarazada.

Llegó la primera al hospital. Trotaba pasillo arriba, pasillo abajo, incansable lo recorría hasta dejar un invisible surco en el corredor. Aquella tarde la oquedad de sus órbitas dibujó una mirada hiriente, incisiva, que clavó en el vientre abultado, con la avidez propia de los usureros. La Dueña de la Noche, enjuta, pétrea, repiqueteaba al caminar con su crujir de huesos. Solamente Guillermina la escuchaba, la oía en cada una de las contracciones. La lucha será estéril, pensaba, cuanta más resistencia más lamento, más daño, más suplicio. El dolor no evitaba que su mente diera vueltas sin descanso, como un trompo, ni que aquellas imágenes de catástrofes irrumpieran sin freno. El dolor, al contrario, le suscitaba temores de lo más variopintos, no solo a que su niña naciera muerta o a que algo invisible le impidiera expulsarla, sino también a que tuviera algún defecto o alguna enfermedad grave.

Pero ese tiempo atrás Andreíta se había sentido cómoda, calentita, sostenida con dulzura, se había despreocupado de cualquier otra cosa que no hubiese sido ampliar el tamaño, multiplicar las células e ir formando los huesos, los tejidos, los órganos de su minúsculo cuerpecillo. Para lo demás ya estaba la madre, no como algo aparte sino como un apéndice de sí misma, como una prolongación que diluía cualquier atisbo de separación, porque al unísono cuando la madre respiraba el diminuto embrión también lo hacía, cuando aquella ingería alimentos, su ser, todavía informe, se apropiaba de ellos, y ambas se alteraban o se calmaban, se asustaban o se alegraban, se enfadaban o se dolían de modo simultáneo. Ella y su madre constituían una misma sustancia, una misma existencia.

«Con razón se le llama paraíso a este periodo mágico, de total confluencia. Con razón es un trauma tener que separarse y partir de ese lugar de ensueño. Pero así es la vida, benévola en sus fines, huraña en sus maneras. Desde el principio revela el ácido dolor de

la despedida, por el bien de todos, pues de otro modo nadie podría seguir creciendo ni conocer lugares insólitos, ni transitar rutas originales», confesaba Guillermina.

Y la pequeña, aún sin poder pensarlo, tal vez de forma automática, experimentaba una gran contradicción, por un lado quería seguir allí, en aquel recipiente empapado y mullido, feliz y confiada, por otro lado necesitaba deshacerse de la angostura, lo antes posible. Cuando el útero se negó a seguir extendiéndose, no por capricho sino porque su constitución no daba más de sí y porque además sabía que el momento del adiós había llegado, la presión se le hizo intolerable. Andreíta se vio envuelta en una mezcla de vehementes sensaciones, como un remolino que la zarandease: miedo y vértigo ante la incertidumbre de lo desconocido, tristeza por la inminente pérdida, desarraigo, separación, destierro, curiosidad y anhelo.

Nació una tarde de invierno de 2012, a principios de enero, en concreto un par de días antes de la celebración de los Reyes Magos, cuando el espíritu de la Navidad aún habita rezagado en los corazones de las gentes. Y fue el mejor regalo, por anticipado, para la familia que la esperaba emocionada. La arropaba la magia típica de esas fiestas, como si el universo hubiese conspirado para que su venida fuese dulce. Existía alrededor del acontecimiento una energía amorosa dispuesta a recibirla con los brazos abiertos, con mimo, con entusiasmo.

Entonces no sabía que su destino pondría en jaque a sus antepasadas, pues, por algún caprichoso designio, su bisabuela creyó que estaba llamada a destapar un oscuro misterio. Ella suponía una terrible amenaza para Andrea, que desde el «otro lado» contenía el aliento helado de temor, e ideaba estrategias para impedir que el sueño premonitorio se cumpliese.

El bebé aparentaba esa fragilidad propia de los recién nacidos, sin embargo el carácter heredado de las antecesoras ya sobresalía en su llanto. Mostraba su poder exigiendo el alimento que por derecho le correspondía. Tenía buenos pulmones. Sus desesperados gritos se oían desde el pasillo. La suave piel de sus mejillas enrojecía con tal intensidad que daba pánico, como si dentro de ese trémulo cuerpecillo se escondiese una fiera y fuese a aparecer de un momento a otro.

A pesar de que la madre, Guillermina, enseguida se la arrimaba al pecho no conseguía calmarla, sus senos no saciaban el hambre voraz de la pequeña, aún era pronto, la subida de leche necesitaba tiempo, un tiempo del que Andreíta no disponía, su estómago todavía no conocía la virtud de la paciencia, se instruiría más tarde, gracias a su madre que la derramaba en abundancia.

Nueve meses atrás comenzaba su historia, nueve meses en los que fue creciendo, poco a poco, como es natural, mientras recibía oxígeno y nutrientes, tanto físicos como emocionales, ajena por completo a aquel sueño de la bisabuela Andrea, en el que ella aparecía como protagonista. Nueve meses en los que también crecía la ilusión en la madre, en la abuela, y en todas las mujeres anteriores. Incluso aquellas que ya no estaban vivas desde el Más Allá se alegraban. Sabían que para la niña todo sería más fácil, ellas se encargaron de que así fuese. El trabajo duro estaba hecho, en sus vidas apretaron los dientes y siguieron adelante, soportando miserias y dolores aprendieron a ser fuertes, forjaron a las hembras valerosas que fueron para luego transmitir a los genes de Andreíta la información relevante. Entre todas prepararon su gran viaje, se aseguraron de que ella trajera la maleta repleta de experiencias antiguas y de excelentes oportunidades.

Andreíta era la menor de tres hermanos, Miguel, el mayor, ya tenía cinco años cuando esta nació y Laura había cumplido cuatro. Hija de Guillermina, poderosa mujer, como todas aquellas que han parido algún hijo, máxime si han sido cinco, contando dos abortos que tuvo. Alta y robusta, de tez morena y de belleza mora, de grandes ojos y maternal mirada. Psiquiatra de profesión, tenía la fuerza de otras muchas mujeres que conciliaban el trabajo, la casa, los estudios, los hijos, la familia...

Incluso en pleno siglo XXI, en esa época en la que decían que los hombres ya ayudaban en las tareas domésticas, Guillermina podía sola con todo y aunque no pudiese lo hacía. Su jornada de diecisiete horas comenzaba a las siete de la mañana y finalizaba a las doce de la noche sin apenas descanso. Eso cuando no tenía guardias, porque en este caso empalmaba un día con otro, desaparecía la noche de un plumazo, como se ausenta la espuma de la superficie del mar, así, de repente se quedaba sin sueño ni reposo. Y todo ese poder que emanaba a raudales parecía diluirse en su afable carácter. Su vaporosa voz y su abierta sonrisa disimulaban la garra que albergaba en sus entrañas, y sus ojeras frecuentes, vestigios mudos del cansancio acumulado, también ayudaban a eclipsar el poder que residía en su herencia.

Andreíta se sintió querida y acogida desde el principio, también por todos los hombres de la familia: el padre, los abuelos, los bisabuelos… El padre nada más nacer la sostuvo en los brazos. El brillo del orgullo le resplandecía en los ojos. La miraba con sutileza, como se mira al primer amor, cautivado y turbado. La alzaba con porte, mostrando su proeza al universo. Ella sintió su aliento rozando sus mejillas y respiró profundo, sabiéndose segura y protegida. Intuyó su cuerpo pequeñito que ese hombre podía

sostenerla, apoyarla, conducirla con mano firme y a la vez amorosa. Se supo presentada al mundo por aquel que puso la semilla de vida en el terreno fértil de su madre. La mitad de sus células reconocían la identidad de la cual provenían.

Pero esta no es una historia de hombres. Esta historia es un homenaje a las mujeres, a las mujeres valientes y a las miedosas, a las luchadoras y a las resignadas, a las rebeldes y a las sumisas, a las tiernas y a las fieras… A las antepasadas de Andreíta, las que ya no estaban vivas. Y en especial esta historia es un homenaje a aquella que legó su nombre a la chiquilla, la abuela de su madre, la madre de su abuela, la bisabuela Andrea de Luna Linares.

VI

Andrea cumplió la amenaza volviendo del lugar que habitaba su espíritu. Apareció en el nacimiento de la biznieta dieciocho años después de haber abandonado el traje material. Tal vez el deseo provocado por el sueño premonitorio le abrió la puerta que vincula distintas dimensiones, entre ellas la de los muertos y la de los vivos, y la jaleó en su empeño de regresar de aquel espacio etéreo para vigilar los acontecimientos de sus seres queridos y tratar de influir sobre ellos, en especial sobre el acontecer de su biznieta Andreíta, la descendiente que poseería su nombre y la conectaría a otras mujeres anteriores de su familia. Porque en aquel sueño que tuvo Andrea, el que la zarandeó unos días antes de morir, la biznieta encontraba el cofre de Mamá Justina y aireaba a los cuatro vientos lo que tanto tiempo ella había callado y custodiado. No permitiría que, después de ese gran esfuerzo, todo saliera a la luz. En cuanto Andreíta lo descubriese se lo arrancaría de las manos y lo quemaría. Así podría descansar tranquila.

Andrea miraba el quehacer de la matrona. En la sala aséptica todos iban de verde. Calzaban los zapatos envueltos en bolsas de plástico, de ese mismo color, para no contaminar el paritorio. Ella quiso imitarlos, se acercó a la estantería donde se hallaban los sacos verdosos y alargó la mano para coger un par, sin poder lograrlo, la inmaterial figura atravesaba la densidad de cualquier masa o sustancia. No se daba cuenta de que era invisible, inaudible, intangible… Se olvidaba de su estado incorpóreo. No ser vista ni oída era un dardo certero que impactaba en la diana de su vanidad. No poder resolver, no poder ocuparse ni de lo nimio ni de lo importante, no poder atender las necesidades de los familiares como hubiese querido le era inaguantable. También le molestaba el olor a hospital, nunca lo soportó. Ese fétido aroma a desinfectante, fino, penetrante como un puñal, que se instalaba en su olfato y de allí no se movía, que allí se quedaba fijo como un retrato, durante días, incluso durante largas temporadas, parecía pegársele al tabique nasal con ventosas, como un molusco. Desde niña estuvo obsesionada con los olores, algunos para bien y otros para mal, los primeros los buscaba, los segundos trataba de evitarlos, pero en este caso los sufría, con tal de estar cerca de su biznieta.

La matrona indicaba a Guillermina que empujara y la ayudaba presionando su abdomen con destreza. Andrea estaba intranquila, con los brazos en jarra y el ceño fruncido, pletórica de impaciencia. Le importunaba que nadie la captase, pero también la tardanza en

asomar su biznieta. Después de un buen lapso de respiraciones entrecortadas, de quejas, de gemidos y empujones, Guillermina abrió el canal lo suficiente para que la pequeña resbalara y asomara primero la cabeza y luego, con rapidez, se escurriese el cuerpecillo mantecoso de su hija.

Nada más nacer Andreíta se hizo notar. Un llanto sonoro y potente remarcó su figura, que colgaba en el aire sujeta por un piececillo. Sin limpiarla siquiera la colocaron sobre el pecho de la madre para que no se sintiese abandonada y siguiera disfrutando del calorcillo que desprendía el cuerpo materno, todavía un poco maltrecho por el reciente esfuerzo, pero tan apetecible como un pan horneado. Hallarse emancipada le provocaría a la pequeña desconcierto. Y Guillermina la palpaba para comprobar que estaba completa. Luego la rodeó con sus manos y se fundió con ella en un tierno abrazo.

La arruga de la frente abandonó a la bisabuela que dejó asomar una entrañable sonrisa a sus labios. Los ojos se le humedecieron al ver a aquella criatura tan indefensa, tan inocente, tan desnuda. La miró largo rato y rozó su manita, que acariciaba apenas con su volátil dedo, con mucha suavidad, por temor a molestarla o a que se asustase. La niñita pareció percibir aquel contacto ya que al instante se quedó tranquila. La paz que había sentido en el vientre de la madre también la sintió allí fuera, en compañía de la bisabuela.

Andrea de Luna Linares, que con constancia había sido una persona más bien ruda, con Andreíta perdía la coraza, se derretía como un bloque de hielo ante el clima ardiente del verano, se le ablandaba ese carácter endemoniado que con frecuencia había dominado su vida, a pesar de los intentos de mantenerse firme y vigilante. Quizás, el hecho de que la niña tuviera el mismo nombre la vinculaba a ella de un modo diferente, o puede que la mujer nueva, que comenzó a asomar en sus últimos días de existencia terrestre, hubiese madurado en la región etérea donde residía desde su muerte.

Por la razón que fuera, un hilo invisible discurría entre las dos, como la balada de un río. Un hilo de luz, vaporoso y firme, por el que avanzaba la vida y se reproducía. De una generación a otra, de madres a hijas, de abuelas a nietas, de bisabuelas a biznietas, como es en este caso, la fuerza de la savia se iba renovando. Y un tapiz alado, una red de filamentos misteriosos se entretejía, conectando a unas con otras, permitiendo el transporte unidireccional de vivencias, experiencias, cualidades y defectos. De la más antigua a la más joven, de la mayor a la pequeña, de arriba abajo, de la primera a la siguiente, como en una carrera de relevos, una cedía el testigo a la ulterior y así, de modo sucesivo, la antorcha de la vida

pasaba de una a otra con su llama inextinguible.

Durante muchos años Andrea permaneció acechante, invisible a los ojos familiares. Se había instalado en casa de Guillermina, para estar próxima a Andreíta y controlar mejor cualquier acontecimiento amenazador. La perseguía constantemente, mientras jugaba en el patio y cuando correteaba por la casa. Nunca le quitaba la vista de encima, ni siquiera mientras dormía, porque no conocía el momento exacto en el que se cumpliría el sueño premonitorio.

Guillermina se enorgullecía del temperamento plácido de la chiquilla y del poco quehacer que le dio mientras fue bebé. No imaginaba que el alma de la bisabuela lograba tal hazaña, igual de ajena se encontraba Andrea que tampoco sabía que la niña, desde que nació, la había percibido de un modo extraño.

Sin darse cuenta, un tierno sentimiento se iba abriendo paso en su corazón. En más de una ocasión se descubría esbozando una sonrisa cuando la cría cometía alguna travesura, y se emocionaba cuando pronunciaba una nueva palabra. Se llenaba de alegría cada vez que crecía dos palmos y, en especial, cuando comía con apetito. Y se quedaba sin respiración cuando la biznieta, como si pudiese verla, indicaba con el dedo el lugar donde ella se encontraba.

Aunque también se enfadaba con la niña y se le encendía la cara de furia al exhibir Andreíta su carácter tozudo y rebelde, como aquel día que se peleó en el colegio con una compañera y la arrastró de los pelos por el patio de la escuela, y luego se negó en rotundo a pedir disculpas. Cruzó los brazos sobre el pecho y con mirada desafiante repitió a la directora, que la había llevado a su despacho: «Ella es quien tiene que disculparse, por haber empezado la riña». Ni siquiera la amenaza severa de que llamarían a su madre le hizo entrar en razón. La expulsaron durante una semana, en la que continuó defendiendo su postura.

—Lo haría de nuevo, exactamente igual, aunque jamás me dejen regresar no conseguirán que me arrepienta. Me he defendido porque ella se metió conmigo primero —confesaba a Guillermina a pesar de que solo tenía diez años.

—Pero las cosas no se resuelven a golpes —le explicaba la madre.

—Verás como ya no se atreve a meterse más conmigo, tengo que hacerme respetar —replicaba la niña.

—Hija, lo que te tendrá es miedo, no respeto. Espero que algún día puedas entenderlo, de otro modo nadie querrá acercarse a ti.

—Pues mejor —recalcó la chiquilla sin dar su brazo a torcer.

También se enfadaba con ella Andrea otras tantas veces porque pegaba a sus hermanos o les quitaba los juguetes, o llegaba a casa

herida y magullada después de haberse caído de un árbol o de haberla arañado algún gato al que intentó coger del rabo. Como cuando se negaba a obedecer a sus padres, se enfrentaba a ellos y les retaba, o pataleaba tendida en el suelo durante horas porque no podía salirse con la suya.

Andrea no soportaba el sufrimiento que la niña causaba a su nieta Guillermina, aunque pronto la perdonaba y volvía a caérsele la baba con esa alegría y esa sonrisa seductora y peculiar que la chiquilla lucía y que le recordaba la de su padre. Le emocionaban su vivacidad, su desparpajo, su curiosidad infinita y sus ganas de disfrutar que contagiaban a todos los que la rodeaban. Porque, igual que mostraba su temperamento indómito cuando la contradecían, abrazaba a todo el mundo y daba muestras de un sincero cariño y un corazón generoso cuando le venía en gana. Tocaba los extremos, oscilaba entre una absoluta fiereza y una cautivadora ternura, una zalamería atrayente que empañaba con rapidez su implacable genio.

Pero Andrea se resistía a dejarse ablandar, tenía una misión que cumplir y nada la distraería de ese objetivo, pensaba, demasiada suerte habían tenido, parecía que el destino también hubiera querido ocultar el secreto, como si se hubiese aliado con sus deseos y los de la abuela.

Sin embargo, esa firme voluntad se desmoronó cuando Andrea presenció cómo la joven, a la edad de dieciocho años, comenzó a perder la memoria y luego, poco a poco, fue menguando su capacidad psicomotora. Andreíta permanecía muda a ratos, incapaz de pronunciar una sola palabra; en ocasiones, recordaba algunas, a veces su nombre, o el de la madre, otras veces ni siquiera eso; hasta que el silencio se hizo perenne. Y después empezó a apoderarse de la muchacha una misteriosa parálisis que terminó dejándola postrada por completo, asemejaba a la Bella Durmiente en espera de que el apuesto príncipe la despertara.

Andrea recordó aquel ictus que sesgó su vida y el trastorno que desbarataba su consciencia. Experimentó la misma debilidad y la misma incompetencia. Temió que la pequeña hubiese heredado de ella ese mal extraño. Y aunque los síntomas eran diferentes se sintió culpable por haberle legado tal herencia.

Los padres de Andreíta pasaban muchísimo tiempo en el hospital donde realizaban a la joven una prueba tras otra: analíticas, radiografías, resonancias…, sin que ninguna arrojara una explicación acerca de la anomalía. Todo estaba correcto, todo dentro de sus parámetros. Después de dos meses de tratamientos fallidos decidieron cuidarla en casa, preferían que la atendiera una enfermera en el domicilio y consultar a otros doctores. Cuando la niña salió del hospital, tal como había entrado, la llevaron de una

consulta a otra, de neurólogos, de traumatólogos, de psicólogos… Visitaron todo tipo de especialistas sin que nadie hallara la causa de la enfermedad. Ninguno había visto nunca una amnesia tan rara, que además se acompañara de esa especie de catatonia.

Guillermina, desesperada, ya no sabía a quién acudir ni cómo ayudar a su hija. No quería pensar que la joven se quedara para siempre como un vegetal ni que la parálisis terminara por truncar su vida, la simple idea la dejaba sin respiración, la ponía pálida como un fantasma y tan abatida como una flor marchita. Pero una naturópata, amiga suya, le habló de cierta profesional que utilizaba un método terapéutico llamado «constelaciones familiares», que servía para conectar con los antepasados e indagar en la génesis del problema. Esta técnica encontraba respuestas allí donde otras terapias fracasaban. La naturópata sabía que algunas personas con enfermedades graves habían mejorado mucho después de ser tratadas por ella. A pesar de que la madre de Andreíta era una mujer de ciencias, y aquello le sonaba a brujería, resolvió llamarla. Quería agotar todos los recursos e intentar lo que fuera necesario, pues no estaba dispuesta a darse por vencida.

Andrea también andaba muy preocupada por la chiquilla, verla en ese estado le dolía más que si le estuviese pasando a ella misma. Le afligía también ver la angustia de su nieta, observar su sufrimiento y no poder ayudarla. Cuando la terapeuta citó a Andreíta, la bisabuela las acompañó, quería saber de primera mano si aquella profesional podría sanar a su niña.

Después de las indagaciones necesarias, la consteladora enseñó a Guillermina varias cartulinas de colores, unas redondas, de unos treinta centímetros de diámetro, y otras rectangulares de tamaño similar, y le pidió que eligiese seis y las distribuyese por el suelo dejándose guiar por su intuición. Cada una de ellas representaba a un miembro de la familia, que con antelación había seleccionado basándose en la escasa información que le dio Guillermina, las redondas a las mujeres y las rectangulares a los varones. Eligió una cartulina redonda y amarilla para simbolizar a la niña, que colocó en el centro de la sala; una roja para la bisabuela Andrea, que situó a la derecha de la amarilla y, aproximadamente, un metro más arriba; una azul oscura, para la tatarabuela Lola, puso encima de la anterior, justo pegada a ella y también hacia la derecha; una morada para Mamá Justina, que posicionó enfrente de la amarilla; y añadió una verde y otra gris para personificar a dos hombres de los que en aquel momento no sabía el nombre; la verde la ubicó al lado izquierdo de la azul y casi debajo de la morada, entre Lola y Mamá Justina, y la gris a la siniestra y un poco más atrás que la cárdena. Si hubiese trazado una línea curva que las uniera, habría dibujado

un corazón asimétrico, más alto en un extremo y algo inclinado.

A Andrea le desconcertó aquello, tanto que no podía dejar de darle vueltas en la cabeza a multitud de preguntas: ¿Qué clase de medicina era esa? ¿Cómo iban a ayudar a su biznieta aquellos cartones grandes? ¿Acaso esa mujer les estaba tomando el pelo? ¿Por qué las había elegido en concreto a ellas? ¿Es que eran responsables de la enfermedad de Andreíta? ¿Y quiénes serían esos hombres?

A continuación la terapeuta pidió a Guillermina que se pusiera de pie sobre cada una de las cartulinas y expresara lo que sintiera, cosa que hizo lo mejor que pudo. Al situarse encima de la amarilla, la que representaba a Andreíta, experimentó un gran pánico y, como si un resorte pusiera en funcionamiento sus manos, se tiró repetidas veces de los pelos y, a pesar de que trababa de impedirlo, las manos no la obedecían. Cuando se colocó en la roja, correspondiente a Andrea, sintió el pulso golpearle las sienes como un martillo, una presión desmedida oprimió su cabeza y sus ojos, era tan intensa que gritó como nunca lo había hecho. Sobre la cartulina azul, que simbolizaba a Lola, comenzó a llorar, un silencioso llanto inagotable la embargó por completo. El llanto se convirtió en risa al pasar a la verde, elegida para uno de los hombres desconocidos. Una risa histérica y estentórea, que no podía controlar, se apoderó de ella. Sobre la gris, atribuida al otro hombre, su pierna derecha se aflojó, apenas podía sostenerse y casi se cae al suelo. En la cartulina morada, que personificaba a Mamá Justina, dejó de percibir el cuerpo y su mente se quedó en blanco durante unos segundos. Luego, del blanco emergieron imágenes de animales salvajes en medio de una espesa vegetación. Tras esa selva apareció un muro negro y notó su garganta cerrarse. El negro se extendió y lo ocupó todo. El negro la envolvió y le hizo perder el conocimiento.

Guillermina tardó un rato en volver en sí. En cuanto se recuperó, la consteladora le explicó que cuando los males no eran ni físicos ni psíquicos se relacionaban con bloqueos energéticos, porque a veces las enfermedades tenían que ver con ciertas dinámicas familiares inconscientes que se transmitían a través de varias generaciones sin causar efectos visibles y que, en ocasiones, las personas más sensibles manifestaban el problema para que pudiera ser resuelto y la energía volviera a fluir; que el padecimiento de su hija se derivaba de alguno de los antepasados conectados a la línea materna y que, aunque no sabía determinar con claridad cuál de ellos era el causante de la enfermedad, confirmaba que lo único que podría ayudar a Andreíta era conocer a fondo la historia de sus predecesores. También le propuso continuar con las sesiones.

Guillermina salió de allí muy disgustada y conmocionada por la vivencia. No comprendía nada de lo que había pasado ni de lo que había sentido encima de aquellos trozos de cartón, ni entendía aquel insólito diagnóstico, ni creía que el tratamiento recomendado sirviera para algo. Tampoco tenía demasiada información de la historia de los ancestros. Ella podría hablarle de sí misma y de su madre, también de sus abuelos, pero más allá de eso no le sería posible. ¿Cómo iba a ayudar a su hija?

Andrea jamás hubiera sospechado que una enfermedad pudiera estar vinculada a otros familiares, a no ser que fuese algo genético, pero en este caso las pruebas médicas fueron concluyentes y no detectaron ninguna anormalidad. Tampoco podía creer que el efecto de esa influencia fuese tan devastador.

Así, desde entonces, se sentaba al lado de la cama de Andreíta, en el balancín que en vida había pertenecido a Mamá Justina, y que aún conservaba Guillermina en recuerdo suyo. Le hubiese gustado tanto abrazarla… pero no se atrevía, suponía que su incorporeidad era un impedimento insalvable, que la atravesaría de igual modo que traspasó los zapatos de plástico en el hospital, cuando intentó cogerlos. Desde la mecedora la miraba con la ternura propia de un espíritu y los ojos humedecidos de emoción. Se esforzaba en no llorar, apretando la garganta y hasta los puños, necesitaba aferrarse a su engañosa imagen de fortaleza, e incluso así una lágrima desamparada rodó por su mejilla. En aquel momento decidió relatarle la historia de los predecesores, para intentar que el recuerdo desplazara al olvido, que la fuerza del pasado cambiara la fatalidad del presente. Quería confiar en que, tal vez, ella tuviera la llave de la curación.

VII

El padre Anselmo, un hombre de fe inquebrantable y espíritu aventurero, tolerante y compasivo, llevaba más de una década acariciando el sueño de hacerse misionero. Su contacto con la Sociedad Misionera de Londres, donde había conocido a David Livingstone en 1865, le permitió obtener datos importantes acerca de las tribus que habitaban los territorios africanos y las rutas seguidas por el escocés, el primer europeo en explorar aquellos parajes, que ya había hecho dos expediciones por las regiones meridionales del continente indómito. La primera en 1849, cuando cruzó el desierto del Kalahari y remontó el río Zambeze; la segunda en 1858, en la que descubrió el lago Nyasa y el lago Chilwa.

Aunque la idea primitiva del padre Anselmo era atravesar África desde el norte hasta llegar al sureste del lago Victoria, el extremo septentrional del Serengueti, el explorador pionero le desaconsejó que lo hiciera, argumentando que podría haber unos nueve mil kilómetros de distancia, en los que hallaría peligros insospechados. Le esperaban fieras salvajes, tribus belicosas, selvas desconocidas, ríos intransitables, pantanos cenagosos, montañas imposibles de escalar y el gran desierto del Sahara, dominio de un sol tirano. También podía encontrarse con la tribu de los Tuareg, los hombres de velo azul, un pueblo bereber muy temido en Europa donde proliferaban las leyendas de que eran sangrientos bárbaros y veloces jinetes, saqueadores de toda caravana que se adentrara en sus territorios.

El explorador le sugirió que viajase en barco hasta la costa de Tanzania, así la distancia a recorrer en carretas se reduciría a unos novecientos kilómetros, y a pesar de que cruzar el Serengueti también entrañaba grandes riesgos, por el clima, por la orografía, por los pueblos guerreros que allí habitaban y por los animales salvajes que lo ocupaban, no tenía ni punto de comparación con las dificultades que se encontraría en el Sahara.

Además le advirtió de otros posibles conflictos con los que podría toparse, por el simple hecho de ser español: en especial la oposición de colonos holandeses, alemanes, y de los propios británicos, a que otras naciones emprendieran movimientos evangelizadores o exploratorios por lo que consideraban sus tierras.

Después de conocerle, el padre Anselmo comprendió que lo mejor sería efectuar la ruta en barco hasta la ciudad de Dar-es-Salem y desde allí continuar hasta las cercanías del lago Victoria. Así que decidió que seguiría sus consejos. Pero, sobre todo, la

relación con Livingstone, al que admiraba por sus hazañas, le animó a aventurarse en aquel proyecto que desde hacía tiempo le rondaba por la cabeza. Sabía que sería una empresa escabrosa, pero él no se achicaba ante los desafíos.

A su vuelta de Londres inició conversaciones con las autoridades eclesiásticas para convencerles de las ventajas que tendría llevar la palabra de Dios a los confines del mundo, y para que la Iglesia negociara con Holanda, Alemania e Inglaterra, a fin de obtener un acuerdo que evitara enfrentamientos con los colonos. Doce años después el padre Anselmo consiguió el permiso para instalar la misión al noroeste de Tanzania, entre las actuales ciudades de Musoma y Mwanza.

En el convento de las Hijas de María del Socorro, ubicado en Granada, Justina García Carrasco profesaba el noviciado. Allí la llamaban hermana Catalina en contra de sus deseos porque ella se empeñaba en mantener su nombre. Había entrado como postulante a la edad de quince años. Solo era una chiquilla, aunque alta y vistosa, demasiado madura para su corta existencia. Tenía rasgos marcados y una belleza exótica. Con el pelo negro, muy rizado, y la piel más tostada que el café parecía una inmigrante saharaui.

Ahora, por tercera vez, pedía a la madre superiora que la destinara a alguna de las misiones españolas en el continente americano, y también por tercera vez la religiosa se lo negaba argumentando que debía cultivar la paciencia.

Los tres primeros años de noviciado eran una etapa de aprendizaje. Justina se dedicaba casi en exclusividad a orar, a recibir lecciones piadosas y a meditar en la celda acerca de su vocación. Tenía asignada a una monja instructora, que la educaba sobre los valores cristianos, las reglas que debía cumplir y las virtudes que la congregación estimaba necesarias desarrollar. También durante estos años cursaba estudios de enfermería. Sus salidas al hospital, donde realizaba la formación, evitaban que se sintiera una monja de clausura, su carácter sociable y extrovertido le hacía necesitar relacionarse, tanto como respirar. Justina, en 1881, estaba a punto de finalizar este periodo.

Los dos años siguientes, después de tomar los votos provisionales de pobreza, castidad y obediencia, las jóvenes religiosas comenzaban a prestar servicios en el exterior de la institución, unas como enfermeras, otras como maestras, algunas cuidando a personas mayores en sus domicilios o recaudando limosnas. Al cumplir el quinto año de noviciado se consideraba que ya estaban preparadas para profesar los votos perpetuos y consagrarse a la unión con Dios. Entonces se celebraría una

ceremonia en la que Justina se convertiría en la esposa de Cristo y recibiría un anillo indicativo del compromiso.

Lo que Justina no sabía en aquel momento era que el universo conspiraba para que su deseo de ser misionera se hiciera realidad, aunque fuese en otro continente, porque desde tiempo atrás el padre Anselmo, amigo de su familia, preparaba un viaje a África.

VIII

—No sé, Andreíta, si servirá de algo contarte nuestra historia, espero que sí, que pueda ayudarte a recordar, porque, aunque no me veas ni me escuches, estoy aquí contigo. No te asustes, mi niña, que la vida es muy bonita. Yo estaré una eternidad a tu lado, para protegerte, para sostenerte, para consolarte, para cualquier cosa que necesites y también para lograr que permanezca oculto aquello que crearía sufrimientos innecesarios si saliera a la luz. En cuanto te pongas bien te enseñaré a capear al toro de la vida y a usar el estoque, a no amedrentarte cuando los pitones te rocen los muslos, a esquivar los más duros lances y a todo lo que haga falta. Ya buscaré la forma de enseñarte.

»Ahora que tengo la experiencia de esta otra vida ingrávida, donde el corsé del cuerpo no me aprisiona, donde la piel no me divorcia de lo externo, y puedo caminar sin pies que me sostengan, sin límites que me distingan de los otros, creo que seré la mejor maestra, y si no lo soy aprenderé, porque lo que me sobra es tiempo.

»Y el día que tú abandones esta vida no te irás sola, yo te acompañaré al cruzar el túnel que aparece separando los mundos, y haré que el viaje de tu alma sea luminoso. Sí, te serviré de guía para que no te pierdas ni acabes en el limbo o en algún otro sitio donde no debas, que hay lugares oscuros que te atrapan y laberintos que te enredan y seres que pretenden robarte la energía. No te puedes fiar… no, Andreíta, no es fácil pasar de golpe de un estado a otro. Si yo te contara… Qué confusión tan grande sentí en aquel momento y eso que tampoco me dejaron sola, porque de otro modo cualquiera sabe adónde hubiese ido a parar. Pero no quiero adelantarme a los acontecimientos, de lo que debo hablarte es del pasado. A ver si logro que a tu memoria vuelvan los recuerdos.

»Menos mal, Andreíta, que has venido a este mundo en tiempo de paz. ¡Qué bien que tú no tendrás que vivir los horrores de la guerra!, eso ya lo hice yo por ti. Lo hicimos todos los de mi generación, para que vosotros, los de esta era, sin tener que padecerlos, sepáis que esa no es forma de arreglar nada. Seguro que hay algo, por ahí dentro de tu cuerpecito, donde consta que la violencia es el mayor error que pueda cometerse. Asesinar a iguales, infringir heridas, físicas o emocionales, que te arranquen al ser más querido: tu marido, tus padres o tus hijos, no tiene nombre. Seguro que ese algo ya sabe que siempre hay que llegar a acuerdos y agotar el diálogo. Sin duda habrá aprendido la lección y la guardará en tu esencia para poder guiarte hacia la tolerancia.

»Cuando te miro me doy cuenta de que no me importó tener la experiencia, a pesar de su dureza. Ni te imaginas la angustia que me

bloqueaba la garganta cuando oía el silbido de las bombas, parecía rozarme las sienes. Y luego el atronador trallazo que irrumpía en mis oídos casi dolía, tanto como mantener los dientes apretados, para aguantar las ganas de gritar a las que me empujaba el terror. El reloj arrastraba las horas, que se me hacían eternas, escondida allí donde me hubiese alcanzado la gresca, como si el calendario se hubiera detenido. Aunque no sé qué era peor, si el momento previo o el posterior, cuando todo se quedaba en silencio durante unos segundos y una no sabía si seguía viva o ya estaba al otro lado de la vida.

»Sí, Andreíta, no sentía ni mi respiración, apenas entraba y salía de mi cuerpo una brizna de aire, como si ella de forma autónoma hubiese decidido atenuarse. Supongo que creía que así me protegía, que si permanecía inmóvil me haría invisible, intangible, invencible, como si las bombas pudieran detectar el movimiento, ¡qué ilusa!, en aquella época aún era de lo más inocente.

»Qué bien que no tendrás que oír los gemidos de agonía de aquellos a los que acababan de matar a algún familiar, o de los que se llevaban por la noche acusados de traición. Los militares irrumpían en las viviendas sin previo aviso, tirando la puerta abajo. Levantaban de las camas a los sospechosos y a empujones y tirones los halaban hasta el cuartelillo, seguidos por el rastro de alaridos, llantos calamitosos y algún que otro improperio proferido por los consanguíneos. Cualquiera podía dar un chivatazo, fuese verdad o mentira, nadie lo comprobaba, de inmediato surtía efecto, la tropa detenía al reo, o la guardia civil, y lo conducían ante el teniente o el alcalde, o quien dirigiera el interrogatorio.

»No te lo voy a negar, pasé mucho miedo y mucha hambre, pero me los guardaba en los bolsillos, o en las entretelas, en cualquier parte donde no me impidieran sacar pecho y seguir adelante con la frente alta y el pundonor de estandarte. Aunque mi alma languideciera y se quebrara me había prometido que nada me robaría los arrestos necesarios para salir airosa de cualquier atolladero. Es la primera vez que lo confieso. A mi estómago le nacieron telarañas, con eso te lo digo todo. Había días que hasta se me nublaba la vista, de la endeblez; mi cabeza parecía un tiovivo dislocado y a mis piernas delgaduchas les faltaba el vigor suficiente para mantenerme en pie. Pero mi dignidad era fuerte y también mi deseo de evitar que mi madre lo notara.

»Mi pobre madre, Lola, ya tenía bastante con sufrir en silencio la escasez. Para una madre no tener un trozo de pan que darle a sus hijos es muy penoso, y la reciente muerte de mi padre, que la dejó viuda, desamparada con tres hijas pequeñas, vino a acentuar su congoja y a prolongar su imagen sombría. No la recuerdo de otro modo. Toda la vida se la pasó vestida de negro, Andreíta, con el luto pegado a las ropas y al alma. La mayor era yo y aún no había cumplido los catorce años,

mi hermana María tenía siete y Encarna, la pequeña, cinco. Al enterarme creí volverme loca. Me parece que fue la primera vez que a mi mente asomó el trastorno. Y eso que estaba sobre aviso, el don de mi madre para detectar desgracias funcionó como en otras ocasiones. Haría unas tres semanas que me había dicho que debíamos acostumbrarnos a la ausencia de mi padre: «Pronto partirá tu padre hacia el viaje sin retorno, lo presiento». Yo no la entendí muy bien, no pude o no quise, ni tampoco le di mayor importancia porque entonces, mi niña, no quería creer en sortilegios, pero cuando ocurrió el suceso esas palabras saltaron de mi memoria como de una cama elástica. Aquel día tuvieron que agarrarme entre unos cuantos, para impedir que cometiera algún desvarío. Gritaba como una posesa llamándolo, me arañaba la cara y daba manotazos sin ton ni son. No podía imaginar mi vida sin su presencia, echando de menos la sonrisa y la zalamería que lo caracterizaba.

»Me prohibieron acudir al velatorio. Mi tía María Jesús, la hermana de mi padre, se hizo cargo de mí durante varias semanas, para alejarme de la demencia y del mal trago del entierro. En su granja de ovejas estuve con mis primas que se desvivieron por entretenerme. Pero supe que el cementerio se quedó pequeño, que asistió una marabunta de gente. Lo enterraron en Baeza porque mi abuela rogó a mi madre que lo dejara reposar en la tierra donde había nacido, al lado de los antepasados. En el panteón familiar cada miembro tenía reservada una sepultura y, claro, el pueblo entero se lanzó a la calle detrás de la comitiva mortuoria. En la iglesia tampoco cabía ni un alfiler y en el exterior todos los flancos permanecieron sepultados bajo la multitud que allí se reunió. Y mira que la plaza es grande, pues más llena estaba que en una procesión y el mismo silencio imponente se erguía en la atmósfera. Algo lógico cuando alguien se hace querer como él, tan sociable, tan simpático, tan zalamero. Sí, te regalaba una carantoña y derrochaba su sonrisa a cada instante. ¿Quién no iba a lamentar su ausencia?

»Tardé más de tres años en visitar la tumba, el tiempo que la guerra paró nuestras vidas. No hacía ni cuatro meses que mi padre faltaba cuando empezaron los combates. Si algo me consolaba era pensar que al menos él no había tenido que soportar la atrocidad de la matanza. Murió de un cáncer de lengua. Esta se le hinchó de pronto, Andreíta, como un globo, y ocupó la cavidad de la boca en su conjunto hasta taponar las vías respiratorias como un tronco de árbol en medio de un riachuelo. El pobre se ahogó en su propia saliva, por decirlo de alguna forma. La falta de aire le fue poniendo lívido como a un ahorcado y los ojos se le extraviaron; las pupilas opacas parecían mirar al firmamento, según contó Faustino, un amigo suyo que estaba con él en el casino cuando ocurrió la desgracia. El médico acudió demasiado tarde. ¡Qué

pena, Andreíta, que no hubiese allí nadie capaz de abrirle un hueco en la garganta y meterle un tubo, como he visto hacer en ciertas películas! Eso le habría salvado la vida. Cuando viene un mal no llega solo, dice el refrán, y bien que se cumplió en este caso.

»El dolor de la pérdida se vio atemperado por el terror a las bombas, por la amenaza constante y el enorme vacío del canal digestivo, pero un mal grave se desdibujó con otro mayor, o más bien vino a sumársele. Y eso que mi tío Alberto, el hermano de mi padre, cuando podía se acercaba a traernos comida, enviado por mi abuela, Mamá Justina, que siempre nos tenía en mente.

»¡Ay, mi niña! ¿Has movido la mano, o es que me lo ha parecido a mí?... Sí, han debido ser figuraciones. Pues como te decía, creo que a tío Alberto no le habría importado casarse con mi madre. También quedó viudo cuando la esposa murió en el parto de mi prima Margarita, que lleva su nombre de recuerdo. No es que él dijera nada, ni nunca lo propuso que yo sepa, pero la miraba con ojos de embeleso y hablaba sin parar en su presencia, sin esperar respuesta. Siempre fue tan atento con ella... Le preguntaba por su ánimo a cada instante y de forma invariable antes de irse le soltaba: «Si necesitas algo, ya sabes, solo tienes que pedírmelo». Era tan distinto a mi padre: seriote, poco sociable… No sé si estaba acomplejado por la cojera que padeció desde niño, debido a un accidente. Con diez años se cayó de un caballo, se destrozó la pierna y ya su andar no fue el mismo. En fin, mi tío era un hombre del todo predecible, jamás faltó a la fábrica donde trabajaba, al contrario, llegaba el primero, puntual como un inglés. Mi abuelo lo consideraba su mano derecha y cuando este murió heredó casi todos los bienes.

»Celebrábamos la llegada de tío Alberto como si se tratara de una fiesta. Con frecuencia traía tocino, patatas, pan, huevos, leche, fruta, algunas verduras e incluso algún trozo de jabón que mi abuelo conseguía de estraperlo, lo guardábamos como oro en paño, hasta café traía a veces, envuelto en papel de estraza para que los granos no perdieran el aroma. Me encantaba meter la nariz en el cartucho y aspirar bien hondo, inundarme del olorcillo a moca y deleitarme con el rastro que dejaba en mis fosas nasales. Casi tanto como saborear el líquido negruzco que obtenía mi madre después de moler los granos y cocer la molienda en agua hirviendo. Era un verdadero privilegio poder tomar café migado con pan blanco, digno de emperatrices y unos cuantos señores con dinero.

»¿Será mi tío uno de esos hombres que aparecían en las cartulinas de colores? La verdad, hija, es que no sé qué historia hará que te recuperes. Si me dieras una señal, algo que me indique que voy por el camino correcto… Podrías abrir los ojos o esbozar una sonrisa, o mover una mano, o al menos un dedo. ¡Mira con qué poco me conformo!

»El bueno de tío Alberto se arriesgaba más de lo debido. Al llegar nos

contaba las complicaciones que había sufrido durante el viaje: «Hoy me han retenido e inspeccionado el cargamento. He tenido que llorarles como una plañidera para que no se quedaran con las viandas ni imaginaran que trataba de ayudar a los comunistas. Cada vez que me paran les doy las mismas explicaciones: que lo llevo a Baena, donde viven mi cuñada y mis sobrinas, que si sois una pobre viuda y tres huérfanas, que soy el hermano de Ramón, el hijo de la matrona. Y aun así me han dejado menos de la mitad de lo que traía. Y mira que me conocen. El que estaba a la cabeza del pelotón, en el puesto de vigilancia nacional, a la salida de Baeza, era el cabo Jiménez. El cabrón ha estado conmigo en el colegio. ¡Sabrá de sobra quién soy! Se fumaba un pitillo con aire chulesco y me echaba el humo a la cara. Pues me dice el muy bandido que hay que ayudar a la patria, cada uno con lo que pueda, el que tiene más con más y el que menos con una pequeña parte. ¡Pero, hombre, que son tres niñas y una mujer de luto!, le he respondido yo. Y nada, ni caso, como si no me hubiese oído me ha ignorado por completo. Ha levantado la tela que cubría las provisiones y ha retirado todo lo que ha querido: dos cántaras de leche, un saco de harina, tres piezas de pan, una porción de jabón, un pedazo de tocino, más grande que mi mano, dos docenas de huevos, un saco de patatas y casi todo el café. El queso no debe gustarle porque lo ha dejado intacto. Y encima me dice impávido que me dé por satisfecho, que bastante tengo con haberme librado de ser reclutado por mi cojera, que más hambre se pasa en el frente y que los soldados dan la vida por España, que es lo máximo que se puede dar. ¡Cómo si ser cojo fuese una suerte y tuviera que celebrarlo!».

»Mi madre, como de costumbre, oía y callaba, como mucho daba las gracias porque eso sí, Andreíta, en gratitud no le ganaba nadie. Le preparaba la habitación para que descansara y le ofrecía un poco de café que él siempre aceptaba. A menudo se quedaba un par de días antes de volver a Baeza. Pero a tío Alberto, que la conocía, no parecía importarle mantener el monólogo. Él seguía erre que erre con la retahíla: «Y por si fuera poco, a media hora de Baena he tenido que apartarme del camino, sujetar a las bestias y esconderme. Una patrulla del bando contrario merodeaba por los alrededores. Creo que la guardia roja se aprovisionaba de armas, porque los milicianos bajaban unas cajas alargadas de un camión y las cargaban en mulos. Menos mal que una de ellas debió caérseles y el estruendo me puso sobre aviso. Si llegan a toparse conmigo seguro que se agencian lo poco que me dejó el cabo Jiménez, y quién sabe si no me hubiesen dado un tiro o me hubieran raptado para pedir rescate. De lejos escuché a uno de ellos maldecir a los curas y argüir que por poco tiempo seguirían envenenando a la plebe. Me temo que quieran quemar la iglesia o hacer alguna tropelía parecida».

Viajar en carruaje por aquellos caminos tortuosos era una locura, el hombre no solo se exponía a perder las viandas o el propio medio de transporte sino también a ser detenido o golpeado, o incluso alcanzado por una bala errante y caprichosa. La carretera nacional estaba cortada y el ferrocarril paralizado. Los primeros bombardeos de la aviación republicana, que tuvieron lugar en el año 1936 sobre tierras de Baena, efectuados por una escuadrilla completa de aviones Natacha, tuvieron como objetivos militares truncar las comunicaciones de los enlaces de las carreteras y del ferrocarril, pero también la población sufrió las amargas consecuencias. La calle de la Estrella, próxima a la vivienda de Andrea, quedó destrozada, y numerosas casas acabaron convertidas en un montón de escombros. El hospital de Jesús Nazareno también se vio afectado así como varias iglesias. Las bajas fueron pocas, pero hubo tres muertos y decenas de heridos que tuvieron que ser trasladados al hospital de Córdoba. Estos ataques desde el aire se repitieron en varias ocasiones, en algunas fueron repelidos por cazas nacionales, pero en otras las bombas destruyeron todo lo que encontraron a su paso. Trasladarse en carreta entrañaba bastantes dificultades, el tío de Andrea tenía que sortear los hoyos del camino, los pedruscos levantados por las explosiones, a los combatientes, de uno y otro bando, y a su propio miedo.

—Claro que a tío Alberto le hubiese gustado venir con más frecuencia, Andreíta, pero la cordura se lo impedía. Había semanas que las balas no cesaban de enfilarse por el barranco, a la salida del pueblo. El tiroteo continuo paralizaba el ritmo de la vida. Así los víveres que nos proporcionaba teníamos que estirarlos como un elástico. Si mi padre hubiese vivido habría ido cada día a casa de Mamá Justina, habría esquivado balas, proyectiles, y cañones, y explosivos… Anda, pero si otra vez parece que te mueves.

»¿Sabes, Andreíta? Mi padre era un Dios para mí. Aunque desde esta perspectiva ingrávida, donde ya no queda sitio para ponerme velos que me tapen los ojos y me impidan ver la realidad, tengo que reconocer que algunos defectillos también tuvo y que aumentó el sufrimiento de mi madre, sobre todo cuando perdió la fábrica y no le quedó más remedio que vender nuestra casa, despedir a los sirvientes y forzarla, de algún modo, a trabajar de costurera. Sí, ahora puedo reconocer los defectos de mi padre, pero valentía no le faltaba y sabía que Mamá Justina jamás le habría negado ayuda. Cuando se enteró de que perdió la fábrica en una partida de cartas estuvo sin hablarle, tenía tal enfado que no quería ni verle. Pero al cabo de unas semanas se le pasó el enojo, una madre siempre perdona a un hijo por muy grave que sea su conducta.

»No ocurrió lo mismo con mi abuelo, que se llevó una decepción mayúscula. Aquel suceso se interpuso en la relación entre ellos, que

nunca volvió a ser la misma. Mi padre repetía con frecuencia que él no necesitaba nada de nadie, haciendo alusión a la pérdida de la herencia y, aunque comprendimos que lo desheredara, aquella decisión también nos afectó a nosotras, que sin comerlo ni beberlo pagamos los errores de mi padre. Pero mi abuela siempre nos tuvo en cuenta, también cuando yo iba a su casa, a disfrutar del verano con mis primas. Procuraba atiborrarme de comida por si acaso en el invierno pasaba fatiga y luego, al finalizar la temporada y regresar a Baena, mi abuela me endosaba una cesta repleta de manjares: leche, fruta, arroz, aceite, legumbres… Me decía: «Toma, dale esta canasta a tu madre que ya verás que contenta se pone. Ten cuidado que pesa un poco», me colgaba de la mano un capacho de mimbre y ponía un trapo entre las asas para que con la carga no se me clavaran, y me estampaba un beso en la cara con tanta fuerza que más que de afecto parecía de posesión. Eso nos aliviaba bastante, Andreíta, pero no impedía que nuestros estómagos, en más de una ocasión, se quedasen ociosos ni que mi madre desesperase por no tener nada que echar a la olla. Ni siquiera su trabajo de modista fue suficiente para que el alimento no faltara.

»Claro que en tiempos de guerra muchos son los que pasan hambre. Fíjate si había necesidad que los gatos casi desaparecieron de las calles. Ni un maullido se oyó en varios años. Y los granjeros escondieron las pocas gallinas que sobrevivieron. Entre los robos y las confiscaciones de los soldados, tanto de uno como de otro bando, las aves ponedoras estuvieron a punto de extinguirse.

»¡Qué bien, Andreíta, que tú has crecido en la abundancia! Aquellos fueron malos tiempos, hija, pero de adulta pude resarcirme y todo lo que me faltó en esa época me lo comí luego. Así tomé estas hechuras y con cierta edad se me dispararon el azúcar y la tensión, y el colesterol, y a mi corazón le costaba latir no sé si porque estaba ya cansado de tanto trote o porque los residuos de tanto alimento comenzaron a acumularse en mis venas; no daba abasto para eliminarlos. De vez en cuando se me agarraba un dolor al pecho que me impedía respirar con soltura, pero enseguida me ponía una pastilla debajo de la lengua y al rato ya estaba devorando lo que se me antojara, disfrutando de los mejores manjares, que para eso antes no había podido.

»No creas que solo he vivido sinsabores. Aunque en este momento no te lo parezca la vida es muy bonita. En especial lo será para ti, ya cuidaré yo de que así sea y si no puedo sola buscaré ayuda, que para eso tengo mano en las alturas y los enchufes, los buenos contactos, en todos sitios son necesarios. Te lo aseguro, volverás a ser la niña alegre que sonreía siempre, igual que mi padre. Volverá tu memoria a funcionar y de nuevo sabrás quién eres y de dónde procedes. No me gusta dar palos de ciego sin saber qué contarte para que mejores, pero ya daré con la clave. Ya me encargaré yo de que así sea. Y cuando me

empeño pocas cosas se me resisten.

IX

A principios de 1877 salió del puerto de Tarifa una expedición hacia la región del Serengueti, palabra que significa «llanura sin fin», situada en la costa este de África, al noroeste de Tanzania. El padre Anselmo, perteneciente a la Orden de los Padres Caritativos, viajaba con dos ayudantes, ambos sacerdotes jóvenes de la misma orden. Partía con un entusiasmo desmesurado y un ferviente deseo de conocer el terreno y los habitantes de aquel lugar lejano.

Tras un largo mes y medio de camino agotador, la mayor parte por mar y un buen trayecto por tierra, llegaron a Tanzania, donde no dejaron de sorprenderse ni un día ante la belleza del paisaje abarrotado de animales exóticos que iniciaban la migración anual hacia Kenia en busca de hierbas frescas: manadas de cebras que se reunían para beber en distintas aguadas del camino, jirafas que estiraban los cuellos para comer hojas y ramas de las acacias, elefantes disfrutando de baños de barro, grupos de monos escalando con agilidad los troncos de los árboles, rebaños de ñus, impalas y gacelas… perseguidos por hambrientos leones, guepardos y leopardos.

En aquella llanura inextinguible convivían multitud de tribus nativas, casi todas nómadas. La mayoría de estos clanes residían por temporadas en la selva que comenzaba tras la sabana, donde el paisaje seco empezaba a mutar, algunos en las montañas fronterizas con Kenia, otros en las márgenes sureñas del lago Victoria, muchos de ellos en guerra constante. Unos y otros batallaban pretendiendo apoderarse del ganado y las mujeres del contrario, pero también los guerreros demostraban hombría y valor en estas refriegas, así perpetuaban una tradición que sería difícil desterrar.

El poblado Wantesa estaba sometido a los saqueos constantes de los Kikayán, una tribu vecina muy belicosa. Cada vez acudían con más frecuencia y en el último año las bajas fueron importantes. Robaron a diez muchachas en edad de procrear y al menos tres docenas de cabras, también siete nativos jóvenes perdieron la vida tratando de defender el territorio e impedir el pillaje. Temían que, de continuar ese ritmo de pérdidas, el pueblo desapareciera.

No fue fácil que la tribu Wantesa acogiera a los misioneros que a pesar de las dificultades del idioma pudieron entenderse con los indígenas mediante gestos. Aquel día, después de una reunión que duró toda la tarde, a la que asistieron, además de la hechicera y el padre Anselmo, todos los varones mayores de treinta años, la oposición de la curandera que no veía con buenos ojos la oferta del

religioso de instalar allí una misión, porque pensaba que podía alterar las tradiciones, impidió que pudiera cerrarse algún acuerdo. El sacerdote se vio obligado a aceptar una serie de condiciones. La primera de ellas consistía en permanecer colgado por los pies durante media jornada. El sol azotaba el cuerpo del cura y la sangre bajaba a su cabeza como un manantial. Se sentía como si arañas gigantes recorriesen sus músculos y un gran peso rojo aplastase su mente. Creía que no podría resistirlo, que aquellas horas serían las últimas de su vida. Cuando lo descolgaron seguía vivo, aunque permaneció el resto del día tumbado en el suelo sin poderse levantar.

El padre Anselmo comenzó a dudar de sus fuerzas, se preguntaba si sería capaz de someterse a otra de aquellas pruebas. Sin embargo fue un alivio conocer la segunda condición, pues solo tendría que ayunar durante una semana y él estaba acostumbrado, incluso a veces por periodos más largos practicaba la abstinencia de alimentos. Pero la tercera condición estuvo a punto de rechazarla, jamás había temblado como en aquel momento, cuando le impusieron cazar un guepardo sin ningún tipo de armas. Él se consideraba un hombre valiente y en ese instante no se reconocía. Estuvo orando toda la noche, buscando una señal de Dios y rogándole que no le abandonara. Muy temprano se internó en la selva tratando de convencerse de que podría más maña que fuerza. Pensó en fabricar una trampa y esperar a que alguno cayese en ella. Si Dios quería seguro que sucedería. Y luego, cuando el animal estuviese atrapado ya vería cómo acababa con él, solo tenía que ocurrir un milagro. Con seguridad la fe del sacerdote logró la hazaña, porque cinco días después regresó con la fiera, aunque un poco magullado y oliendo a humanidad.

Superadas las pruebas, el Consejo de Ancianos se reunió de nuevo y los indígenas celebraron con una gran fiesta el pacto al que llegaron con el hombre blanco. Los guerreros menores, constituidos por los nativos de veinte a treinta años, esperaban fuera, en los alrededores de la choza destinada a tomar las decisiones. Se acicalaron untándose sebo de vaca que mezclaban con ocre obtenido de minerales con los que fabricaban las pinturas. Se dibujaron símbolos por todo el cuerpo, algunos geométricos y otros en forma de líneas, onduladas en las piernas, donde además resaltaban las cicatrices de los cortes que se infringían cada vez que cazaban a algún animal salvaje, en prueba de sus proezas; las pinturas geométricas figuraban círculos y espirales en el torso y trazos gruesos, de distintos colores, en la frente y la cara que además ocultaban con grandes máscaras representativas de animales: antílopes, cebras, leones… y sobresalían casi medio metro

por encima de sus cabezas.

Con brazaletes de cobre en los brazos y numerosos pendientes en las orejas, hechos de huesos, espinos y madera en forma de pinchos de distinto grosor, enfundados con el arco y la aljaba, atestada de flechas, y apoyados en lanzas, comenzaron una danza sin igual. Alineados por orden de tamaño en filas enfrentadas se aproximaban veloces parando justo antes de tocar al adversario, y en el mismo punto emitían gritos impresionantes, que podrían haber sido tanto de enfado como de alegría. Con rítmica cadencia pisaban con fuerza el suelo, descalzos, acompasando un pie primero y después otro, mientras levantaban las lanzas al cielo y luego las asentaban en la tierra con un golpe impetuoso y sonoro, a la vez que los más jóvenes tocaban los tambores sin descanso. Así permanecieron cuatro horas hasta que las dos filas se unieron en un círculo, en el que giraron entonando canciones incomprensibles y efectuando movimientos imposibles. Después los hombres blancos se enterarían de que esa danza celebraba cualquier tipo de acuerdo y sellaba el compromiso como si fuera un juramento.

Cuando por fin terminaron los cánticos y los bailes ya amanecía. Y al despuntar el alba se unieron las mujeres que hasta ese momento no habían participado en la ceremonia. Iban con la mitad de la cara pintada de blanco y vestidas con las mejores galas: una especie de delantales hechos de hierbas y pieles, que dejaban sus senos al descubierto. Lucían también todo tipo de complementos: pulseras de cobre en brazos y tobillos, una ristra de abalorios colgando de los cuellos, aros de distintos tamaños adornando las orejas, perforadas por completo, y diademas multicolores ajustando las cabezas rapadas.

La costumbre de sostener sobre ellas el peso de las cestas en que cargaban los productos que recolectaban, las calabazas con agua y cualquier otra mercancía que necesitasen transportar, cincelaba los cuerpos que mostraban una esbeltez y rectitud desbordante de dignidad, una forma de caminar grácil y suelta, tan vistosa como el andar de las modelos en los desfiles de moda.

Traían bandejas hechas con hojas de palma repletas de alimentos: crema de papaya, tortitas de mijo, estofado de gacela, mangos… y recipientes de calabaza que contenían, unas, un brebaje intragable, del color de la sangre; otras, levadura de cerveza, de un sabor tan amargo como la hiel. Les ofrecieron al padre Anselmo y a los otros clérigos en señal de cortesía, repitiendo la palabra *wanansa*, que significaba «hermano». Así demostraban que aquel pacto los convertía en miembros del clan.

Durante dos años los religiosos vivieron en el poblado y todo ese tiempo el sacerdote estuvo observando y estudiando su forma de

vida y su lenguaje.

X

—Tu tatarabuelo se llamaba Ramón de Luna García, y había heredado una de las fábricas de mi abuelo Juan. Este tenía dos curtidurías en la zona, una planta colosal en Baeza y otra más modesta en Baena. El hombre padecía de tacañería y, aun así, legó en vida a mi padre, el mayor de tres hermanos, la empresa pequeña, como regalo de boda, aunque a él le hubiese gustado ser torero, claro que también fue por la insistencia de mi abuela, porque de otro modo su marido no hubiese abierto el puño, pero ella era más pesada que una vaca y sabía cómo engatusarlo. Yo solo tenía seis años cuando perdió el negocio en aquella timba maldita.

»A pesar de que la mayor parte de mi vida tuve que soportar la escasez, por momentos esporádicos olvidaba las carencias, aquellos en los que mi padre tenía una buena racha y el dinero volvía a llover al igual que un diluvio; del mismo modo, en poco tiempo regresaba a ninguna parte, se marchaba como un rayo, visto y no visto.

»Sí, Andreíta, mi padre parecía tener un agujero en la mano, amplio como una inmensidad, por el que se le resbalaban los cuartos antes de que cantara un gallo, cualidad que también germinó en mí y perduraría durante toda mi vida. Y no es que yo malgastase el dinero, más bien lo intercambiaba. De pequeña, en aquellas raras ocasiones en que reunía algunas perras, corría a gastarlas en golosinas, que luego compartía con las amigas. De mayor, cuando la economía me lo permitió, disfrutaba en la plaza de abastos comprando carnes, y pescados, y frutas, a mansalva, como si tuviese que alimentar a una legión, como si al día siguiente fuesen a cerrar, definitivamente, tiendas y comercios. Primero la despensa y luego la nevera, cuando pude comprarla, siempre se encontraban repletas, atiborradas de cajas de alimentos, unas encima de otras, apiladas con total anarquía. Resultaba difícil percibir algún hueco, pero en cuanto se vislumbraba uno salía disparada, lo que fuera que faltase de inmediato tenía que reponerlo. —Andrea evitaba la visión del espacio vacío. Con seguridad esa imagen le evocaba otras menos queridas que despertaban en una resonancia sincrónica. Sin duda la conectaba con diferentes cavidades causadas por las lanzas del destino, donde los recuerdos tenebrosos se escondían. La vinculaba con grietas por las que podrían fugarse dolores sepultados en el silencio, reminiscencias de experiencias vividas, de lo más perturbadoras, sentimientos ignorados por su consciencia, pero sospechados por su instinto. Así el desorden y el almacenamiento de comestibles cumplían una función de sosiego, mitigaban —hasta hacerla desaparecer— la antigua sensación de privación y la

transmutaban en otra de opulencia.

»¿Sabes, Andreíta? Mi padre era alto y corpulento, de pelo oscuro, muy abundante, de frente ancha y nariz achatada. No, no puedes saberlo. Gozaba de una sugestiva piel tostada. Atractivo y zalamero, disfrutaba de lo que se suele llamar don de gentes, por su talante risueño y por su buen humor. Hiciera lo que hiciera, por muy mal que sentara, no se le tenía en cuenta. Su simpatía, su afabilidad y campechanía, fascinaban a todo el mundo, en particular a mí que lo adoraba con pasión. Y también me sabía su predilecta. La devoción era mutua.

»De anciana recordaba con emoción las tardes en que él me llevaba a los toros. Lo contaba una y otra vez, como si nunca antes lo hubiese hecho, pero no creas, Andreíta, que era por despiste, no, es que así… parecía revivirlo. En tres ocasiones visité el redondel de albero, siempre en Santa Margarita, la plaza de Linares. Y, aunque en todas las corridas disfruté muchísimo, la primera fue muy especial, más bien mágica. «Hoy vamos a celebrar tu cumpleaños por todo lo alto», anunció mi padre. «Papá, nunca te acuerdas, todavía falta mucho para noviembre», le dije. «No importa. Vamos a celebrarlo por anticipado, uno cumple once años una sola vez en la vida y mi regalo no puede esperar, así que lo festejaremos hoy y cuando llegue noviembre este recuerdo será un regalo más», continuó él. —Lo que no declaró a la niña es que tampoco sabía si en noviembre estaría en condiciones de ofrecerle algún obsequio. Él vivía al día. En ese momento podía comprar las entradas, más adelante ¿quién lo sabía?

Andrea no imaginaba que recibiría el mejor regalo de su vida, que aquella tarde experimentaría emociones inolvidables, tan potentes que se le grabarían en los huesos, en las células y en la piel como marcas de ganado, con hierro y fuego.

En la plaza de Linares, a las cuatro de la tarde, la multitud se agolpaba en las puertas. El murmullo del gentío resonaba como olas de arrecife. Un sol implacable lanzaba tórridos relámpagos, despertando humedades y salinas en los cuerpos expectantes. En el aire se mezclaban sonidos, luces de ambarina, olores de humanidad, y de tierra, y de afeites. Y mientras aguardaban en la fila quebradiza muchos conocidos saludaban a su padre: «Buenas tardes, don Ramón», se repetía como un rosario.

Ramón asentía con la cabeza y sonreía devolviendo el gesto. En cortesía no le ganaba nadie. En verdad tenía una sonrisa peculiar, le resplandecía en los labios como un rastro de estrellas, dándole un aspecto seductor y bonachón que suscitaba una absoluta confianza, parecía convertirle en un querubín alado eclipsando su lado imperfecto.

A pocos metros del portón se les acercó un señor maduro, bien vestido, con un traje grisáceo y una corbata a rayas. Los zapatos

relucientes llegaban a emitir brillantes destellos, de limpios que estaban. Habló un rato con el padre. Tenía interés en que Ramón trabajase con él. Necesitaba de sus conocimientos sobre el tratamiento apropiado para la confección del cuero. Era Eduardo del Clos, un rico hombre de negocios. Poseía varias fábricas textiles en Barcelona, de donde procedía. Desde hacía un par de años residía en Andalucía, zona en la que pretendía extender las empresas, diversificando los productos que elaboraba. Eduardo del Clos intentaba explicarle la propuesta de trabajo cuando Ramón le interrumpió de golpe.

—Ahora no —le espetó—. Lo hablamos mañana en el casino.

Y el individuo se despidió con un apretón de manos, como si de este modo sellase algún tipo de acuerdo y se asegurase de que Ramón asistiría; la fama de informal le precedía.

La niña aún no entendía qué regalo era aquel, pero confiaba en el padre y en que jamás la decepcionaría. Ella supo tender un tupido velo cuando le frustraba, como hacen los niños para no sufrir, cuando pasaba hambre porque el dinero no llegaba, o cuando el frío le mordía los descalzos pies. Nunca culpó a su padre de aquellas miserias que le tocó vivir, ni siquiera cuando veía en el rostro resignado de la madre la imagen del dolor, ni cuando escuchaba el silencio de sus labios, ni siquiera en aquellos instantes fugaces en los que su faz reflejaba una vislumbre de impotencia hasta entonces callada, guardada en esa tumba que la pobre era.

—*Al entrar en la plaza llena hasta la bandera, la circunferencia de tierra me pareció tan grande como un planeta, sí, Andreíta, infinita frente a la pequeñez de mis ojos, a pesar de que los tenía abiertos como patios no lograba abarcarlo todo. No quería que se me escapase ningún detalle, pretendía retenerlos en mis retinas, en mi sesera, registrarlos en el archivo de mi memoria y conservarlos como un álbum de fotos. Cada uno de ellos retumbaba en mis sentidos: el rojo de la sangre, la negrura del toro, el ocre del albero, el fulgor de los trajes…* —Estallaba en su vista la explosión de color, al igual que si estuviese dentro de un arcoíris, como si las pupilas hubiesen adquirido inéditas cualidades y pudieran ver más allá de las gamas infrarrojas, más allá de la luz ultravioleta. Resonaba el tañer de los clarines y timbales en los cambios de tercio, el «olé» repetido por el público en el graderío, el pasodoble interpretado por la banda, cuando la faena del lidiador lo mereció, el rumor bullicioso de los espectadores y el silencio seco con el que se alternaba. Todos los ruidos y sigilos penetraban en sus oídos como un tango, con el mismo magnetismo. Andrea parecía hipnotizada, o más bien en trance, poseída por la vivencia seductora del toreo.

»El capote brillaba en el aire, rozando el lomo de la bestia. «Eso es

una verónica, y eso una chicuelina… Y ahora va a por la muleta», explicaba mi padre. «¡Olé! ¡Qué pase de pecho!… Este es el último tercio, ¿ves cómo ha cogido el estoque? Y ahora va a entrar a matar», continuaba él relatándome cualquier gesto del diestro.

Vestido de azul y plata, resaltaba el torero en el centro de la plaza. Con su empaque gallardo y la fineza de los pases conquistaba a la afición. Mató a la res de una sola estacada, limpia y profunda. Aún no había caído el toro cuando enloquecía la plaza y se deshacía en vítores y aplausos. Todos a una sacaron pañuelos blancos, por un instante el redondel se vistió de banderines que ondulaban al viento, como estelas de nubes, solícitos del trofeo: las dos orejas y el rabo.

Y con ellos en la mano el maestro dio la vuelta al ruedo, recogiendo agasajos y regalos: varios ramos de flores, un sombrero mexicano, que le lanzó un turista venido de otros mares, luego una bota de vino, que empinó largo rato, paladeando el néctar exquisito, y compartió después con la cuadrilla, asimismo un peluche pardo y un estuche de puros, y un pañuelo bordado…

También se llevaron un buen susto cuando, en el tercer toro de la tarde, un astado bravío, abotinado y con una mancha oscura en mitad de la frente, de gran cornamenta y corpulencia, arañó con los pitones afilados el costado del torero. Todo el mundo gritó al unísono «¡Ay!», en el momento de la cornada. Y Andrea sintió una honda punzada. Se le encogió en el pecho el órgano que late sin descanso, el temor pareció paralizarlo. Agarrando al padre por el brazo se acercó a él para hundir la carita en su hombro. Él la abrazó amoroso, comenzando a tener dudas sobre si habría sido una buena idea ofrecerle aquel regalo a la chiquilla.

El espada, de la embestida voló por el aire, tan solo unos segundos, y luego rodó por el suelo, también debido a sus reflejos que actuaron veloces haciéndole girar e impulsándole para alejarse lo más posible de la bestia, mientras los subalternos distraían al toro y lo apartaban con los capotes rosas y amarillos. Tuvo suerte el muchacho, apenas fue un rasguño. Se levantó altanero, rechazando la ayuda para proseguir la faena. Recogió la muleta y se dirigió hacia el toro mientras, repetidamente, elevaba los hombros. Este ademán podría haberse interpretado como un tic provocado por el nerviosismo y el miedo, o también como un gesto chulesco, muestra de hombría y valor. La multitud prefirió elegir lo segundo. Se oía a los aficionados vociferar palabras de aliento por doquier. Uno del piso dos decía: «¡Así se hace!, ¡demuéstrale quién eres!». Otro: «¡Ole tus huevos!». Y otro de la primera fila: «¡Acaba con la fiera!».

El diestro tomó la alternativa un año atrás, de la mano de su maestro, y la inquietud, la inexperiencia y el toro que le tocó en

suerte se confabularon para jugarle una mala pasada. Aunque a cualquiera podría haberle ocurrido, incluso al más consagrado. No hay corrida sin riesgo.

—Andreíta, yo parecía ser la torera y salir triunfal de la plaza, a hombros y por la puerta grande, y aunque fuese en mi imaginación las sensaciones eran las mismas, como si en realidad así estuviese ocurriendo. El corazón se me iba a salir del pecho, de fuerte que latía. Si yo pudiera también te haría el mismo regalo. Estoy segura de que te gustaría.

»Caminamos callados bastante rato, yo inmersa en un tiovivo interno, mi padre a la espera de que reaccionara. Pero supongo que se dio cuenta de que seguía conmocionada y se atrevió a preguntarme «¿Qué, te ha gustado?». No le contesté, pero recibió el brillo de mis ojos y se encontró mi mirada enardecida. Creo que intuyó que el regalo había sido grande. Y muy tajante le confesé que sería torera. Entonces me enteré de que ese también había sido su deseo, que desde pequeño veía un toro y un impulso salvaje le corría por las venas. Decía que en presencia de la fiera se despertaba en él un espíritu primitivo que lo conectaba con los hombres cazadores de la prehistoria, como si se abriera una grieta en el tiempo y de pronto se descubriera en otro espacio, en otra edad, enfrentando a la bestia cuerpo a cuerpo. Pero también me enteré de que en aquellos años las mujeres teníamos prohibido ser toreras, y nada menos que por orden gubernamental. Cogí una pataleta de mil demonios. Como una posesa gritaba que sería torera, que nada ni nadie me lo impediría. ¡Qué tonta fui! En lugar de disfrutar del regalo me quedé con el berrinche pegado a mis tripas. Después supe que, incluso durante la prohibición, las toreras existieron. Más de una valerosa mujer se rebeló contra las normas y no renunció a sus sueños.

Desde aquel día el vehemente anhelo de volver a los ruedos convivió con ella. Y aquella foto del toreo, que había guardado en la memoria, fue contemplada una vez y otra, hasta casi desgastarla.

También desde aquel momento capoteó con garra al toro de la vida, como la torera que no pudo ser en el ruedo, con idéntica obsesión por ignorar el miedo. Seguro que no habría sido la misma sin aquella vivencia fabulosa. ¿Quién sabe cómo habría vivido Andrea la experiencia si hubiese nacido en otra época? Pero lo que no se da no existe. Lo obvio es que a partir de entonces el toreo se introdujo en sus venas, circuló por su sangre como renovador oxígeno, alimentó su mente de entusiasmo y de verde alegría su emoción.

—¡Ay, mi niña, pero… si estás llorando! ¿Te ha afectado la historia? ¿Será mi padre el causante? Dime que surte efecto este raro tratamiento. Prefiero pensar que sí, que pronto abrirás los ojos,

porque… pensar lo contrario me hace sentir un desgarro que no puedo soportar, y mira que yo soy fuerte, que conmigo no han podido ni bombas ni decepciones, ni otras muchas pesadumbres, pero esta es diferente, no me preguntes por qué, esta aflicción es un toro que me empitona de muerte y eso que ahora soy eterna.

XI

Por fin, tres años más tarde de su regreso a España, después de interminables retrasos en la ayuda prometida por la Iglesia, el padre Anselmo volvía a Tanzania para cumplir el acuerdo pactado con los Wantesa. En esta ocasión iba acompañado de un médico, una decena de hombres armados, dos monjas, una de ellas maestra y la otra historiadora, y una novicia llamada hermana Catalina —Justina—, que tenía conocimientos de enfermería.

El sacerdote, amigo de la familia de la joven, pensó en ella para acompañarle en la labor de evangelización por tierras de África Oriental. Sabía que la muchacha realizaba el noviciado en el convento de las Hijas de María del Socorro y que anhelaba ejercer su servicio ayudando a los desfavorecidos. Su relación con el juez de Lucena, Domingo García, padre de Justina, con el que tenía una buena amistad y frecuentes charlas, le permitía estar al tanto de sus aspiraciones. Cuando la reclamó para que lo acompañara, consiguió abrir la puerta que hasta aquel momento la hermana Catalina no había podido cruzar.

El clérigo, un hombre membrudo, de cuarenta y dos años, con la piel curtida y unas manazas grandes, tan fuertes como tenazas, no parecía cura, pero lo delataba la sotana. Su pelo negro y rizado comenzaba a emblanquecer por las sienes y en la barba también se observaba algún reflejo plateado. Diligente daba órdenes, con su vozarrón ronco y rotundo, de cómo colocar la mercancía. Porteaba los bultos más pesados y los cargaba en las carretas entoldadas en las que viajarían cuando finalizara la travesía en barco.

El navío zarpó una mañana lluviosa del mes de marzo. Los misioneros, embriagados de entusiasmo, se prepararon para acometer ese viaje tan arduo orando y santiguándose. Cruzaron el estrecho sin problemas, a pesar de las arremetidas del oleaje que levantaba una fuerte tormenta y las náuseas y mareos que algunos padecieron. El barco chirriaba con cada embestida del océano, se alzaba por proa y caía de golpe sobre la vasta extensión de agua, con gran estruendo. Continuaron por el litoral de Marruecos bordeando toda la costa occidental de África y se dirigieron hacia el Sur hasta llegar, en el océano Índico, a la ribera de Tanzania.

En el puerto de Dar-es-Salam, a las tres de la tarde de un día de mediados de abril, comenzaron a bajar las carretas en las que tendrían que continuar el viaje: novecientos kilómetros de caminos polvorientos y carreteras no asfaltadas distaban hasta el lago Victoria. Desconocían si la excepcional llanura del Serengueti los

recibiría con las grandes lluvias, propias de esa estación, o con el soplido tórrido de la sequía que a veces se instalaba sin tener en cuenta si era época de aguaceros o de agostamiento.

En Dar-es-Salam contrataron a dos guías para conducir la caravana por la ruta árida hacia el noroeste de Tanzania. Las primeras jornadas transcurrieron sin dificultades, con los inconvenientes propios de la vida nómada y la belleza extrema de los cielos inéditos del continente africano. Las luces anaranjadas y violáceas se entremezclaban en los amaneceres, cuando el bostezo del alba comenzaba a desplegarse como una sábana. Un cielo transparente, que se vestía de tonalidades azules a medida que avanzaba el día, los cubría, como si el mar revoloteara por encima de sus cabezas y permaneciera suspendido en las alturas, ingrávido, flotante.

El techo celestial les confería al grupo de misioneros una sensación de ligereza etérea, y al atardecer una paleta de colores nunca vistos irrumpía en los ojos hechizados de los hombres y mujeres que parecían alcanzar el embeleso místico. Sus pupilas se clavaban en la cúspide del mundo donde se sucedía toda una gama cromática inigualable, hasta que el cenit volvía a quedarse plano, tan negro como el más oscuro pensamiento. Así la bóveda rosada del crepúsculo se tornaba bruna y podía verse el cielo minado de estrellas palpitantes. Incluso el polvo estelar se distinguía en las alturas inundando de grandiosidad esa imagen rutilante.

La visión conmocionó a Justina que la contemplaba en éxtasis, como si estuviese en presencia de Dios o poseída por la gracia divina. Notó que el pecho se le abría y el aire puro entraba en sus pulmones que se expandían sin límite, las bocanadas frescas la sacudían ampliando sus fronteras que sentía diluirse al fundirse con el Todo. Una enorme emoción la embargaba, sus ojos se humedecieron, y supo que su vida tenía sentido, que ese viaje estaba escrito en el libro del destino.

Conforme se adentraban en el continente salvaje este comenzó a enseñar las fauces. El inicio de la seca llanura despuntaba con los primeros rayos de un sol ardiente que se hacía más fuerte y vigoroso en cada jornada, como un guerrero armado hasta los dientes arrojaba lanzas y saetas incendiarias sobre el convoy.

Las partículas de sudor de los cuerpos asemejaban gotas de cristal, granos de sal acumulándose en los poros que brillaban con el resplandor del disco dorado. La densa humedad del aire empapaba los tejidos de las vestimentas y ni una sombra donde cobijarse se divisaba en diez kilómetros a la redonda. La sensación de calor era asfixiante, cosa infrecuente en aquellos parajes donde el clima tropical mantiene una temperatura moderada, sin embargo,

aquel año el sol castigaba sin mesura. Una intensa luz golpeaba sus ojos hasta herirlos y sus bocas deshidratadas comenzaban a cuartearse emulando a los suelos que llevaban varias cosechas sin beber. Justina, exhausta y sofocada, empezaba a arrepentirse de aquel viaje.

Al cabo de doce días el paisaje fue cambiando y la desértica llanura dio paso a un pastizal de altas hierbas secas, tachonado de arboleda, donde predominaban las acacias y los baobabs que proporcionaban un poco de la sombra anhelada, pero también la temperatura había descendido unos cuantos grados, los suficientes para conseguir que aquel viaje que se estaba haciendo infernal se tornara menos hostil.

Aquella noche las monjas se hallaban inquietas porque escucharon ruidos extraños.

—Hermana… ¿No ha oído eso? —preguntó la hermana Clarisa a Justina que se encontraba justo a su lado, cerca de la fogata que cada noche encendían.

—Sí, yo también lo he sentido —manifestó la mujer aguzando la vista y mirando a los alrededores.

—Eso ha sido el barrito de un elefante, debe de estar perdido, seguro que se habrá despistado de la manada —intervino el padre Anselmo—. Estos son los ruidos de la selva, tendrán que ir acostumbrándose. La hierba cruje bajo las pisadas de los hombres y el silencio se eleva a intervalos en un trance solemne. El viento parece hablar cuando sopla y los animales se comunican entre ellos. Lo mismo oirán ulular a los mochuelos que llorar a los cocodrilos, gañir a los halcones o chillar a los monos.

Pero mientras el clérigo intentaba ahuyentar el temor de las religiosas y, sin que nadie pudiese reaccionar, Justina cogió un rifle y se internó en la espesura. Se oyeron varios disparos y momentos después apareció la novicia con una mangosta muerta en la mano y una gran sonrisa en los labios.

XII

—Por mucho que trato de poner orden en mis recuerdos no lo consigo, niña. Doy saltos como una rana, lo sé, pero busco al personaje causante de tu parálisis. Hoy te hablaré de mi madre; aunque ya la mencioné, todavía no la conoces. Tu tatarabuela, Lola Linares Ramírez, de negro vivió, la pobre, la mayor parte de su vida. Cada día se levantaba porque tenía que hacerlo, tuviera ganas o no las tuviera, con tristeza y llanto seco, con hambre, con agonía. Tres pilares importantes presidieron su vida: el deber fue el primero, pasar desapercibida, el segundo, y evitar el qué dirán le seguía en importancia; que nadie dijera que ella daba motivos para que su esposo visitara el casino con tanta frecuencia, que nadie dijera que desatendía a su familia, que nadie la señalara con el dedo.

»Y en los pueblos ya se sabe, los cotilleos proliferan con motivo o sin motivos, se palpa el bisbiseo de las palabras mortíferas que van de boca en boca, trastocándose, agrandándose, aferrándose a la víctima de turno como una sanguijuela, hasta desangrarla. Sin embargo las chismosas argumentan que son solo referencias, no critican, no envenenan, nada más dan testimonio, ignoran que las palabras son mucho más que palabras: Son sentencias que condenan o dagas provocadoras de heridas de gravedad. También pueden ser benévolas y embestirnos de poder, elevarnos, coronarnos, darnos presencia y prestigio. ¡Ay, mi niña! ¿Dónde fueron tus palabras? ¡Cuánto daría porque vuelvas a encontrarlas!

Lola provenía de Italia, país al que emigró la familia a finales del siglo XIX. El abuelo de Andrea consiguió trabajo allí, en la construcción de los ferrocarriles. El hombre huía de las grandes ciudades y las aglomeraciones por lo que se asentaron en Porto Venere, un pequeño pueblo de pescadores del noroeste italiano. Era un pueblecito pintoresco, en el que sobresalían sus coloridas casas. Las calles laberínticas se retorcían en su trayecto, abocinadas unas, zigzagueantes otras, pero todas tamizadas de arena en su mayor parte, parecía que la playa se adentraba hasta el umbral de las viviendas para saludar a sus habitantes.

El día que llegaron los padres de Lola, Rafael y Rosario, alquilaron una pequeña casa a orillas del mar, humilde pero con jardín, de color azul intenso, como si se hubiese instalado en su fachada la luz del océano o el semblante del cielo. Solamente tenía dos piezas, un salón que incluía la cocina, lo que en aquella época se llamaba cocina, apenas un fogón y un poyete hueco donde guardar algunas ollas, un dormitorio grande y un pequeño jardín.

Suficiente para la familia. En ella vivió Lola Linares Ramírez durante diez años.

—Mi madre vino al mundo una tarde de primavera, en pleno mes de mayo, ayudada por dos vecinas. Mi abuela Rosario estaba sola cuando sintió las contracciones. El médico no pudo atenderla porque ese día trabajaba en otro pueblo, pero ella no se amilanó, tendió un colchón en el piso y como pudo salió al jardín, allí dio un grito sonoro anunciando que las aguas de la vida estaban derramándose. De inmediato acudieron las vecinas que la ayudaron, y acoplando dos sillas a un extremo del colchón le colocaron en ellas las piernas, una a un lado y otra a otro, para favorecer que se abriera la puerta del recinto donde todavía residía el bebé. Mientras una calentaba agua la otra cogía la mano de mi abuela y la animaba a empujar. Apenas en tres horas de esfuerzos e impulsos la cabeza de mi madre, tan pelona como la tuya cuando naciste, asomó por el ajustado agujero y unos segundos después se deslizó su cuerpo que quedó por entero al descubierto.

»Ella creció en medio del olor a sal y a brisa marina, acompañada del sonido de las gaviotas y las sirenas de los barcos, rodeada de la idiosincrasia del puerto, donde los pescadores pregonaban sus productos recién capturados. Acompañaba a mi abuela, una vez a la semana, para comprar los pescados más frescos. Los veía saltar en los cestos y corría a esconderse detrás de mi abuela, porque temía que en alguno de esos saltos se le echaran encima, igual que cuando alguien le dirigía la palabra. Y también creció rodeada de escalinatas empinadas y estrechas callejuelas que recorría gustosa cada vez que iba a la playa, donde jugaba en la arena con las amigas, construyendo castillos, barcos, y un sinfín de figuras que luego barrían las olas de un lengüetazo.

»Pero en especial le gustaba visitar el Faro del Doliente, como lo llamaban los pescadores. Las leyendas acerca de él se esparcían al igual que el albero cuando sopla el viento. Unos contaban que el fantasma de Agostino, un hombre que se suicidó arrojándose desde el torreón, residía allí. Otros afirmaban que debajo del faro había un cementerio, donde yacían aquellos que murieron de peste negra en la época de la epidemia, allá por la edad media, y que sus espíritus habitaban la atalaya y deambulaban por el acantilado haciendo de las suyas, asustando a los navegantes, a los viandantes y a cualquiera que pasara por allí. —Tanto los unos como los otros coincidían en mantener que la lámpara marina entrañaba muchos peligros, que a veces engañaba a los marineros emitiendo confusas señales, o los dejaba a oscuras cuando más lo necesitaban, en medio de las tempestades. La ceguera repentina producida por la ausencia de la luz les sumergía en una oscura incertidumbre. Faltos de medidas, de límites, de latitudes y de longitudes, quedaban a merced de las inclemencias. También decían que su luz trastocaba las distancias, acortándolas o

agrandándolas. Así, a veces, de noche divisaban el litoral a mil metros y de día, cuando el faro se apagaba y asomaba el otro faro, el que alumbra desde el cielo, se daban cuenta de que estaban a diez kilómetros, o al contrario, por un momento parecía que la línea de la costa se hallaba lejos y de pronto se les venía encima. Con frecuencia encallaban las naves por este motivo. Era triste ver a los pescadores, después del duro trabajo, extraviar toda la mercancía, y esto en el mejor de los casos, porque en el peor alguno perdía la vida—. *Pero a mi madre no le asustaban esas historias, ella no tenía miedo de los muertos, en todo caso de los vivos, que tampoco, y el faro se convirtió en su refugio más querido.*

»En aquella torre de luz, Andreíta, que se alzaba orgullosa sobre el acantilado, desde donde contemplaba el mar y el aire, los átomos y los espectros, se adueñaba de una absoluta libertad. Se sentaba en el balconcillo con los pies colgando por debajo de la baranda. A setenta y siete metros de altura se sentía como un ave, igual que una gaviota de las que rondaban la playa. Ponía la vista en la raya horizontal que separaba el océano del cielo y permanecía inmóvil y muda por tiempo indefinido, como si estuviese en trance o en éxtasis se comunicaba por telepatía con seres de otras galaxias o de otras dimensiones. Tú me recuerdas a ella, tienes los mismos ojos y la misma mirada. Decía escuchar al viento y que este le hablaba del pasado y del futuro, de los peces y de los humanos, del fin de las especies y de los señores de hielo, unos seres que vinieron de otro mundo, que poblaron este planeta cuando los hombres todavía eran monos, y que nos dejaron de herencia los grandes témpanos de las tierras polares. Relataba que en aquella época, hacía millones de años, la atmósfera le negaba el paso al sol y que en la suya lo dejaba entrar en demasía.

»Sí, Andreíta, mi madre tenía poderes especiales. Antes no la creía, pero ahora sé que no mentía. Cómo me gustaría haber heredado su don y conocer qué te depara el futuro, qué necesitas para ponerte bien y cuándo ocurrirá el milagro. Este estado incorpóreo me permite viajar de un lado a otro, de forma inmediata. Mira, si quisiera, podría estar en los corrales de los toros de lidia o en los burladeros de las plazas, viendo en primera fila la mejor corrida, o en las selvas del Amazonas o en donde me diera la gana. También puedo atravesar las paredes y cualquier material por muy denso que sea, pero no domino eso de trasladarme en el tiempo, así que el futuro, de momento, es una incógnita. Ay, Andreíta, estoy deseando volver a escuchar tu voz, no sabes cuánto.

»Para mi madre toda cosa imprevista, por insignificante que fuese, le hacía pasar un mal trago, pero no era por miedo, no, aunque los adultos la tacharan de asustadiza ella solo sentía vergüenza, porque se sabía diferente, porque creía que nadie entendería que pudiera escuchar al viento o a los señores de hielo, o ver a los espíritus, o saber de antemano

lo que todavía no se había hecho presente.

La timidez de Lola la impulsaba a esconderse detrás de su madre, que fue siempre atenta, comprensiva y cariñosa. Dedicada por entero al hogar y a la familia tenía una paciencia ilimitada y un carácter muy afable. Se levantaba cada día al despuntar el alba, ordenaba la casa como si se tratase de un ritual y luego preparaba el desayuno, un gran tazón de leche que acompañaba con galletas recién hechas. Cocinar le apasionaba. De haber abierto un restaurante habría tenido fama.

—Mi abuela Rosario inventaba un sinfín de recetas con las que experimentaba y descubría diferentes sabores y texturas. Su especialidad eran las galletas. Las de anís, preferidas de mi madre, tenían un gustillo dulzón e intenso, pero asimismo exquisitas resultaban las variedades de tomillo, de regaliz, de chocolate, de mantequilla, de mora… Puedo asegurarlo porque yo también las probé. La masa quedaba suelta y blandita, y el aroma impulsaba a comerlas, a paladearlas y a repetir bocado en más de una ocasión.

Sus meriendas eran celebradas en la vecindad. Una vez a la semana, siempre que faltaba el marido, invitaba a las amigas, en las tardes de verano, a café con galletas. Hervía agua en una gran cazuela y añadía el polvo cobrizo, que dejaba reposar unos minutos y colaba antes de servir. La tertulia a veces se prolongaba varias horas y, mientras, Lola aprovechaba para acudir al faro, su lugar predilecto.

Todos los días después del desayuno Rosario se dirigía al lavadero público con un baño de ropa. Lugar de reunión de las mujeres, donde además de hacer la colada estrechaban lazos, contaban anécdotas, intercambiaban opiniones, cantaban, reían y, cómo no, cotilleaban todo lo que podían.

El lavadero era un espacio abierto, aunque techado en forma de triángulo con zinc ondulado, para proteger a las lavanderas cuando llovía. Los pilones, colocados en filas de a dos, permitían el contacto por el frente y por los laterales. Allí Rosario hizo amistades; al contrario que la hija, tenía habilidades para las relaciones, con cualquiera pegaba la hebra, como suele decirse, manteniendo largas conversaciones en un idioma mixto, mitad español, mitad italiano.

Aunque la mujer no sabía leer, pues nunca pudo ir a la escuela, con rapidez aprendió a desenvolverse en aquella lengua extranjera, y cuando no entendía algo o no sabía pronunciar el vocablo adecuado gesticulaba hasta hacerse comprender. Muchas veces se reía de sí misma, por las posturas que terminaba adoptando, los ridículos ademanes que se le ocurrían, o las muecas que expresaba su cara mientras intentaba sustituir la desconocida palabra por ese lenguaje mudo inventado de repente.

A la vuelta del lavadero recogía a Lola de las clases de costura, donde la chiquilla aprendía el oficio de modista, porque entonces las niñas no estudiaban o si lo hacían era una minoría, y tenían que salvar importantes obstáculos.

Luego, al llegar a casa, tendía la colada, labor en la que la ayudaba la hija, y de nuevo se metía en la cocina a preparar el almuerzo, donde canturreaba sin parar. Aún le quedaba tiempo antes de almorzar para dedicar un ratito a las plantas, regarlas, podarlas, abonarlas, quitar las malas hierbas… Con frecuencia hablaba con ellas, porque decía que las flores embellecen cuando se sienten tenidas en cuenta, y había observado que sus charlas facilitaban un crecimiento más robusto y más rápido, pero con seguridad lo hacía porque le costaba quedarse callada, para ella el silencio era como la muerte, propio de difuntos.

Después llegaba su momento de asueto. Cuando hacía buen tiempo se sentaba en el jardín, desde el que avistaba las olas, las veía avanzar y retroceder con sus rítmicos movimientos de vaivén, escuchaba los lamentos de su espuma, los cantos de sirenas remotas, las voces que desde el fondo marino herían el sosiego de la siesta a la que sucumbía sin resistencia, mientras soñaba con la vuelta del esposo, con el abrazo próximo de su hombre lejano.

Para Rosario lo mejor de la casa era el jardín, que la rodeaba en forma de ele, por delante y por el lateral izquierdo. En él abundaban las flores, con sus trajes de colores vestían de alegría las inmediaciones de la vivienda. En el frente tenía una pequeña cancela que se abría y cerraba con un cerrojo medio oxidado, corroído por la brisa marina, y a pesar de que Rosario lo limpiaba y engrasaba todas las semanas, al poco tiempo el óxido volvía a irrumpir con rebeldía, a veces incluso con salvajismo.

Desde el parquecito privado se divisaban la torre de la iglesia con la hermosa campana, que tocaba cada tarde, y el Faro del Doliente.

—*Creo que era lo único que mi madre me contaba con alegría, lo de las galletas y lo del faro, porque como te digo, todo lo demás fueron calamidades, como el deceso de su hermana, del que no logró reponerse. Pero el peor día para mi madre fue el de su marcha, nunca lo olvidaría, porque abandonar el país italiano significaba la muerte de su faro, el apagón de luz que auguraba la oscuridad absoluta que azotaría su vida.*

El barco zarpó con el primer despunte del alba, envuelto en una densa neblina, tan tupida que parecía de noche. Avanzaba despacio sobre la espuma, con la cautela de un fugado se adentraba en la distancia y desaparecía el muelle como tragado por una monstruosa boa. El sonido de la sirena se elevó por las chimeneas de acero candente, con un alarido quejoso, junto al humo negruzco que

confundido en la niebla se perdía de vista nada más alzarse unos palmos. El aire espeso parecía irrespirable, daba una sensación de ahogo plomizo. Por la baranda Lola asomaba el delgado cuerpo, sobresalía unos palmos buscando el horizonte de su tierra, queriendo atrapar con la mirada un último retrato. El corazón le latía rápido, como si quisiera saltar de su cuerpo para regresar a la orilla. Salpicaduras de agua le humedecían el rostro, confundiéndose con unas contenidas lágrimas, trataba de ocultarlas para no preocupar a los padres, pero a su alma no podía engañarla.

A medida que avanzaba el navío iba Lola, al igual que la costa, empequeñeciéndose, sus huesos se encogían de nostalgia, su cuerpo se achicaba de impotencia. Un océano gigantesco, a medida que la niebla se elevaba, aparecía ante ella. Un océano, que a la adolescente le resultaba interminable, se presentaba frente a sus ojos que ya intuían el abismal trayecto que la separaría de la vida anterior. Un océano sin fin se le antojó cuando perdió de vista por completo la tierra firme y se encontró rodeada de agua por todas partes, en medio de una inmensidad flotante, acorralada por el azul que la invadía desde las alturas, desde las bajuras, y desde cualquier flanco al que mirase.

—Atrás dejó mi madre su infancia, una vida tranquila y conocida. Atrás quedaron sus amigas, compañeras de juegos, las calles de su barrio, el faro, el farero y la casa en la que vivió tantos años. Temía que aquel rechazado viaje también la alejara de sus recuerdos, que se apoderase de ella una amnesia demoledora y la condenara al olvido el resto de sus días. Mira por donde esto no le pasó a ella sino que te está pasando a ti, que esa memoria tuya es la que ha emigrado a algún lugar desconocido. ¡Qué pena, Andreíta, que nadie sepa adónde se ha ido! ¡Y que yo no pueda encontrarla y devolvértela! Cómo me gustaría, sí, que regresara a ti la memoria del tiempo.

El desarraigo de su tierra natal acentuó la conducta reservada de Lola, y el silencio que ya estaba presente en su vida amplió sus murallas. Sin embargo se adaptó pronto a Baena, a pesar de la constante pretensión de hacerse invisible y retirarse del mundo este la acogió sin problemas. En aquellos años ser extranjera, como la consideraban las gentes del pueblo, era digno de admiración.

Pero si hubo un acontecimiento alegre para Lola ocurrió cuando conoció a Ramón de Luna, su futuro esposo, en una verbena. La música alegraba la velada. Una banda tocaba pasodobles sin cansarse. Las notas se esparcían por la atmósfera y entraban en los cuerpos queriendo dirigir sus movimientos. Él le pidió bailar y ella aceptó el baile, porque su madre, que la acompañaba junto con su padre, no dejó de insistirle en que disfrutara de la fiesta, así que más que su vergüenza le pudo su talante obediente, pero también el

joven le gustaba, aunque se mantuvo al menos a un metro de distancia del pretendiente que no se separó de ella en toda la noche y se aseguró, antes de irse, de pedir permiso al padre para visitarla alguna que otra vez. Cosa que hizo cada fin de semana. Así comenzó el noviazgo que terminaría convirtiéndose en matrimonio.

—En verdad que mi madre hacía honor a su nombre, hija. Su vida estuvo llena de dolores. Dolores ocultos, insospechados. Tenía tal habilidad para disimular, que nadie la escuchó jamás quejarse ni pudo ver en su cara una expresión de desagrado. Reservada como ella sola, enlutada la mayor parte del tiempo, primero por la muerte de su hermana, segundo por la de la abuela, luego por la de su padre, más tarde por la de una tía, la única que tenía, y después por la de su madre.

Incluso en su boda el blanco hizo huelga. El típico traje de novia fue sustituido por un oscuro atuendo, una bata larga hasta los pies, simple y sin adornos. La tela caía con languidez contagiada del duelo de su dueña, tan abatida como ella. Ni siquiera las flores resaltaban. El ramillete desprendía destellos otoñales, compuesto sobre todo de hortensias violáceas se adaptaba al carácter discreto de la novia y a la situación de duelo.

—Un enlace sin chispa, hija, sin banquete ni viaje, sin algarabía, tuvo lugar un lunes de octubre, a las siete de la mañana, como si hubiesen cometido alguna falta y hubieran tenido que encubrirla, incluso los mal pensados llegaron a creer que iba embarazada. La boda se había ido retrasando en diversas ocasiones, siempre debido a las muertes y a los lutos. Mi padre, harto de esperar, cansado de postergaciones, puso fecha de nuevo, diciendo que esta era inamovible. Así se muriese él mismo ese día, levantándose de la tumba iría a casarse, argumentaba. Y así fue, Andreíta, inamovible.

El día señalado se dirigieron a la iglesia, acompañados solo por los padrinos: los padres de Ramón, y por el párroco. La madre de Lola no asistió porque aún no se había repuesto de las muertes de su esposo y de su hermana. Y la boda más que un acto de alegría fue un puro trámite, el necesario para poder vivir juntos sin provocar habladurías. Todavía pesaba el rastro de la noche en el frío ambiente y amarillas hojas, desprendidas de los caducos árboles, se agolpaban en las aceras, a modo de tapiz humedecido por el relente. Las calles solitarias y dormidas aguardaban el discurrir vespertino de los viandantes. Titilaban las luminarias públicas advirtiendo del inminente cese de su esplendor. Y alguna que otra puerta, en las casas adyacentes, bostezaba, se abría de par en par permitiendo la salida al ocupante que recién levantado se dirigía al trabajo. El cielo seguía conservando señales de tinieblas, mezcladas con las primeras luces, que asomaban por el horizonte, le

dotaban de una vergonzosa claridad, que sintonizaba con la naturaleza de la novia.

El suegro fue a buscarla en el carruaje y la condujo hasta la iglesia. La madera de las ruedas rompía el silencio en su tránsito, al rodar sobre el firme adoquinado. El carro era abierto y de caja alargada, con el pescante alto, típico para ir de caza. Ya abundaban los coches con motor, pero él seguía fiel a su habitual medio de transporte, porque relataba que un caballo podía manejarse con destreza, que uno sabía cuándo estaba intranquilo y cómo calmarlo, que las riendas eran una extensión de los brazos y que con ellos un hombre siempre lograba conducirse con aplomo, hacia la dirección correcta, hacia la calculada meta, pero en cambio una máquina nunca se sabía adónde iba a llevarte, ni qué sobresaltos te daría ni, en definitiva, si te dejaría llegar al destino deseado. «Te roba el poder y toma decisiones en tu nombre —decía—, ese artificio es autónomo, una amenaza para la inocente humanidad que ni se imagina los peligros que puede acarrear». Aunque también comprar un coche le hubiese supuesto un gasto excesivo, para él habría sido un derroche, a pesar de que el afán por el ahorro y la tacañería que le caracterizaban no se correspondían con su buena situación.

Durante el largo trayecto hasta la iglesia apenas cruzaron varias palabras, y al llegar a ella el novio ya esperaba, acompañado de su madre. También iba de negro, para no desentonar y mostrarle respeto a su prometida. Se acercó rápido al coche de caballos, ayudándola a bajar y recreando la mirada en su futura esposa. Él estaba contento, pero hubiese preferido una boda celebrada por todo lo alto, pregonada a los cuatro vientos, y disfrutar de un gran festín, invitar a toda la familia, a los amigos y a las distintas personalidades del pueblo.

La misa apenas duró veinte minutos, lo justo para comulgar, darse el sí quiero, colocar los anillos y estamparse el cohibido beso que ruborizó a la novia, pareció un beso furtivo. Era el primero y, encima, delante del cura y los suegros.

Aunque a los padres del novio les costó aceptarla por nuera, debido a su posición humilde, terminaron consintiendo. Esperaban que su hijo se prometiese con alguien de relevancia, acorde a su prestigio y a su rango social. Como era lógico querían lo mejor para él. Pero sabían que Ramón, de carácter indomable, no se dejaba influir y menos en decisiones importantes. Después de todo, se conformaron, Lola era una buena mujer, decente y católica, y su familia jamás se había señalado. Distinto hubiese sido si entre ellos hubiera existido algún rojo, habrían preferido cualquier cosa, incluso perder a su hijo, antes que terminar emparentados con los enemigos de la patria, como los consideraban.

—Tu tatarabuela temía llegar a la nueva casa. Nunca había intimado con un hombre y cuando entró en la vivienda se encerró en el baño. Mi padre no entendía tal conducta y la llamó hasta la saciedad desde el otro lado de la puerta invitándola a salir, tratando de tranquilizarla, con toda la paciencia del mundo. Pero su afán no dio frutos, ella prefería que todo estuviese oscuro y esperó hasta que la luz del día se cubrió de sombras para que la vergüenza fuese más soportable. Él lo contaba muchas veces, entre risas, y siempre le sacaba los colores a mi madre, porque no veas, hija, con qué facilidad se ruborizaba.

»Fueron felices durante un par de años, pero poco a poco mi padre se fue alejando, y no es que dejara de amarla sino que el juego lo absorbió en cuerpo y mente, porque se le metió en la sangre esa condenada adicción. Pronto llegaría yo para acompañar la soledad que muchas veces sentía mi madre, por la ausencia de su esposo. Más tarde nació Isaac, que apenas vivió unos meses, el pobre falleció de sarampión. Y luego, mucho después, vinieron mis hermanas, María y Encarna.

»Me pregunto, cariño, si todo esto que te cuento servirá de algo. Cada día rezo para que tu sesera vuelva a la actividad, para que algún trozo de mi historia la ponga en funcionamiento. Si supieras cuánto deseo verte en pie y oírte charlar con esa labia que tú tienes. ¡Ojalá que pronto se cumplan mis plegarias! ¡Ojalá…! Pero chiquilla, si estás moviendo la mano. Sigue moviéndola, hija, si es mi madre la persona que puede ponerte bien no dejes de moverla. ¡Vaya! ¿Por qué has parado? Me temo que ha sido… un simple espasmo. Debería estar aquí tu enfermera. Si ella lo hubiera visto… Y no es que me queje de la muchacha, veo que te cuida bien, pero se va a cada rato y no me gusta que te deje sola. No voy a consentirlo, no, algo tendré que hacer.

XIII

Cuando por fin cruzaron el Serengueti, casi un mes y medio después de haber embarcado, y llegaron al poblado, este se encontraba vacío. En la estación de las lluvias altas los Wantesa se refugiaban en las montañas cercanas. Subían a mitad de marzo y bajaban a principios de junio, cuando la llanura relucía verde y frondosa, después de que el alimento líquido la hubiese nutrido. Y a pesar de que en las dos últimas cosechas no había llovido, ellos mantenían la costumbre.

Durante varias semanas los misioneros trabajaron sin descanso acarreando troncos y hojas de palma y amasando barro, para construir las primeras chozas que les servirían de alojamiento. Faenaban deprisa temiendo que en cualquier momento el cielo abriese las compuertas y el seco pastizal se anegase por completo. Cuando el agua caía en tromba aquel espacio se convertía en un lago y el lodo se acumulaba haciendo impracticables los caminos.

En aquella ocasión tampoco cayó ni una gota de agua, aunque a veces parecía que las nubes amenazaban con inundarlo todo de negras que asomaban, se enroscaban entre los árboles y en los picos de los montes, pero luego se desvanecían sin dejar rastro, como por arte de magia, llevándose con ellas el preciado elemento.

A principios de junio, cuando comenzaba el invierno en aquellas latitudes, ya habían levantado las chozas destinadas a albergar a las monjas y la que serviría de iglesia. Imitando a las de los nativos les dieron forma redonda, querían respetar la arquitectura de las construcciones. Las paredes las levantaron con troncos de árboles, hojas y barro, y el techo con paja y palmas. Tuvieron que desbrozar un buen trozo de selva para conseguir allanar el terreno, dándole luego la inclinación apropiada para que, cuando lloviese, el agua no permaneciera estancada anegándolo todo. Justina, que ayudaba al padre Anselmo a colocar una empalizada que rodeaba la superficie destinada para el huerto, casi se desmaya al ver al primer indígena. Los Wantesa volvían de las tierras altas con el ganado.

—¡Ay! —Dio un respingo y un grito a la par que se tapaba los ojos con una mano y se santiguaba con la otra—. ¡Dios mío! ¡Está tal como vino al mundo! ¿Cómo no me avisó, padre? Imaginaba que el salvajismo de esta gente sería grande, pero no que llegaría a tal extremo.

Las otras dos monjas, que también se encontraban próximas, reaccionaron del mismo modo. Hallar hombres desnudos no era algo que esperasen, y la visión de aquellos seres desprovistos de

ropa y pintarrajeados por todos lados les sobrecogió. Pero venían dispuestas a civilizarlos y Justina, ni corta ni perezosa, pasó del sobresalto a la acción: cogió una manta de uno de los carros y acercándose al Wantesa se la colocó a modo de túnica. Amawawa, como se llamaba el nativo, que quiere decir «Hijo del Águila», no tuvo tiempo de reaccionar, le cogió desprevenido, solo se miró a sí mismo contemplando aquel extraño atuendo.

El padre Anselmo lo saludó, se sacó un habano del bolsillo de la sotana y se lo ofreció, sabía que para ellos fumar era un signo de hermandad, que el tabaco formaba parte de sus ritos sagrados y también servía para sellar acuerdos. Luego trató de explicarle que a las mujeres blancas les asustaban los cuerpos de los hombres desnudos. El Wantesa se desprendió de la vestimenta con un ademán brusco y encendió el cigarro que le había brindado el cura, justo en el instante en que llegaban los demás indígenas. Justina se dio cuenta de que no habría mantas suficientes para cubrirlos a todos y que tampoco sería fácil que ellos aceptaran aquella indumentaria. Pero aun así no se dio por vencida, pensó que si conseguía que al menos uno la vistiera, los demás, quizá, querrían imitarle. Con brío recogió la manta de los pies de Amawawa y se la puso ella misma anudándosela por encima de un hombro a la vez que le pedía al sacerdote que tradujera sus palabras.

—Mire, así debe vestirla. Se verá raro pero se acostumbrará, no se preocupe —explicaba Justina con vehemencia mientras se giraba delante del hombre, como en un pase de modelos, para mostrar cómo quedaba. Pero se le ocurrió que no era buena idea colocársela ella, que al salvaje le costaría identificarse con una mujer, así que se la quitó sacándosela por la cabeza y corrió a enfundársela al cura.

—Déjeme, padre, que se la ponga. Es mejor que lo vea a usted. Y dígale que es un gran signo de honor y valentía vestir la «manta sagrada». —Sin esperar su consentimiento Justina atavió con la frazada al sacerdote que no pudo traducir nada, porque estaba absorto e impresionado ante la osadía de la novicia.

—Pero, hija, qué ocurrencias tiene —replicó el padre Anselmo, cuando pudo decir algo, tan lleno de desconcierto que antes de que se diera cuenta ya lucía aquella improvisada indumentaria.

—Dígale, padre... A ver si conseguimos que la acepte.

El hombre estaba tan pasmado que, aunque también deseaba tirar la manta al suelo y ordenar a la joven que dejara de hacer estupideces, tradujo lo mejor que supo sus palabras. Y de nuevo Justina, quitando la manta al cura, se acercó con ella al indígena para vestir su desnudo cuerpo.

—Masai, Masai —pronunciaba Amawawa, mientras movía de izquierda a derecha la cabeza como signo de negativa y se resistía a

dejarse colocar aquel atuendo, hasta que agarró la manta y la tiró al suelo con gesto enfadado, y señalando su cuerpo con una mano repitió: «Wantesa, Wantesa».

Justina, que era insistente, se disponía a recogerla otra vez. De ningún modo pensaba desistir, porque cuando se proponía algo en general lo conseguía, o hasta entonces así había sido. Pero el padre Anselmo la paró en seco sujetándola por el brazo y explicándole lo que el nativo quería decir.

—Dice que no puede usarla. Esa indumentaria es propia de los Masai, otra de las tribus con la que comparten este territorio. Él es un Wantesa y perdería la identidad confundiéndose con aquellos.

—Es que esto es intolerable.

—No exagere, hermana, de momento tenemos que convivir con sus costumbres, ya verá como poco a poco ellos aceptarán las nuestras.

—Pero, padre… No debemos rendirnos tan pronto, hemos venido a evangelizarlos —protestó Justina.

—No insista, hija, nuestra labor necesita tiempo, no vayamos a empezar con mal pie. Debe comprender que si de entrada les rechazamos ellos harán lo mismo con nosotros. Déjese guiar, que la rebeldía es mala compañera de una religiosa y la terquedad no lo es menos —le aconsejó el sacerdote.

—No es terquedad, padre, es decencia.

—¡Olvídese de sus normas, hermana, y aprenda a contenerse! —finalizó el padre la conversación al filo de la exasperación.

El resto de la tribu, que también había llegado, les rodeó perplejos. Al principio permanecieron quietos, observando el insólito incidente, pero luego algunas nativas que las miraban con asombro se aproximaron a Justina y a las otras dos monjas, para tocar los hábitos, pues les llamaba la atención tanto el tejido como su color níveo.

Justina, todavía ofuscada, se prometió a sí misma que, con la ayuda de Dios y aunque le fuese la vida en ello, conseguiría domesticar a aquella tribu.

XIV

—Cuánto me divertía todos los veranos, mi niña, jugando con mis primas al escondite, y al elástico, y a las enfermeras, en casa de Mamá Justina. Con ella merodeando por allí jamás nos hubiésemos atrevido a corretear ni a dar voces, pero en su ausencia disfrutábamos de lo lindo haciendo de las nuestras. En cuanto llegaba mi abuela se terminaba el divertimento porque con presura nos convocaba a rezar, tarea a la que más se dedicaba la devota mujer cuando no atendía a alguna parturienta. Cogía su rosario y nos lo mostraba, como señal ineludible de que había que seguirla a la capilla, donde pasábamos horas sentadas entonando misterios. A ninguna se nos ocurría escabullirnos ni poner cara de aburrimiento, hubiese sido un sacrilegio. Estábamos de ver, todas sentaditas en las sillas de enea frente a mi abuela por orden de tamaño.

»Sin embargo, Mamá Justina, al poco de empezar con el rezo se quedaba dormida, el murmullo de la plegaria actuaba como un sedante, momento que aprovechábamos para gozar de nuestros juegos y bromas, hacer mojigangas y reír desenfrenadas. Una ponía cara de mona y sacaba la lengua mientras otra bailaba delante de mi abuela, pero de tanto en tanto la partera, de un sobresalto, volvía a abrir los ojos continuando con su letanía, como si no hubiese habido interrupción, y al instante todas quedábamos como palos, como gatos de yeso a los que solo se les movían los labios.

Aquella casa con olor a jazmín le traía tantos recuerdos de la infancia… De grandes y robustos muros guardaba el frescor cuando el sol apretaba sus manos de fuego, en pleno mes de agosto, como es natural en las casas de los pueblos andaluces. La puerta era tan ancha que habría entrado un carruaje sin problemas y todavía hubiese sobrado espacio, asemejaba el portón de una iglesia por la extensión, y por la altura, y también por la decoración. De madera maciza, tallada con estilizaciones de acanto y flanqueada por pilastras pareadas de mármol gris, emulaba el pórtico de un gran templo.

En la planta baja además de la hermosa cocina y el pasillo de entrada, amplio y largo como una avenida de ciudad, se esparcían seis habitaciones, una pequeña capilla y una biblioteca, y debajo de ella se ubicaba el sótano. Arriba otras seis habitaciones, todas con servicio incluido, culminaban la vivienda. Las ventanas, casi tan grandes como puertas, cuando se abrían permitían que las corrientes campasen a sus anchas. Las vestían en su interior pesados cortinajes de terciopelo, que frenaban el vendaval en parte, de color

verde agua, ribeteados por puntas de croché. Caían igual que telones de un teatro y servían de escondrijo ideal, sobre todo a las niñas que se divertían usándolas en sus juegos.

En la entrada, para acortar la sensación de distancia que provocaba el inacabable pasillo, se distinguían enormes macetas de aspidistras con hojas tan limpias que relucían, dispuestas cada dos metros a uno y otro lado y entre ellas se afincaban, para romper la uniformidad, objetos de lo más diversos, desde un gran espejo a una armadura, una percha de pie, un paragüero, una mesita baja y varios butacones acolchados. Tapices antiguos completaban la decoración de las paredes y algún que otro retrato de los antepasados.

Más que una casa parecía un palacete perteneciente a la nobleza. Abajo destacaba la excelente biblioteca, santuario de Mamá Justina, cuyos costados se hallaban en su totalidad cubiertos por extensas librerías de estilo gótico, con motivos pictóricos que hacían referencia al Nuevo Testamento; repletas de libros, en especial religiosos y de moral cristiana. Entre ellos contaba con varios manuscritos de un valor incalculable, por lo que no tenía nada que envidiarle a los archivos de algunos monasterios.

La habitaban los abuelos y el tío Alberto con la hija, Margarita, la prima de Andrea, que quedó huérfana de madre en su nacimiento. Las demás primas, hijas de la tía María Jesús, aunque no vivían allí a diario la visitaban.

Cada vez que Andrea iba a casa de Mamá Justina no podía dejar de admirar el baño, alicatado hasta el techo, todo un lujo que en aquella época pocos lograban permitirse. Su otro lugar favorito era el sótano, en el que además de la bodega se ubicaba un trastero atestado de bártulos y antiguallas, entre ellas había un pequeño baúl que le gustaba por encima de todo. Lo descubrió un día por casualidad, ya que se encontraba casi enterrado debajo de multitud de enseres, como si alguien hubiese querido esconderlo. Era de madera oscura, grabado en su tapa con hojas de acacia, de color verde. La niña intentó abrirlo en muchas ocasiones, pero no pudo conseguirlo, por más que buscó la llave no la encontró y, aunque lo golpeó contra el suelo, la tapa no cedió.

Ella imaginaba que en el interior encontraría joyas maravillosas, reliquias de algunas antepasadas de la familia, que quizás había heredado Mamá Justina. La idea de llevárselo, que con frecuencia se le pasó por la cabeza, siempre fue interrumpida por diversas circunstancias.

—Cuando mi abuela no rezaba nos conducía a la sala de lectura donde nos enseñaba el arte de descifrar los signos lingüísticos, a leer, para que me entiendas. Lo consideraba una piadosa labor. Escogía

textos que nos instruyesen sobre los pilares de la cristiandad, libros de santos, Andreíta, casi siempre los que tenían relación con nuestros nombres, así un día nos obligaba a leer la vida de Santa Margarita, otro día la de Santa Juana de Arco, y la de Santa Rosa de Lima, y la de Santa Cecilia, y la de San Andrea, y cuando terminó el santoral comenzó con la Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Pero también hubo excepciones y nos dejaba conocer historias de la mitología griega. Nunca entendí por qué poseía esos libros y nos permitió ojearlos, por qué no despotricaba de ellos si eran paganos, ni se me ocurrió preguntar, no fuese a cambiar de idea. Eran los que más me gustaban, hija, sí, me fascinaban los relatos de esos falsos dioses y diosas, como los llamaba mi abuela, Zeus, Neptuno, Apolo, Atenea, Artemisa… en especial me encantaban los de las diosas, porque ya estaba bien que solo los hombres tuviesen representantes entre las divinidades. Yo me imaginaba como Artemisa, una cazadora poderosa y libre, montada sobre un caballo blanco en busca de aventuras y rodeada de animales salvajes que me obedecían.

La mañana que Andrea leyó las historias de los santos que poseían su nombre quedó sorprendida de que todos fueran hombres, y no comprendía por qué ella no tenía nombre de santa como el resto de sus primas.

—Yo también quiero tener una santa. ¿Por qué no tengo una, Mamá Justina? —preguntó Andrea.

—Los caprichos de tu madre —le respondió la abuela—. Como es de procedencia italiana no ha tenido en cuenta las buenas tradiciones de nuestra patria. Tu madre te puso un nombre italiano, en recuerdo de su estancia en esas tierras, en lugar de Juana que es el que te correspondía. Andrea es nombre de varón en aquel país y en España de mujer. Las cosas del idioma que cada uno tiene. Pero tú no te preocupes por eso, lo mismo da un santo que una santa, distinto hubiese sido que el nombre no figurase en el santoral, entonces sí que me habría opuesto. Además, en eso te pareces a mí, que también llevo nombre de santo. A San Justino, defensor del cristianismo a ultranza, le cortaron la cabeza por declararse cristiano y negarse a quemar incienso ante falsos dioses. Así que no te aflijas, las mujeres con nombres varoniles tenemos una fuerza añadida, una garra más potente.

—Pues menos mal, porque Andrea me gusta mucho más que Juana.

—No es cuestión de gustos, niña, sino de cumplir las normas. Si cada uno hiciera lo que le diera la gana el mundo que conocemos se desmoronaría, no quiero ni imaginarlo, sin orden y sin reglas el caos se adueñaría de todos los destinos y la vida civilizada no podría existir, solo con pronunciar la palabra anarquía me

descompongo y me entran unos escalofríos...

Mamá Justina tenía devoción por los libros, consideraba que saber leer era tan preciso como el comer, que la lectura abría el entendimiento y el espíritu para recibir las mercedes divinas, que gracias a esos textos conocíamos la historia, avanzaba la ciencia y progresaba la palabra de Dios, tan necesaria en todas las épocas. Pensaba que ayudaban a adquirir los principios básicos para mantener una convivencia civilizada, aunque también opinaba que había que vigilar la lectura de los infantes porque no todos los libros eran adecuados, algunos incluso entrañaban graves peligros y podían confundir a los lectores incitándoles a seguir un mal camino. «Hay que saber elegirlos, pues no todos son benignos», repetía con frecuencia a las nietas. Su obsesión por la lectura correcta rayaba la paranoia.

Si por ella hubiese sido habría fundado la «Santa Censura», destinada a seleccionar y quemar los volúmenes impropios, los impuros. ¡Cómo habría gozado levantando piras, lanzando ejemplares sacrílegos a la depurativa hoguera y mirando extasiada a las llamas devorar los renglones impíos! Lo malo habría sido que con ella a la cabeza de la «Santa Criba» muy pocas obras habrían sobrevivido, la riqueza literaria de la humanidad, dilapidada en semejante purga mística, hubiese quedado reducida a cenizas, condenada al olvido, perdida en la ceguera del fervoroso fuego. Aunque de modo incomprensible, como decía su nieta, los tomos de mitología griega se habrían salvado. Pero, desde luego, era innegable que gracias a ella las chiquillas aprendieron a leer y escribir, al menos lo indispensable; en especial, Andrea, que no tuvo oportunidad de ir a la escuela.

También en la biblioteca, poco después del desastre, cuando Ramón perdió la fábrica, discutieron él y su padre. En toda la casa se oían las voces acaloradas de la disputa. El abuelo de Andrea argumentaba que en poco tiempo su hijo había perdido lo que a él le costó muchos años y un gran esfuerzo conseguir y ampliar —cosa que era verdad—, y que por supuesto se olvidara de recibir ninguna otra herencia. El hijo respondía que la suerte le había jugado una mala pasada, que no se preocupara porque la recuperaría, pero Juan no se lo creía y le llamaba adicto, incivilizado, bala perdida y de todo lo que se le ocurría, además le reprochaba que no fuese capaz de mantener a su familia. Los gritos no cesaron ni cuando intervino Mamá Justina que con paso decidido se dirigió hacia donde tenía lugar la polémica, irrumpiendo en la sala de los libros para poner un poco de calma.

—¡Por el amor de Dios, dejad de discutir! —ordenó la abuela de Andrea.

—No metas a Dios en esto, que es cosa exclusiva del salvaje de tu hijo —manifestó el abuelo.

—Pero con esas voces no se arregla nada y menos con insultos —replicó ella.

—No, si esto no tiene arreglo, pero deja que me desahogue —continuó el hombre irritado.

—¿Desahogarte? Si está a punto de darte un soponcio. Con este acaloramiento solo dices barbaridades y luego seguro que te arrepentirás —advirtió Mamá Justina al marido.

—Déjalo mamá, mejor que hable, que salga a la luz lo que siempre ha callado. Está claro que el único que lo hace todo bien es mi hermano —intervino Ramón.

—¡Eso! ¡Tú sigue saliéndote por la tangente y echando balones fuera! Ni siquiera eres capaz de admitir tus errores. Ya quisiera que te parecieras en algo a tu hermano, que nunca me ha dado un disgusto. ¿Pues sabes lo que te digo? ¡Que se acabaron las contemplaciones! ¡Date por desheredado! Y a partir de ahora no me pidas ni un real —sentenció Juan.

—No te preocupes, que yo sabré arreglármelas solo. No vayas a creer que te necesito para nada —concluyó Ramón saliendo de la sala como alma que lleva el diablo y terminando con brusquedad la refriega.

Andrea nunca olvidó aquella disputa y desde el incidente le cogió ojeriza al abuelo por tratar de ese modo a su padre.

—*Otra de las tareas favoritas de mi abuela, cariño, era atiborrarse de chocolate. A veces los ricos, como pago por el servicio de matrona, le regalaban grandes tinajas de barro repletas del exquisito dulce. Y sentada en su mecedora, Andreíta, colocada de modo estratégico al lado de la cántara que contenía el preciado manjar, mi abuela pasaba horas mece que mece, come que come. Parecía entrar en éxtasis, como si el sentido del gusto fuese el trampolín perfecto desde el que accedía a la gracia divina.* —La matrona sentía derretirse el cacao en la boca, que se convertía en un líquido pastoso y lo paladeaba con gozo en un estado de íntimo arrobamiento. Tocaba el paraíso, o la gloria, o cualquier otra región de los cielos. Era el único momento en que una sonrisa despreocupada asomaba a sus labios y sus facciones, por lo general tensas, se vestían de tibieza. Pero también en estos episodios de glotonería su generosidad se evaporaba por completo, la poseía una avaricia extrema, una avidez inusual que la hacía incapaz de compartir ni una onza, y ¡ay del que osara meter la mano en la vasija!, corría el riesgo de perderla.

»Mamá Justina, a pesar de ser de las pocas mujeres que en aquella época tenía estudios y una profesión independiente, hija, conservaba una mentalidad cerrada, beata a más no poder. Siempre estuvo rodeada de

curas, obispos, cardenales, y cualquiera que perteneciera al clero. Casi se convierte en religiosa, Andreíta, y termina pasando sus días en un convento, de hecho fue novicia durante cinco años, dos de ellos los pasó en África como misionera. En aquella etapa quería ayudar a los salvajes tanto en la cura de sus cuerpos como en la salvación de sus almas. Pero nunca hablaba de esa experiencia, parecía tenerla enterrada y molestarle que se hiciera alusión a ella. —Aunque su paso por Tanzania logró arrancar de su mente la idea de ser monja, su devoción por la Iglesia no decayó, mantenía firme la fe, como una estaca, y la convicción de que el cristianismo era el único timón que podría conducir a todos a buen puerto.

»Mi abuela vestía trajes anchos y oscuros, negros, grises, marrones, azules… que adornaba con un gran crucifijo de plata colgado del cuello. Decía que el decoro es la virtud raíz de la mujer y los colores vivos no son más que una forma de incitar tentaciones, muestra de desvergüenza y flaqueza. Con el pelo corto, ya canoso por la edad, su gran corpulencia y su indumentaria, asemejaba una monja seglar. Tenía un carácter de mil demonios y, aunque todas la temíamos, a escondidas la apodábamos «Sargentona», nos burlábamos de ella con inocencia, por el peligro que suponía que nos descubriera y por la diversión que acarreaba sentirnos al filo del precipicio.

»Gozaba de buena posición, pero su presencia destilaba austeridad y no por ello era tacaña, al contrario, no tenía nada suyo, siempre ayudaba a los pobres. En cuanto se enteraba de que alguien pasaba necesidad allí se presentaba con un cesto colmado de alimentos, aunque no sé si lo hacía por verdadero amor al prójimo o porque acataba al pie de la letra los preceptos cristianos de ayudar a los desfavorecidos. Esta actitud le ocasionó muchas discusiones con mi abuelo, pues al hombre le costaba aflojar el puño y gastar más de lo imprescindible, pero ella era tan pesada que él terminaba dando el brazo a torcer, a regañadientes, claro, no te creas que lo daba de buena gana.

»Durante la guerra mi abuela se hizo respetar, tanto por los de un lado como por los del otro. Que ella fuera bien considerada por el bando nacional era normal, su fe cristiana, su ideología y sus relaciones la situaban al lado de los golpistas. Lo extraño era que los rojos también la respetasen, conociendo como conocían sus inclinaciones doctrinales y sus devociones, pero también sabían de su quehacer y no podían dejar de tener en cuenta que quitaba el hambre a manotazos a cualquiera que la padeciese, ya fuese franquista o comunista, monárquico o republicano, sí, Andreíta, y había ayudado a nacer a todos los chiquillos de la localidad, fuesen ricos o pobres. A los padres de los primeros les cobraba todo lo que podía y a los de los segundos no solo no les cobraba sino que, encima, les dispensaba alimentos, ropa, calzado… Incluso los comunistas la saludaban cuando se la encontraban por la calle: «Vaya

usted con Dios, doña Justina», decían, contra todo pronóstico de que ellos emplearan el nombre divino.

»¡Dios! No me asustes, Andreíta. No abandones todavía este traje material. Resiste, niña, resiste... Invoco a todas las energías celestiales, a los espíritus de mis antepasados, a los ángeles y a los arcángeles, a los santos y a cualquiera que tenga poder en las alturas para obrar un milagro y arrancarte de las garras de la muerte. ¿Dónde estará la enfermera? ¡Ay! ¿Cómo podré avisarla?

La joven convulsionaba y echaba espuma por la boca. Sus parpados aleteaban y dejaban entrever el blanco de los ojos. Era la primera vez que le pasaba aquello. Andrea, descompuesta, con una angustia que le sacudía la garganta, se dirigió hacia la puerta del dormitorio en busca de la enfermera. No sabía cómo conseguir que acudiera para prestar a su biznieta la ayuda que requería, pero su nerviosismo le hizo tropezar con una mesita y cayeron al suelo unos portarretratos que había encima. De pronto se dio cuenta de que su inmaterialidad no le impedía tocar los objetos y comenzó a aporrear la puerta de la habitación con todas sus fuerzas.

XV

La tribu de los Wantesa la formaban unos trescientos bárbaros, como Justina los llamaba. Aunque tenían gran parecido físico con los Masai constituían una etnia diferente, de la que ellos se enorgullecían. Las costumbres distintas marcaban la desemejanza, y también la lengua, las creencias y la indumentaria.

Los hombres cazaban, pescaban, cuidaban de los animales, guerreaban y ostentaban el poder; las mujeres se encargaban de lo demás: recolectar —sobre todo miel, pero también palmitos y frutos silvestres—, portear la leña, acarrear el agua, ordeñar a las reses, cuidar a los hijos, satisfacer a sus maridos, cocinar y ayudar en la construcción de las chozas. Como en todas las culturas soportaban una situación de inferioridad. Se consideraban una propiedad de los hombres que eran los que gozaban de privilegios, de hecho las compraban a cambio de varias cabezas de ganado o diversas piezas de caza cuando las elegían para el matrimonio.

Las casas tenían una estructura redonda; así evitaban que los malos espíritus se agarraran a sus ángulos. Estos entes malignos moraban en las aristas de las viviendas, según sus creencias, y allí agazapados esperaban la oportunidad de invadir a alguno de sus habitantes y provocarle toda suerte de desgracias y enfermedades. Siempre que alguien moría debían quemar su choza con todos los enseres, para que el espíritu del difunto no se quedase encerrado entre sus paredes y pudiera viajar su alma hacia la región del Akaswa, el mundo de los muertos, y para que la *awmach* —la maldición— no se propagara por el poblado.

Cuando enfermaban, Wansá, la curandera, que significa «Hija de la Magia», practicaba el ritual de sanación. Repetía la ceremonia durante tres días invocando a los espíritus de los antepasados y recitando canciones dirigidas al dios Ñawi que residía en el lago sagrado, mientras limpiaba el cuerpo del enfermo con hierbas mágicas, le restregaba ungüentos por todo el cuerpo y le daba brebajes de preparados medicinales. Aunque en la mayoría de los casos enfermaban de malaria, disentería, mala alimentación, falta de higiene o infecciones de heridas mal curadas, también muchas indígenas morían al parir o debido a la circuncisión a las que las sometían al cumplir los diez años. Si al tercer día de aplicar el ritual los enfermos no comenzaban a curar entendían que la *awmach* había caído sobre ellos. Tenían que abandonar su choza y desde ese momento nadie podía tocarlos ni permitir que entraran en sus viviendas. Así debía ser, de lo contrario la maldición podría

propagarse. La hechicera les recomendaba que sacrificasen algún animal y vertieran su sangre en el lago sagrado, que distaba ocho kilómetros, porque si conseguían calmar la ira del dios Ñawi, quizá, se salvarían de una muerte segura.

No le fue fácil a Justina adaptarse a sus costumbres, poder mirar, sin asustarse, a los hombres semidesnudos, ni a los pintarrajos en la piel que se decoraban además de para la lucha para el galanteo, y esos adornos en cabeza, brazos y tobillos, que a los hombres les hacía sentir varoniles y a las mujeres bellas, ni tampoco aceptar la poligamia que practicaban algunos varones, pero en especial se indignaba ante aquella creencia que dejaba morir a los enfermos. La consideraba una cruel condena y tenía que sujetar su impulso de actuar. Ya la había frenado el padre Anselmo en muchas ocasiones y quería respetar el mandato del sacerdote aunque no lo entendiera, pero se le revolvían las tripas. Se metía las manos en los bolsillos, para evitar pasar a la acción, y entonaba una oración que repetía como un mantra hasta que la salmodia conseguía que olvidara el suceso.

Pero esta no era la única superstición de los Wantesa, la *awmach* podía atrapar a cualquiera que se saltara las normas de la tribu, que faltase a la tradición o que no respetase la voluntad de los dioses y les hiciera enfadar.

Justina pronto se dio cuenta de que sería difícil acabar con aquella forma primitiva de vida, pero tenía fe en el sacerdote y en sus propias fuerzas. Pensaba que más pronto que tarde comenzarían a abrazar la religión cristiana y con ello terminaría esa penosa existencia, aceptarían vestir una ropa decente y sobre todo salvarían sus almas.

Mientras tanto las obras proseguían. Al finalizar aquel invierno ya habían terminado el hospital y las chozas de los hombres, comenzaban a construir la escuela y la canalización que tenderían desde del río Grumeti, el caudal más próximo de agua dulce. Esto último les traía de cabeza, porque era un río estacional y, aunque conservaba todo el año varias piscinas profundas, estaba minado de cocodrilos. En ellas bebían y se bañaban los animales, por lo que ingerirla ocasionaba muchas enfermedades. La única solución era potabilizar el agua, fabricando filtros rudimentarios de algodón y arena, para eliminar las impurezas, y conducirla por canales subterráneos.

Pero la realización de estas innumerables faenas no impedía que a diario se celebrase una misa. Habían traído una pequeña campana, que tocaba cada tarde convocando a la homilía. Las primeras semanas no acudió ni un nativo, se congregaban solo los misioneros, que ya no sabían qué hacer para atraer a los indígenas.

Les habían explicado que el señor Jesús, Dios de los blancos, era el verdadero y el único, que su poder se extendía sobre este reino y también sobre el reino de las almas. Incluso les habían regalado medallas a las nativas y crucifijos a los hombres, con su cadenita de cuero para que los lucieran colgados del cuello. Pero ninguno de ellos quería llevarlos.

Después del ataque de los bravos guerreros de la tribu de los Kaykán, que les asaltaban robándoles ganado y mujeres y que además causaban grandes bajas en la población, se produjeron cambios. En esta ocasión los hombres blancos que se hallaban preparados, ya que siempre media docena de escoltas vigilaban las márgenes del poblado, habían dispuesto trincheras y trampas alrededor del mismo y colocado, de modo estratégico, una ametralladora. Pensaban que, cuando disparasen aquella arma por completo desconocida en esos territorios, los salvajes huirían y no regresarían. Pero los Kaykán no se amilanaron con facilidad. En cuanto uno de los centinelas dio la voz de alarma otro empezó a disparar al aire. El estruendo que formó asustó no solo a los asaltantes sino también a los Wantesa, que en principio creyeron que el dios Ñawi rugía de ira por la infracción que alguien hubiese cometido, pero luego comprendieron que era la voz de otro dios: el dios de los blancos.

Los Kaykán permanecieron paralizados, agazapados entre la maleza, sin atreverse a asomar, pero cuando el silencio se había consolidado volvieron a acercarse. La ametralladora rugió esta vez con más fuerza, mientras los enemigos gritaban y corrían de un lado a otro, lanzando flechas, jabalinas y dardos envenenados, al infernal artilugio. Una de las saetas hirió a un escolta y los hombres blancos apuntaron a los enemigos, alcanzando a varios de ellos que cayeron muertos al instante. Los demás se escondieron detrás de los árboles. No se podían explicar qué había pasado. ¿Cómo aquel potente ruido conseguía matar a sus fieros combatientes? Consternados, fueron alejándose muy despacio, evitando incluso que crujiera la hierba bajo sus pies, y cuando creyeron estar a una distancia suficiente para no ser alcanzados por el estruendo mortífero se agruparon y trataron de decidir qué hacer. Unos aconsejaban la retirada, otros, aventurarse a un nuevo ataque cuando entrase la noche y las sombras no delataran su presencia.

Dominaban el arte de la guerra. Durante siglos sus antepasados lucharon para conseguir los mejores botines, y ellos habían heredado la habilidad de atacar con el mismo sigilo que un leopardo. No podían permitirse regresar con las manos vacías ni presentarse ante sus ancianos, ni ante sus mujeres, como unos cobardes. No podían consentir que cayera tal vergüenza sobre ellos.

Invocaron a su dios y a los espíritus de sus ancestros para que les concedieran la victoria y acordaron apoderarse del aparato asesino que defendía el territorio Wantesa.

Mientras tanto Justina oraba, junto a las otras monjas y al sacerdote. Un sudor frío le recorría la espalda y la frente, y sentía deseos de salir corriendo para alejarse de aquel continente hostil y ponerse a salvo. Se avergonzaba de sí misma porque se exigía plantarse en medio de la batalla y calmar los ánimos pronunciando la palabra de Dios, pero era incapaz de hacerlo. Se reprochaba no salir a rescatar a los niños indefensos que podrían estar en peligro. Nunca había presenciado una matanza. Era la primera vez que miraba a la muerte de frente y esta hizo que se desvaneciera la persona que creía ser.

Cuando la oscuridad sembró el cielo de negrura y en el valle germinaron las tinieblas, comenzaron los movimientos de aproximación de los Kaykán, lentos y silenciosos. Habrían pasado inadvertidos de no ser porque la espesura escondía bajo las hojas varias trampas en las que cayeron al menos tres guerreros, y el estrépito del batacazo puso sobre aviso a los centinelas que de inmediato dispararon a discreción. Con la ceguera impuesta por la noche cerrada enfilaban las balas hacia el follaje, sin objetivo fijo, como si estuviesen cazando fantasmas.

Después de aquello los Kaykán huyeron despavoridos y no se atrevieron a regresar, hecho que influyó bastante en la tribu de los Wantesa, porque a partir de ese momento sintieron que el hombre blanco cumplía su promesa de protegerlos. Por la mañana recogieron a los muertos y siguiendo las costumbres blancas les dieron sepultura al otro lado del bosque. Y una parte de Justina también quedó enterrada allí.

XVI

La joven llegó al hospital en ambulancia. Los médicos de urgencias de inmediato la monitorizaron, tomaron su pulso, le hicieron un electrocardiograma, le sacaron sangre… Le conectaron un sin fin de tubos y cables que facilitaban mantenerla con vida.

En la sala de espera el padre, desplomado sobre el asiento, apoyaba los codos en las rodillas y ocultaba su cabeza entre las manos. «No podemos rendirnos», le susurraba Guillermina, a pesar de tener el rostro descompuesto y lleno de lágrimas. Andrea acompañaba a la muchacha en la sala de cuidados intensivos. La agitación de los sanitarios que manipulaban jeringuillas y todo tipo de aparatos, el sonido de las alarmas que estallaban y se propagaban en diferentes tonos: graves, agudos y de otras muchas frecuencias, y el aire helado de la habitación, le hacían temer que a su biznieta se le escapase el alma del cuerpo. El semblante blanco y los labios azulados de Andreíta también vaticinaban la posible desgracia. Incluso le pareció a Andrea ver a la Muerte esperando a los pies de su cama. Perdió la noción del tiempo encogida como un ovillo y repitiendo con una voz que apenas le salía del cuerpo: «lucha, hija, no dejes de luchar», mientras cogía la mano de Andreíta y la besaba y le infundía su aliento para darle un poco de calor. Pero su propia fortaleza la abandonaba, el temblor en las piernas se lo anunciaba, y el cansancio en sus párpados, y su vértigo, y su desconsuelo. Cuando cesaron las convulsiones, la bisabuela no supo si eso era una buena señal o por el contrario un signo de infortunio.

«Familiares de Andrea Salvadora, diríjanse a la puerta de la UCI», se oyó por el megáfono de la sala de espera. Uno de los médicos les informó de que el peligro había pasado por el momento.

—Su hija ha ingresado con las constantes vitales disparadas. Hemos conseguido restablecerlas, pero aún no sabemos qué ha podido provocarlo. En cuanto sepamos algo más les avisaremos.

—Pero… ¿esto puede repetirse? —preguntó Guillermina tratando de que la voz no se le quebrara.

—Esperemos que no.

—¿Sigue en peligro? —quiso saber el padre de Andreíta.

—Su hija está grave, no les voy a engañar. Le aseguro que en cuanto sepamos algo más se lo comunicaremos —concluyó el doctor.

Mientras, Andrea seguía al lado de la muchacha, ya más

tranquila porque en la pantalla del monitor la raya verde fluctuaba con un ritmo armónico y los médicos antes de retirarse comentaron: «Ha estado a punto de irse, menos mal que ya responde». El color había vuelto a las mejillas de Andreíta, sus labios recuperaban el tono rosado y se oía el sonido bronco del respirador ir y venir.

—*Resiste, hija, que eres muy joven y tienes mucha vida por delante. No vuelvas a asustarme de este modo, que aunque sea un espíritu también tengo mi corazoncito, no creas que los fantasmas no sufrimos, y esto ha sido peor que si me hubiesen arremetido con la puya de un picador. Pero si algo me alegra es saber que a partir de ahora podré cuidarte mejor. Descubrir que puedo coger objetos y elegir si los traspaso o no me da más seguridad, porque cuando necesites algo moveré mesas, sillas, o cualquier cosa que tenga a mano; cerraré y abriré ventanas o golpearé sin descanso lo primero que esté a mi alcance hasta que acudan a atenderte, como hice esta mañana. Tú no te preocupes por nada, que para eso estoy yo aquí. Tú ocúpate de luchar, que con eso ya tienes bastante.*

Aunque Andrea intentaba dar ánimo a la joven, una inseguridad desconocida le marcaba la piel, como un latigazo, y se adentraba en sus músculos, en su sangre, en su médula y en todos sus intersticios. Perdía esa percepción de mujer poderosa por minutos y una culpabilidad gigante la iba carcomiendo mientras que miles de preguntas la asaltaban. ¿Era ella responsable de esa crisis que había tenido su pequeña? ¿Le habría afectado el último relato hasta el punto de no soportarlo? ¿Estaría empeorando la salud de su biznieta en vez de ayudándola? Buscaba en el almacén de su memoria de qué o de quién le hablaba cuando reaccionó de ese modo. Pero la impresión que tuvo debió borrarlo todo, no lograba recordarlo por más que lo intentaba. Decidió guardar silencio, por temor a decir algo inadecuado, a pesar de la tristeza que se desmoronó sobre ella porque esa mudez significaba resignarse frente al mal de la muchacha. No sabía que era peor, si el riesgo o el abatimiento.

Dos días después Andreíta pasó a planta, todos los tubos y cables que antes la cercaban habían desaparecido, parecía estar fuera de peligro, como si durmiera plácidamente. Los resultados de las pruebas tampoco aclararon nada en esta ocasión ni acerca de su enfermedad ni sobre el reciente ataque, aunque pudieron descartar que fuese epilepsia. El médico informó a la familia de que iban a realizar una electroencefalografía —una técnica puntera para medir la actividad cerebral—, y de que el único tratamiento posible, por el momento, era tenerla bien hidratada y alimentada, cambiarla a menudo de posición, ejercitar sus articulaciones y hablarle mucho. «No podemos descartar que nos escuche», afirmó.

Aquellas palabras dieron alas a Andrea para que retomara su relato, no podía esquivar el riesgo, pero, al menos, seguiría viva la posibilidad de curación.

—No sabes cómo he tenido que morderme la lengua, Andreíta, el miedo a que algo de lo que yo dijera volviese a ponerte tan cerca de la muerte me ha contenido. Pero no puedo permanecer mano sobre mano, casi prefiero que te vengas conmigo a que te quedes ahí, postrada como una roca. Las medias tintas nunca me han gustado, o viva o muerta, pero eso de estar en tierra de nadie…

»Hoy te contaré un episodio muy querido, a ver si te gusta y te hace un poco de bien, ocurrió en el año cuarenta y dos, después de terminar la guerra, hija, cuando paseaba con mis primas por las calles empedradas de Baeza. Desde bastante tiempo atrás no nos veíamos, mi trabajo de sirvienta, al que me dediqué después de acabar la contienda, me impidió realizar viajes y no había tenido oportunidad de visitar de nuevo la casa de mi abuela. Al desembocar en la plaza principal del pueblo divisé al Sevillano y al pasar por su lado se me desbocó el corazón. Un atractivo joven recién licenciado del ejército, Andreíta. Si lo hubieras conocido… Él celebraba la vuelta a la vida civil bañándose en la fuente de la plaza, acompañado de una señorita de alegre proceder y otros compañeros de cuartel. Se notaba que había estado esa noche de parranda y que la juerga la empalmó con la mañana. —Rió Andrea al recordarlo y se iluminó su cara.

»Sirvió en el frente nacional y tuvo la suerte de no ir a combate. La guerra estaba en pleno apogeo cuando fue reclutado, en el treinta y siete. Lo destinaron a Baeza donde cumplió el servicio pelando patatas. Todas sus lides tuvieron lugar en la cocina del acuartelamiento en la que tenía que esquivar las balas que salían por la boca de los cocineros y por la del sargento que a veces irrumpía sin previo aviso inspeccionando todo y dando órdenes de lo más absurdas, según me contó más adelante.

»Parecía un galán de cine, guapísimo, con el pelo hacia atrás y la frente despejada por las pronunciadas entradas, alto, y delgado como un pitillo de los que fumaba a cada instante. No sabes cuánto me gustó, chiquilla, con esos ojos ámbar, tan seductores y un poco pícaros como su sonrisa, con su nariz recta, de mediano tamaño, perfecta diría yo, y los pómulos marcados.

»Él se sabía guapo, Andreíta, su éxito con las muchachas lo confirmaba ya que se las llevaba de calle. A lo que le ayudaba, además de su aspecto físico, el carácter alegre que derrochaba. Siempre estaba dispuesto para una fiesta. No había nada que le gustase tanto como la jarana, el vino y las mujeres. Cuando terminó la guerra decidió reengancharse, no tenía un trabajo al que volver y la vida en el ejército al menos le evitaba pasar hambre, pero aquel día, como te digo, se licenciaba. Decía que la vida de militar no era para él

»Al entrar en la plaza, niña, lo primero que vi fue al soldado mojado en mitad de la fuente, sin camisa, mostrando el torso lozano y sensual, salpicado de gotas que destacaban el fulgor de su piel al resbalar. Me pareció el dios Neptuno, poderoso, grandioso, imponente. Sentí que me zarandeaban de pies a cabeza, como si un huracán estuviese pasando, que el suelo temblaba y que no era capaz de sostenerme. No sabía si un aura de luz rodeaba a aquel dios o estaba teniendo una ilusión óptica y, por esas cosas que tiene el destino, justo en ese momento él alzó la mirada y encontró la mía. La magia apareció de pronto, o Cupido con sus flechas, ya sabrás lo que es eso, cariño, cuando te enamores de verdad.

El contacto ocular perduró unos minutos, mientras ellos perdían la noción del tiempo y del resto del mundo, una fuerza magnética los mantuvo en suspenso, atrapados en los imantados cristales de sus pupilas, y una grieta se abrió en la atmosfera por la que se infiltraron a otra dimensión. Todo lo ocupó el latido intenso y algo perverso del órgano amoroso, que destartalado bailaba con pasión latina en el pecho de ambos. A Andrea se le encogió el estómago o más bien comenzó a agitársele como si un gato se le revolviese dentro. Ella apartó la vista, no por pudor sino porque así lo indicaban las reglas, pero él la siguió insistente hasta que se desvaneció en el horizonte de una calleja colindante. De un salto salió de la fuente, se puso la camisa sin abrochar y con los pies descalzos corrió detrás de ella hasta alcanzarla.

—Señorita… Por favor, ¿me dice usted su nombre? No podría vivir sin saberlo —le confesó, todavía agitado por la carrera, con la respiración entrecortada y la ropa pegada al cuerpo debido a lo empapada que estaba.

Ella y sus primas rieron, pero Andrea no le respondió, tenía que disimular el interés y hacerse de valer; a pesar de su inmenso deseo, y del millar de palomitas que revoloteaban por su cuerpo, no podía mostrarse como una mujer fácil.

—Señorita, así coja una pulmonía no me iré hasta saber su nombre. Yo me llamo Francisco López Torres, para servirle, el Sevillano para los amigos. ¡Jamás he visto semejante belleza! Acabo de licenciarme, pero me quedo aquí a vivir solo por contemplarla cada día. Aunque no me hable, aunque no me mire… —El muchacho hizo una pausa, confiando en que ella se dignara a decir al menos una frase.

Andrea se debatía entre las ganas de responder y la contención que debía mantener según la moral al uso.

—Ande… Dígame el nombre y conviértame en el más feliz de los hombres. No se haga de rogar. ¿Qué le cuesta, mujer, ofrecerme este pequeño obsequio?

—Andrea de Luna Linares —dijo ella por fin—, pero no hablo con desconocidos. No se vaya usted a pensar que todo el monte es orégano.

—¡Andrea! ¡Andrea de Luna! Tan bello y sonoro como usted. Tan atrayente como el redondel que luce por las noches en los cielos y en su apellido. No se preocupe, Andrea, que yo no soy hombre de monte, sino de ciudad. Y no pensaré, que dar vueltas a la cabeza no trae nada bueno; fíjese si mi mente tendrá pocas palabras que en lugar de pensar frases pienso imágenes. Y sepa que a partir de este instante la única figura que ocupará mi mollera será la suya. —Las muchachas no pudieron contener sus risas espontáneas ante las chistosas ocurrencias del joven, pero Francisco continuó sin sentirse ofendido—. Cada día estaré allí, en la fuente, esperando que sus ojos consientan dedicarme unos minutos, y si es más mejor, que yo estoy dispuesto a recibirlos todo lo que usted quiera, no crea que voy a poner límite a tan gozosa experiencia.

—No sea pesado, hombre, y deje de seguirnos —le inquirió Margarita, la prima de Andrea—. Vamos a llegar a mi casa y como le vea Mamá Justina atosigándonos es capaz de darle un garrotazo, que lo mismo trae un niño al mundo que le quita la vida a quien haga falta.

—¿Mamá Justina? ¿No será la señora partera? Pero si la conozco. Atendió a la esposa del sargento en el parto de su hijo. Tuve que venir a avisarla. Y ya que nos conocemos… Permítanme acompañarlas.

—Ni se le ocurra —volvió a argüir Margarita—. Ya tiene bastante con conocer su nombre.

—Cosa que agradezco, pero no me impida disfrutar de unos minutos de alegría, no voy a comerme a nadie, se lo aseguro.

—Mire, Francisco, es usted muy simpático, pero por hoy hemos terminado la conversación. Dese por satisfecho y comprenda que con esas pintas no es la mejor compañía —volvió a intervenir Andrea que le lanzó estas tajantes palabras y le enfiló el fusil de la mirada.

Al Sevillano no le quedó otra que esquivarla, aun yendo contra su deseo de prolongar el encuentro, pero comprendió que tenía razón la joven. Sin embargo, no perdía las esperanzas, ella de forma muy sutil dejó una puerta abierta, al introducir la palabra «hoy» le daba a entender que no tendría inconveniente en seguir hablando con él algún otro día.

—Estaba de ver, Andreíta, descalzo, calado hasta los huesos, con la ropa pegada y el pelo alborotado parecía un pordiosero o un loco fugado del manicomio. Para que veas lo que son las cosas, que esto del amor te pilla desprevenida y vas a enamorarte del que menos te imaginas.

¿Quién iba a decirme que yo me fijaría en un tipo así? Y si llegan a decírmelo no me lo hubiese creído, con lo exigente que era… ¡Ah!, luego sigo, que viene una visita.

La naturópata, amiga de Guillermina, venía a ofrecerle ayuda. Conocía a una sanadora que utilizaba cristales e imanes para armonizar el fluido energético.

—…Le hará bien, ya lo verás. Es voluntaria. Todos los viernes pasa la mañana en el hospital visitando enfermos, procurando restablecer la energía bloqueada. Dime que accedes a que trate a tu hija y la aviso.

—Sabes que no creo en esas cosas —se limitó a responder la madre de Andreíta.

—No es cuestión de creer, Guillermina, sino de probar. Te aseguro que no le hará daño, y si le sirve de algo…

—No sé qué dirá su padre.

—Háblalo con él y después me llamas —insistió la amiga.

—Lo de las constelaciones no funcionó —se quejó Guillermina.

—Tampoco volviste a la consulta. Yo que tú lo intentaría otra vez ¿o crees que hay algo que funcione con una sola sesión? Lo sabes de sobra, eres psiquiatra. No te cierres, no estás en condiciones de hacerlo.

—Tampoco sé qué le parecerá al médico.

—Seguro que bien. Ya te digo que atiende a otros enfermos. Pero si te quedas más tranquila consúltalo y me dices.

—No sé, empiezo a perder toda esperanza.

—Te comprendo, debe ser muy duro. Pero no puedes hundirte, ella te necesita, y te necesita fuerte. Se recuperará pronto, ya lo verás. Y yo lo celebraré contigo.

XVII

La curandera, después de examinar a Umezuwa que quiere decir «Hijo del Leopardo», diagnosticó que la *awmach* lo había poseído, y ello significaba que lo abandonaba a su suerte. Un león le había herido un costado y un pie, y el ritual de tres días no le sirvió para que la infección remitiera, así que, siguiendo la costumbre, sacó al muchacho de su choza mandándolo al lago sagrado.

El pobre hombre en esa situación no podía andar ni un paso, los dolores le estaban matando, la fiebre era tan alta que casi deliraba, y se quedó tendido en el suelo en mitad del poblado, temblando y sin que nadie se atreviera a prestarle auxilio. Justina, que no podía permitir que se le dejara morir, pidió ayuda a dos hombres para que lo trasladaran al hospital recién terminado, pero ninguno quería tocarlo, ni siquiera su familia, no fuese que la *awmach* también cayese sobre ellos, por lo que tuvo que recurrir a dos escoltas, y atenderle ella misma ya que el doctor había salido de viaje hacia Nairobi con la hermana Clarisa que regresaba a España por una temporada, para cuidar de su madre que estaba muy enferma.

Allí, en el hospital, Justina pudo atender a Umezuwa como era debido. Había sido una estudiante brillante durante su formación y en las prácticas observó en más de una ocasión a los médicos tratar diferentes lesiones. Hasta entonces no había tenido que ayudar al doctor, porque nadie se acercaba al hospital para ser curado, todos acudían a la hechicera. Justina desinfectó las heridas a Umezuwa, las cauterizó, se las vendó, y a diario volvía a limpiarlas cambiando los vendajes, y se mantuvo a su lado hasta que se desvanecieron los delirios provocados por la fiebre, pues consiguió que remitiera gracias al compuesto de arsénico que le administró.

En pocos días el indígena se repuso por completo, apenas una leve cojera delataba el desgarro de su pie, que terminó desapareciendo una vez que cicatrizó. Aunque desde ese episodio Wansá receló de ella, por haber interferido en sus costumbres y no respetar la *awmach*. Umezuwa, agradecido, comenzó a asistir a misa, convencido de que la monja usaba el poder de Jesús, que debía ser más grande que el de su dios Ñawi, ya que logró salvar su vida, y también porque se sintió atraído por ella y buscaba la forma de tenerla cerca.

En el Consejo de Ancianos estuvieron debatiendo acerca de los poderes de los dioses y, aunque les costaba aceptar que el dios de los blancos tuviese más capacidad que los suyos, dieron permiso para asistir a misa a aquellos que quisieran, porque pensaron que

tampoco sería malo conocer a ese dios tan poderoso.

La curandera, única mujer que asistía a esa reunión de hombres, se opuso de forma radical, manteniendo que ello enfadaría a sus dioses y les castigarían provocando una *awmach* mayúscula que afectaría a toda la población. Predijo que la sequía les abrasaría la garganta, que aniquilaría a las reses, y que el hambre llegaría con sus dientes de lanza mordiendo a jóvenes y mayores, hembras y varones, de modo que nadie escaparía de la terrible hambruna ni de la muerte. Pero el anciano mayor, al que apoyaron los demás ancianos, puso fin a la discusión con palabras tajantes.

—El poder de Jesús ha eliminado la *awmach* que se apoderó de Umezuwa. Le ha sanado sin necesidad de sacrificios. El poder de Jesús gritó cuando vinieron los Kaykán y estos huyeron despavoridos ante el estruendo de sus palabras, salvó la vida de muchos jóvenes e impidió que raptaran a las mujeres y al ganado. Todo ello sin pedir nada a cambio, ni inmolaciones ni ofrendas.

—Ese dios extranjero ha convertido en mujeres a los hombres, que han dejado sus lanzas sin trofeos. La mujer blanca ha faltado el respeto a nuestras reglas tocando a Umezuwa, y si no lo evitamos acabará con el poblado. Los espíritus de nuestros antepasados están inquietos, aúllan por las noches, braman por las mañanas y me avisan del peligro que nos acecha —argumentó Wansá.

—Y tú, mujer, desafías nuestras decisiones. No hay nada más que hablar —concluyó el anciano mirándola con dureza.

Ese fue el inicio del cambio. Gracias a Justina cada día más nativos asistían a misa, y acudían al hospital cuando Wansá los daba por perdidos, e incluso comenzaron a aceptar los nuevos nombres blancos que les asignaban tras el bautismo y las vestimentas que antes rechazaron. Hasta entonces sus nombres tenían significado, los hombres los tomaban en el ritual de iniciación que se realizaba justo antes de convertirse en guerreros menores. La hechicera los acompañaba hasta el margen de la selva donde les daba de beber un brebaje sagrado, una pócima alucinógena que les transformaba en animales y les inducía a sentirse tan poderosos que el temor a la muerte desaparecía. Debían permanecer una semana en la jungla, y sin ayuda de nadie sobrevivir y regresar con algún trofeo de caza o perecer en el intento. Cuanto más peligroso el animal que cazaban, más demostraban su valor y hombría.

Luego, los iniciados despellejaban a la bestia delante de la tribu —usarían la piel como abrigo, o de alfombra, o para decorar las paredes de las cabañas—, le cortaban la cabeza y la dejaban secar y después la colgaban delante de su choza, en un poste que con antelación clavaban en el suelo; asaban la carne y la compartían

con el clan en un banquete donde todos danzaban y entonaban canciones de alabanza. La fiesta duraba un par de días y durante la misma los cazadores narraban su experiencia, explicando con detalle qué animal de poder les había guiado y las sensaciones que les habían poseído al transformarse en él. Como en un bautismo adquirían el nombre adulto que todos gritaban varias veces al unísono: «Hijo del León», o «Hijo del Leopardo», o «Hijo del Cocodrilo»…

Las mujeres también cambiaban de nombre, pero a los diez años, con el ritual de la circuncisión. Poseídas asimismo por los delirios alucinógenos que causaban las hierbas sagradas, preparadas por Wansá, soportaban el terrible dolor provocado por la mutilación y viajaban al Akaswa, el lugar donde habitaban los espíritus de sus antepasadas, con las que se encontraban para recibir de ellas el nombre que les correspondía, según sus habilidades y características y en función de la misión que debieran realizar en esta vida. Cuando volvían en sí se presentaban declarando el nombre recibido: «Hija de la Luna», o «Hija del Sol», o «Hija de la Montaña», o «Hija de la Magia»…

Justina, que ayudaba al médico en todo lo que podía desde que los indígenas se dejaban curar por los blancos, comenzó a especializarse en partos, porque las nativas no consentían que un hombre las examinase o tocase en la zona genital, así a sus conocimientos de enfermera añadió los de partera. De esta forma conoció la horrible mutilación a la que sometían a las niñas, en la que les cortaban el clítoris, los labios mayores y menores, y luego cosían la vulva dejando apenas un pequeño orificio para asegurarse de que llegaran vírgenes al matrimonio.

La primera vez que Justina atendió a una parturienta creyó que padecía una deformación congénita, el impacto fue tan grande que casi se marea. Innemewa se hallaba tendida en el suelo a pocos metros de la choza de Wansá que la abandonó a su suerte argumentando que la había poseído la *awmach*, porque llevaba tres días de parto y el niño no nacía. La hechicera no sabía que el feto se hallaba mal situado y que había que ayudarle para que su cabeza se colocara en la posición de salida.

El médico y Justina la trasladaron al hospital, pero ella apretaba las piernas cada vez que el doctor intentaba reconocerla, a pesar de los intensos dolores y los desesperados gritos que emitía se negaba enérgicamente con todo su ser y con todo el cuerpo. Como no entendían sus palabras tuvo que venir el padre Anselmo para traducirlas: «Morirá antes de permitir que un hombre la toque». Así que Justina la ayudó sola, como pudo. Le aplicó éter y una vez dormida le practicó una cesárea, ya que era imposible que por el

orificio exiguo de sus genitales pudiese maniobrar para girar al bebé. Incluso con su inexperiencia Justina logró salvarlas, a Innemewa y a su hija. A partir de esa hazaña se convirtió en la partera de la tribu, porque algunas nativas prefirieron que ella las asistiera en ese trance, y en la enemiga de Wansá, que sintió debilitarse su poder por culpa de la monja.

XVIII

Una mujerona valiente y bella fue Andrea de Luna Linares, como indica su nombre, y también una fuerza salvaje de extraordinaria furia. Nació en Baena allá por los años veinte, en concreto en 1922, en el seno de una familia acomodada que pronto se vino a menos. Aunque muy delgada en la juventud, a medida que envejecía, su cuerpo iba engrosando hasta llegar a exhibir una gordura lozana, apreciada todavía en aquella época. Mucho después vendrían las modas imponiendo siluetas de maniquí, provocando anorexias e inundando revistas y vallas publicitarias con imágenes de mujeres desnutridas, cadavéricas, tan enclenques como osamentas andantes. Pero en los tiempos de Andrea, la redondez se consideraba un don preciado.

El pelo oscuro y largo le caía ondulado por encima de los hombros, que a veces se recogía en un moño bajo dejando en evidencia su sugestivo cuello. Sus destacadas cejas resaltaban la belleza de unos penetrantes ojos marrones, enmarcados en la cara ovalada de facciones hermosas. Su mirada, atrayente como un imán, a la vez era tan incisiva que sostenerla un instante se hacía insoportable, llegaba un punto en que había que apartarla, parecía una hoguera voraz. Y su esbelto cuerpo emulaba las estatuas de Miguel Ángel, perfecto y sensual.

—*Si yo hubiese querido, Andreíta, con diecisiete años podría haber sido modelo, o actriz, o bailarina, o cualquier otra cosa que me hubiera propuesto. A esa edad ya había tenido muchos pretendientes y un novio al que dejé por engañarme. Me ocultó que tenía una hija y, aunque estaba enamorada a más no poder, si algo no soportaba era la mentira. Siempre he considerado que no hay mayor traición que el engaño. Y sí, mi niña, seré orgullosa, pero jamás pude perdonarlo.* —Se enteró del hecho por una costurera, conocida de la madre. Andrea permaneció impactada, igual que si le hubiesen asestado una traicionera patada en mitad de su vientre. Durante unos minutos una aguda parálisis se apropió de sus músculos, dejándole el rostro acartonado, incapaz de mostrar gesto alguno, lívido, tan tieso como una alpargata, tan helado como un carámbano. Tras esos breves segundos de congelación repentina el calor de la ira despertó como un volcán rugiente, y fue subiendo por su cuerpo, derritiendo cada tempano formado con antelación. El ardiente furor se le arremolinaba en cada tejido, en cada rincón, como una lagartija que corretease asustada de un lado a otro. De pies a cabeza la lava se extendía, conquistando cada poro, cada víscera. Cuando la quemazón llegó a

sus ojos, achispados de cólera, la roja mirada se convirtió en un lanzallamas, en un dragón que escupiese fuego por los ojos en vez de por la boca, y su mente tampoco escapaba al hervidero, bullía con arrebatados pensamientos, de entre los cuales se hacía figura una única cantinela: «¡Me ha mentido!». «¡Me ha mentido!», se repetía internamente. En ese mismo instante tomó la decisión, firme, tajante, jamás permitiría a ningún hombre que la engañase, por mucho que lo amara, en realidad nunca se lo permitiría a nadie.

»En aquel momento no me importó truncar una relación de más de un año, Andreíta, ni el qué dirán, ni quedarme compuesta y sin novio. Un mal grave en aquella época. La verdad, solo tenía una meta, una obsesión y un único camino: plantar a mi novio. Y puedo asegurarte que nunca me he arrepentido, ni de eso ni de nada, porque lo que está hecho… hecho está.

De nada le sirvieron los conservadores consejos de las primas, mujeres abnegadas, adaptadas a esa etapa de la Historia en la que el hombre cosechaba privilegios y la mujer debía ser sumisa, complaciente, someterse a una férrea jerarquía familiar en la que imperaban los varones: marido, padre, hermanos e incluso hijos. La madre, aunque preocupada por el qué dirán, no dijo nada, la prudencia que la caracterizaba le impidió expresar la opinión, pero temía que la hija se quedase solterona, condena habitual para aquellas mujeres que, como Andrea, ya habían tenido un novio. La familia intentaba quitarle hierro al asunto y resaltar los dones de su prometido: que no había mejor muchacho, que la quería a rabiar, que después de todo no tenía ninguna relación con la anterior pareja, que seguía soltero… Le insistían como un eco. También le recomendaban que tuviese en cuenta sus posibles, ya que era un hombre bien situado, un buen partido como suele decirse, y en aquellos tiempos, recién terminada la guerra, venía mejor que nunca tener a alguien afín al régimen, que le evitara pasar las fatigas del hambre. ¿Qué más podría querer una mujer? Debía estar contenta por lo que le había tocado en suerte.

Tampoco el enamorado consiguió disuadirla, a pesar de que le pidió disculpas, en más de una ocasión, y trató de convencerla de que no la engañó, de que solo le ocultó alguna información por miedo a perderla. Sin embargo Andrea se mantuvo firme, por mucho que dijeran nadie le haría cambiar de idea. Prefería ser mal vista, permanecer soltera toda la vida, no tener qué llevarse a la boca, cualquier cosa antes que aceptar a un mentiroso y cobarde. Entonces no se hubiese creído que años después ella misma tendría que mentir, para mantener a salvo el secreto de la abuela.

—Así que como te digo, hija, hice muy bien en plantarlo, de otro modo no habría tropezado con el Sevillano. Y el domingo después de

conocerlo, como todos los festivos, acompañé a mis primas y a Mamá Justina a la misa de doce. Él merodeaba por las inmediaciones de mi casa y tuve oportunidad de admirarlo de nuevo.

El joven, desde el incidente de la fuente, había acudido sin faltar a aquella calle, cada día aguardaba el milagro de verla otra vez, anhelaba con vehemencia que su figura excelsa asomara por la puerta de la vivienda que la cobijaba y, por fin, aquel festivo su deseo se hizo realidad. Contempló maravillado cómo la muchacha cruzó el umbral de la puerta. Ella lucía una camisa de flores, de alegre tonalidad, entallada a la cintura por un ceñidor de color crema, con un escote alto en forma de V que impedía mostrar sus abundantes senos, pero que los insinuaba, y una falda azul, estrecha, que caía por debajo de las rodillas permitiéndole mostrar unas esbeltas pantorrillas, indumentaria que resaltaba su estupenda silueta y que cautivó a Francisco, más de lo que ya estaba.

—Pero en esa ocasión, niña, me encontré a un hombre bien vestido, muy elegante. Una camisa clara y un pantalón beige cubrían su piel, ropa sencilla y no muy cara, pero que destacaban en la apuesta percha que él era. No se me olvida, no, lo recuerdo como si lo estuviese viendo en este preciso momento. Lucía el pelo engominado, peinado hacia atrás, lo que resaltaba su atractivo y sus facciones. Me pareció un torero con su traje de luces… tan guapo, tan luminoso, tan altanero…

»No pude ignorar su presencia, de nuevo nuestras miradas se tocaron y de nuevo sentí que el huracán aparecía y que me zarandeaba aún con más fuerza que la vez anterior. El suelo, en esta ocasión, aparentaba hallarse a mil metros de distancia, casi no podía pisar el pavimento, como si la Tierra, de pronto, se hubiese quedado sin fuerza de gravedad o yo fuese un globo de gas que me elevase sin control. No sabía a quién mirar, si a mis primas, si a mi abuela, para comprobar que no notaba nada, o al príncipe de los ruedos que él se me antojaba en aquella situación.

Al pasar por su lado Francisco saludó a la matrona.

—Buenos días, señora Justina. ¿No se acuerda usted de mí?

—Pues… no, la verdad es que no caigo —respondió ella mirándolo con ojos de escrutinio y buscando en su memoria algún recuerdo de aquella cara.

—El hijo del sargento Castro. Lo trajo usted al mundo y vine yo a avisarla.

—¡Ah! Claro. ¿Cómo está el chiquillo?

—Creciendo, señora, sano y fuerte.

—Creo que le llamarón Tomás.

—Sí, señora, exactamente.

—Pues dele recuerdos a la madre y vaya usted con Dios. —Se despidió apresurada, porque no fuera a llegar tarde a misa y porque

tampoco gustaba de muchas chácharas.

Mientras tanto Andrea pensaba que le iba a dar un infarto; temía que él cometiera cualquier imprudencia y que Mamá Justina le tomara ojeriza para siempre, porque la mujer cuando no tragaba a alguien no lo tragaba ni así hiciera el pino delante de ella.

—Con Dios vaya usted también y su compañía —se limitó a decir el Sevillano.

Respiró más tranquila la joven al observar que sus temores no se cumplían. Pero presintió en la nuca la mirada del Sevillano que, en efecto, las seguía a cierta distancia.

Francisco entró en la iglesia, a pesar de que él solo la había pisado dos veces en su vida, cuando le bautizaron y el día que hizo la primera comunión. Ello le convertía en cristiano, pero no por convicción, como otra mucha gente seguía la inercia de la costumbre, sin cuestionarla ni tomar partido.

En la capilla se sentó en un banco estratégico, donde poder ver a la amada sin levantar sospechas. Allí estuvo admirándola, disfrutando de su imagen en la lejanía, y luego salió el primero para esperarla fuera, albergaba la esperanza de que en algún momento pudiera hablar con ella. La excitación y el desasosiego le empujaban a caminar sin tregua, de un lado a otro, a fumar empalmando los cigarrillos y a exhalar humo hasta por las orejas, como una chimenea.

La abuela se marchó al terminar la misa, mientras las muchachas se quedaban en la plaza. Y desde luego él no perdió la oportunidad, en cuanto desapareció Mamá Justina de su vista, con presura, se acercó a las jóvenes.

—Andrea... ¡Está usted preciosa! Bueno, no es que lo esté, ¡lo es!, ¡lo es! Jamás he conocido a nadie con esa hermosura. Déjeme acompañarla, le prometo que no se arrepentirá, incluso puedo invitarla a una gaseosa, si es de su agrado.

Ella, al principio, le ignoró, ni siquiera se dignó a contestarle, pero él no estaba dispuesto a desistir tan pronto.

—¿Me permite, Andrea…? —trató de averiguar, con voz insinuante.

—¿Pero no ve que ya está acompañada? —replicó la prima Margarita.

—Miarma, creo que su prima no es muda —le respondió Francisco, y dirigiéndose a Andrea volvió a preguntar—. ¿Qué me dice, le molesta que la acompañe?

—Como ha dicho mi prima ya tengo compañía.

—¿Qué mal puede hacerle que dé unos cuantos pasos a su vera?

—No acostumbro a pasear con desconocidos —objetó Andrea—, y aunque sea la segunda vez que se dirige a mí no nos conocemos

de nada.

—Pero, mujer… si eso es lo que quiero, que me conozca. Deme una oportunidad.

—Está bien, puede venir con nosotras y así me cuenta algo de su vida, pero solo un rato.

—Claro, yo le cuento lo que usted quiera, como ya le dije soy de Sevilla. ¿O no se lo dije?... El otro día festejaba que acababa de licenciarme del ejército, lamento el estado en que me vio. De no haberla conocido ya habría cogido el petate y marchado a mi ciudad de origen, pero puedo asegurarle que me quedo aquí a vivir si es necesario para seguir teniéndola a mi lado, incluso me reengancho otra vez, y mire que estoy harto de uniforme.

—Tenga en cuenta que yo no soy de aquí, vivo en Baena. Visito a mi abuela y a mis primas, pero dentro de un par de semanas vuelvo a mi casa.

—Al fin del mundo iré yo para contemplarla, lo único que necesito es que me acepte.

—Bueno, me parece que va un poco rápido, que usted es de los que se les da una mano y se agarran de todo el brazo. De momento empecemos por conocernos.

—No crea, que yo me adapto a lo que haga falta, si hay que correr se corre y si tengo que pararme me quedo como un mástil huérfano de bandera. Aunque reconozco que me he embalado, pero es que me ha dado fuerte, le aseguro que esto que siento por usted ni sabía que existía, jamás lo había sentido antes.

—Pues conmigo tendrá que frenarse, si quiere que nos sigamos viendo.

—Claro, claro, no se preocupe que sabré contenerme, por la cuenta que me tiene.

Muchos encuentros como estos se fueron sucediendo hasta que la relación se formalizó. Aunque a Mamá Justina no le hizo ninguna gracia aquella elección, pues le hubiese gustado que su nieta se emparentase con alguien de postín, tampoco se sentía con derecho a exigir, después de todo ya había tenido un novio y esto podía acarrearle una impuesta soltería. Su madre no pronunció palabra, como de costumbre guardó silencio, y de este modo consentía la relación de su hija con el muchacho, porque quien calla otorga.

Andrea le habló a Francisco de su anterior relación, de por qué había dejado a su prometido tres años antes, no quería que él se enterase de otro modo ni que hubiese secretos entre ellos, pero Francisco no le dio la menor importancia y ella vivió un noviazgo de ensueño. El Sevillano, atento y cariñoso, se desvivía en atenciones y siempre la respetó. Si algo nubló la magia que cada día se derramaba por todos los rincones fue su talante jaranero, los

rumores de que le habían visto con otra, y con otra, y con otra más, y los constantes avisos de sus primas.

—Ten cuidado, Andrea, que es un mujeriego. ¿No lo estás viendo? Cuando te deja en casa él se va de parranda —le advertía la prima Margarita.

—Lo sé —confesaba ella—, pero no me lo oculta, es sincero y asegura que, aunque salga con otras de fiesta, la única en su vida soy yo. Es un hombre fiel, a pesar de que no lo parezca. Además, el día que yo me entere de que se lía con alguna fulana lo tiro a la fuente donde lo encontré y lo borro de un plumazo por el resto de mis días.

—¿Pero eres boba? ¿Qué te va a decir él? Todavía no conozco a ningún hombre que confiese sus infidelidades. No me puedo creer que con tu genio no lo hayas mandado ya a paseo.

—Seré boba, como dices, pero quiero confiar en su palabra y en mi intuición —respondió Andrea.

—Pues… ¿Sabes qué te digo? ¡Qué verdad más grande es esa de que el amor es ciego! Y tú en los ojos tienes una venda como una catedral —concluyó Margarita.

Andrea creía que su fuerza magnética era lo bastante poderosa para retenerlo y para, si era necesario, ponerle los puntos sobre las íes, establecer los límites y, como si se tratase de un cercado, lograr que él no los traspasara.

Los acontecimientos se precipitaron con la muerte de Lola que propició la separación de los enamorados durante un año, ya que Francisco marchó a Sevilla a trabajar y Andrea, que no quería casarse de luto, al igual que su madre, dispuso que cuando el dolor que le mordía el alma se hubiese calmado, se casarían en Baeza como Dios mandaba y se trasladarían después a Sevilla. Mientras tanto viviría con sus hermanas en la casa de la abuela.

Francisco sabía que cuando Andrea tomaba una decisión nada ni nadie podía lograr que cambiara de idea, así que a pesar de lo que le costaba alejarse de ella aceptó a regañadientes la temporal separación.

—Esperaba que este relato te gustara, pero nada, ni te inmutas. Me entras ganas de zarandearte, a ver si así despiertas. Ya no sé de quién hablarte, niña. Esta mañana pensé, a lo mejor es Francisco uno de los hombres de las cartulinas. Pero se me acaba el repertorio y me debato entre la rabia y el desánimo. Y pasan los días y las semanas y… Cosa que a mí me da igual porque ya sabes que soy eterna y que el almanaque no me afecta, pero a ti se te escapa la vida en esa especie de sueño sin reposo, cada minuto, hija, que pierdes en la inopia, es un desgarro para mi espíritu, tan hondo que ni yo misma encuentro su final. Te aseguro que si pudiera haría un trato con Dios, a mí que me

durmiera y a ti, a cambio, que te abriera los ojos y a tu mollera le devolviera todos los recuerdos.

»Porque no entiendo cómo no puedes acordarte de nada. Ni siquiera de ese chiquillo por el que bebías los vientos, del que, la verdad, no sé qué pudo atraerte porque era feo con ganas, destartalado y malaje. También tengo que decirte que no me gustó nada que fueras tú la que se declarase, sí, Andreíta, ahora será normal que las mujeres se muestren, con eso de la igualdad, pero creo que siempre has sido demasiado arrojada, y rebelde, y cabezota. Mira que él te daba calabazas, pues tú no querías enterarte y yo me ponía mala cada vez que ibas a buscarlo, me entraban ganas de estrangularte, sobre todo cuando lo veía sobarte, porque sabía que se aprovechaba de ti y que luego te dejaría el corazón roto, como así fue. Tampoco se me olvida el día que llorabas sin descanso porque tu padre no quiso comprarte un helado, ni los berridos que dabas, no me extrañó que te quedases afónica toda esa semana, hija, que ese genio tuyo te ha traído más de un disgusto, claro que tienes a quien salir. ¿Y qué me dices de cuando te escapabas por la ventana y te castigaba tu madre? Los sofocones que le dabas a la pobre, y el peligro que corrías al saltar desde tan alto, que no te has matado de milagro. Y no creas que son reproches, que también reconozco tus virtudes y admiro tu inteligencia, tu alegría, tu independencia. Sé que en el fondo eres noble, trabajadora, estudiosa… Me sentía muy orgullosa cuando traías tus notas, todas con sobresaliente. ¿Quién será esa señora que habla en la puerta con tu madre, Andreíta? Mira, viene con ella hacia ti.

La mujer se aproximó a la muchacha, la miró en silencio durante unos instantes, la destapó, le acarició las mejillas y luego levantó sus brazos, soltándolos más tarde con cuidado encima de la cama, con las palmas hacia arriba, y posó en ellas unos imanes redondos que extrajo de un estuche. También sacó varias piedras de distintos colores y, de igual modo, las colocó en el cuerpo de Andreíta, con un orden y una alineación precisa, una azul en el centro de la frente, otra celeste en la garganta, y otra amarilla sobre el abdomen. Las dejó actuar durante unos treinta minutos mientras efectuaba movimientos con sus dedos, como si apartase partículas invisibles o tirase de unos hilos inmateriales. Cumplida la media hora retiró los imanes y los minerales, que se habían oscurecido, parecía que hubiesen absorbido los malignos humores de la joven, los lavó en el aseo de la habitación, los secó a conciencia y los introdujo en el estuche del que los había sacado. Repitió este tratamiento todos los días, durante una semana, pero ningún signo de mejoría pudo observarse en Andreíta, que continuaba dormida en espera de que el apuesto príncipe la despertara o la muerte decidiera, de una vez por todas, terminar con su aletargamiento.

Otra decepción más para su madre y para su bisabuela que advertían agotarse los recursos y con ellos la esperanza, que a pesar de todo se negaban a resignarse aunque las fuerzas les abandonaran.

XIX

Umezuwa, que tenía diecinueve años, se preparaba para su próximo ritual de casamiento, la costumbre exigía que los varones, al cumplir los veinte, eligieran esposa. Después de superar varias pruebas en las que se jugaría la vida, para demostrar su valor, se celebraría una ceremonia ostentosa y se convertiría en guerrero menor, lo que le daría derecho a escoger una mujer de entre las que aún se hallaban solteras y casarse con ella, siempre y cuando, a cambio, entregara al padre de la afortunada varias cabezas de ganado o diversas piezas de caza.

El joven sobresalía tres palmos a todos los demás hombres de su tribu, a pesar de que estos tenían buena estatura. Su piel oscura y tersa brillaba cuando el sol la iluminaba, y sus nervudos músculos lucían con la arrogancia propia de un atleta. Del todo rapado destacaban sus facciones con mayor desparpajo. Unos ojos grandes y negros, como los de una gacela, una frente ancha, despejada, unos pómulos angulosos y una nariz recta, más fina de lo común entre los Wantesa, enmarcados en su cara alargada, eran atributos suficientes para hacerle deseable. Sus orejas grandes y colgonas, agujereadas por todas partes, que habían dado de sí debido a los pesados aros de cobre que las decoraban y a los innumerables pinchos de madera que atravesaban sus múltiples orificios, no empañaban el atractivo singular del muchacho. La rectitud de su espalda mostraba una dignidad que también se manifestaba en el porte y en los ademanes. Era delgado y andaba a grandes zancadas, gracias a que la cura de Justina pudo salvarle el pie, en el que todavía se observaban las marcas de algunas cicatrices. Después de todo, aquel zarpazo le enorgullecía, pues mostraba su proeza y valentía.

Desde que le curase la mujer blanca, Umezuwa la contemplaba en la distancia, con discreción, porque no quería desvelar sus sentimientos. Frente a ella se percibía un hombre diferente, se desvanecía el bravo cazador, el orgulloso guerrero, y aparecía un tímido y pequeño hombrecillo, titubeante, inexperto y vulnerable. Sabía que en el poblado no aceptarían una relación con alguien que no fuese de su raza, si se enteraban le darían de lado, sería expulsado y caería la vergüenza sobre él y su familia, y quién sabe lo que le harían a su amada Justina. También temía que la monja lo rechazara, pero a pesar de todo ello la buscaba a cada instante porque la razón y el temor, la pequeñez y la vulnerabilidad, eran más débiles que su corazón.

Comenzó a ir a la escuela para estudiar español y poder comunicarse con ella, y se descubrió un buen estudiante, al menos así lo reconocía la hermana Gertrudis, la monja maestra. Pidió permiso al médico para observarle en el hospital y aprender la profesión, de este modo podría tenerla cerca, y también acudía a diario a misa, para comprender mejor la cultura y la religión de aquella hembra que le salvó la vida, y que le pareció un ángel cuando deliraba entre las fiebres y la veía con ojos de moribundo, etérea e iluminada como el espíritu de sus antepasados, todopoderosa y divina como alguna de las diosas de su tribu. Justina se encontraba muy próxima limpiándole el sudor y tratando de refrescar su frente con un paño húmedo, tan próxima que su aliento le rozaba la cara, y olía tan diferente. Ese olor extranjero, suave y seductor, le atraía de forma inesperada, parecía hipnotizarle y despertarle una fiebre distinta que le invadía cegadoramente, que le incendiaba sus atributos de hombre. Y su valentía también lo cautivó, cuando nadie se atrevió a tocarlo ella no tuvo miedo, fue la única que estuvo a su lado retando a la *awmach*.

Al principio le bastaba con mirarla, con desearla en silencio e imaginarla en sus brazos, pero cada vez se le hacía más difícil sujetar el anhelo que crecía en su pecho y en su hombría, el impetuoso apetito que mordía sus entrañas.

Casi sin darse cuenta entablaron una amistad entrañable, que a él incluso le dolía. Sabía que Justina jamás sería suya, que su amor era imposible, porque además de todas las dificultades que entrañaba ser de distinta raza y de diferente cultura, ella nunca había dado muestras de corresponderle, y también había oído decir a la monja de la escuela que Justina pronto se casaría con Dios, cosa que él no terminaba de entender y que le enfadaba como a un búfalo y le lastimaba más que una herida causada por un leopardo.

Pero a medida que la relación entre ambos se estrechaba también iba creciendo en Justina un ardor recóndito y desconocido. Cada día esperaba con más ansia el momento en que él llegaba y, cuando no ocurría, una inquietud extraña se apoderaba de ella. Se desvelaba por las noches sobresaltada, unas veces porque en sus pesadillas le veía tendido en el suelo, sobre un charco de sangre, degollado por las garras de un león o los dientes de un cocodrilo, otras veces porque en sueños se dejaba arrastrar por su pasión, se entregaba sin reservas a aquel hombre de alma salvaje y de cuerpo rotundo, angulado y atlético, caliente y húmedo, en el que se perdía, contra el que se ceñía mientras las manos varoniles acariciaban sus senos, y su espalda, y su vientre, y sus muslos, hasta que su erecta lanza la poseía con frenesí. Se estremecía y gemía, como nunca lo había hecho, con un fervor insólito. Despertaba

angustiada, empapada en sudor, temblando, con su aplomo empañado de placer y una culpabilidad tan grande como el pecado original.

Justina al principio no quería reconocerlo, cada vez que él acudía a su pensamiento lo apartaba, se resistía con saña, con fastidio pero con una voluntad de acero. Se negaba a sí misma que aquellos sentimientos fuesen reales. ¿Cómo podía sentirse atraída por un bárbaro, por un hombre negro que iba medio desnudo y creía en brujerías? Ella, que se consideraba la mujer más sensata del mundo, fiel cumplidora de la moral cristiana, ferviente seguidora de los principios católicos desde niña; ella, que pronto sería la esposa de Dios, ¿cómo podía albergar esos deseos impuros? Algún mosquito selvático debía haberle picado y trastornado su mente, o un hechizo de aquellos en los que no creía la habría poseído, de otro modo no podía haber ocurrido.

Aunque Umezuwa no imaginaba siquiera lo que acontecía en el corazón de la monja, ya no podía más, estaba decidido a arriesgarse, prefería sufrir su rechazo que seguir guardando ese secreto que lo mataba por dentro. Aquel día Justina se encontraba en el huerto recogiendo algunas verduras, era un lugar apartado y por lo general solitario, quedaba a unos cientos de metros de distancia de las chozas y su ubicación dificultaba que pudieran ser vistos desde el poblado. Así que el Wantesa aprovechó estas circunstancias para abordarla sin preámbulos.

—Hermana, ¿puedo ayudarte?

—No hace falta, Umezuwa, ya estoy terminando, pero muchas gracias por tu ofrecimiento.

A pesar de la negativa el joven entró en el huerto y se aproximó a Justina.

—Hoy raptarán a la luna y la oscuridad esta noche será tan grande como mi pesar.

—Supongo que quieres decir que habrá luna nueva, ¿no? ¿Y eso te pone triste?

—La cuarta vez que vuelva a crecer hasta su límite y brille en el horizonte como los ojos de un búho tendré que casarme y yo… no podré elegir a la mujer que amo.

—Yo también me casaré pronto —declaró mordiéndose el labio y con el pecho encogido, luego agachó la cabeza esquivando mirarle y evitando que él descubriera sus íntimos apetitos, como si estos navegasen por el aire, o por sus ojos, y pudieran delatarla.

—Ya sé que te casas con tu dios. Jamás habría imaginado que una mujer y un dios pudieran casarse —contestó Umezuwa algo molesto.

—Es difícil de explicar.

—¿Tú le amas?

Justina se quedó callada unos instantes, no sabía cómo responder a aquella pregunta sin mentir, no podía gritar lo que le hubiese gustado, que solo lo amaba a él, ni hacer lo que las ganas le exigían, deslizar su mano y acariciar ese cuerpo desbordante que tan apetecible le parecía, apretarse entre sus brazos y olvidarse del mundo, pero dominó la tentación al recordar que una monja no debía permitirse ser impura.

—Es un amor distinto al que se le tiene a un hombre —pronunció por fin.

—Justina… yo… —Umezuwa, con suavidad, le rozó su barbilla y alzó su cara.

Coincidieron sus miradas durante un buen rato, ninguno fue capaz de apartarla, como si un imán invisible estuviese actuando. Él sujetaba sus ganas de abrazarla, de besarla, de poseerla, y se estremecía con aquel contacto etéreo. Ella se debatía entre sus contradicciones: el peso del deber, sus principios cristianos, los votos que pronto tomaría, su condición de sierva del señor, y su también callado afán de ser suya. El tiempo pareció detenerse, la brisa que en ese momento se levantó se llevó todo pensamiento y toda contradicción dejando desnuda la pasión que crecía entre ambos. Ninguno supo cómo se produjo, pero de pronto se descubrieron besándose, con sus bocas sedientas bebiendo de los labios del otro, con sus cuerpos pegados, ambos estremeciéndose por completo, con la locura instalada en sus corazones y el hambre de caricias devorándoles. Él, entre susurros, le decía que la amaba y ella, sin palabras, confirmaba que le correspondía. Se olvidaron del mundo y, con ansia, dieron rienda suelta a lo que tanto reprimieron.

XX

Andrea persistía, como cada día desde que la niña enfermó, contándole retazos de su vida y de sus antepasadas, igual que la chamana de una tribu que transmitiera a su discípula conocimientos sagrados, pero también con más resignación, con menos optimismo.

—Cuando estés bien te llevaré a la playa, Andreíta, y espero que disfrutes tanto como yo lo hice aquel verano que viajamos toda la familia a la finca de mi abuelo. El caserón se ubicaba en lo alto de un cerro, cuya ladera lamían las olas al subir la marea, con glotonería; se erguía como un vigía que custodiase la costa. De las rejas de las ventanas colgaban macetas repletas de geranios y gitanillas de distintos colores, tan vistosos que resaltaban sobre el muro de cal de la fachada. Se extendían las piezas de la casa a uno y otro lado de un patio central, en el que un pozo blanco, tapado con una circunferencia de madera, ejercía de anfitrión, y al lado de la tapia del fondo crecían jazmines tan frondosos como selvas, que esparcían el aroma dulzón de las flores por todo el recinto, no te puedes imaginar cómo olían, mejor que un perfume de Chanel. Nada más entrar fue lo primero que percibí, esa esencia bendita acariciando mi olfato, el aroma del verano transportándome por los días estivales ya vividos. Lo había decidido hacía tiempo, que ese sería el olor del verano, la estación que más me gustaba desde pequeñita, porque la alegría amarilla de los días soleados me rondaba a todas horas y me penetraba por los poros de la piel, se me introducía en los músculos concediéndome un vital desparpajo.

»Asociar olores a las cosas, situaciones o vivencias, se convirtió en uno de mis entretenimientos favoritos. Así, desde que tenía unos cinco años resolví que el verano olía a jazmín, lo determiné en un impulso, sin pensarlo siquiera, sin dudas ni titubeos, de manera instintiva, del mismo modo que más adelante fui asignando a cada estación una fragancia propia. A la primavera le concedí olor a azahar, el otoño olía a hierba mojada y también a hojas secas, el invierno a chocolate, porque, cuando todavía mi padre tenía una boyante situación económica, en los frescos días de invierno cada mañana desayunábamos un buen tazón con churros, bien calentitos; pero también los amaneceres tenían perfume, estos me recordaban la hierbabuena, y los atardeceres, el olor a leña quemada en la hoguera; los momentos en que mi abuela nos reñía tenían un tufillo a rancio, a tocino añejo, y aquellos otros en que me divertía con mis primas, aroma a brisa marina, lo supe la primera vez que vi el mar, hija, ese verano del que te hablo, en el que todos juntos disfrutamos de la playa.

»Me quedé impresionada frente a la inmensidad del líquido azul que

apareció ante mis ojos al llegar a la costa, parecía interminable, no podía imaginar de dónde había salido tanta agua ni qué misterio impedía que el mar se desbordara y lo arriase todo. Me quedaba mirando la línea de la orilla, plantada allí, descalza, en la arena fina, y luego me acercaba despacio hasta pisarla. ¡Cuánto me gustaba sentir mis pies fresquitos! Era como una caricia húmeda, tímida, vergonzosa, con vida propia. Avanzaba un palmo para humedecer mis pies desnudos en los que sentía el roce de la espuma y el frescor de las olas, y después regresaba alejándose de mí, como si me temiera. Yo le decía a mis primas: «El mar es un cobarde. Se escurre entre mis dedos de miedo que me tiene», y ellas se reían de mi ocurrencia mientras me salpicaban con las manotadas que daban en el agua. «El mar lo que está es mojado», me corregía mi prima Margarita.

»Fueron unos días mágicos, Andreíta, como serán los tuyos, ya verás cuántos regalos te ofrecerá la vida; tienes que estar en disposición de verlos, de abrir bien la mirada y agarrarlos, que no pasen de largo, que a veces los tenemos delante de los ojos y una ceguera súbita nos veta saborearlos.

»Cómo me gustaría que tuvieras los poderes de mi madre, que pudieras verme y escucharme. Porque no creas, cariño, que mi madre era débil, lo que pasa es que soportó muchas pérdidas, seis muertes en menos de diez años no lo aguanta cualquiera, hay que tener agallas para no desistir de seguir viviendo, para continuar soportando en silencio, sin una queja, tanto infortunio. Porque si desdicha es perder a tus padres, o a tu hermana, o a tu tía, o incluso a tu pareja, no te digo lo que es perder a un hijo, y tan pequeñito, mi hermano tenía apenas unos meses cuando el sarampión le arrebató la vida, a todos nos conmocionó la pérdida, pero a mi madre terminó de destrozarla.

»En ese tiempo, hija, la muerte estaba a la vuelta de la esquina, esperando pillar a alguien desprevenido con un simple resfriado, o una infección sin importancia, que luego se extendía y propiciaba el fatal desenlace, o como en el caso de mi hermano que un triste sarampión apagó sus días, pero también moría la gente de viruela y de poliomielitis, de diarrea y de pobreza. Por aquellos años no existían la penicilina ni demás antibióticos de hoy en día que pusieran freno a virus ni a bacterias, todo lo más que te aplicaban cuando caías enferma eran flebotomías o sangrías, y purgantes y enemas, tratamientos rudimentarios que de poco servían.

»Pero volviendo a mi madre, su carácter flemático, taciturno, no mostraba síntomas de flaqueza sino de prudencia, de cautela. Date cuenta de que ella solía saber de antemano lo que iba a ocurrir momentos después. En realidad pertenecía a otra estirpe de mujeres que antaño fueron arrancadas de la existencia, quemadas vivas por ser distintas o tener poderes especiales. Y no te estoy diciendo que mi madre

fuese bruja, ni que se dedicara a urdir aquelarres o conjuros, pero era diferente.

»Que fuera silenciosa no era más que otra forma de sostener con entereza las pruebas que le tocó vivir. Ella sola sostuvo las desgracias, que dicho sea de paso no fueron pocas, nunca quiso apoyarse en nadie para no molestar; exceso de prudencia le llamo yo a eso y consideración. Arrastró su soledad, por tanta ausencia, con sigilo; una soledad amarga y siniestra que pretendía esconder, pero que se le deslizaba en el aliento, como se le escurría por los ropajes enlutados su alma rota de agonía.

»No es de extrañar que enfermara de un cáncer de útero que se la llevó sin contemplaciones en menos de seis meses. Ni siquiera enferma le escuché una queja, y eso que el dolor brotaba en su rostro como de un surtidor, aparecía en su espalda vencida, doblegada. Ella que siempre anduvo recta semejante a una pértiga no era capaz ni de mantenerse en pie. Ni en los últimos días, cuando se le vaciaba la vida piernas abajo y la anemia la obligó a guardar cama, dijo una palabra más alta que otra.

»Sé que se incomodaba cada vez que cambiaba sus sábanas empapadas de sangre, había días que hasta cinco veces, porque el río rojo no menguaba, ya hubiese querido ella evitarme el mal trago vistiendo la cama antes de que yo advirtiera la pérdida granate, pero la pobre no podía, en más de una ocasión la pillé en el intento y la encontré retorcida de dolor, apretándose con una mano el vientre y con la otra apoyada en el colchón, despojada de vigor.

»Me recuerdas a ella cuando su mirada lejana se elevaba hacia el horizonte, y a través de las pupilas podía contemplar el mar de una tierra distante, viajar a su país natal sin moverse del sitio donde estuviera, regresar a ese faro del que tanto hablaba, porque recuerdo que era casi su único tema de conversación.

»Qué pena más grande tuve, Andreíta, cuando falleció. Como ya te dije, después de su muerte tu bisabuelo y yo estuvimos un año separados y, aunque fue duro, antes de que nos diésemos cuenta Francisco se reunió conmigo en Baeza para celebrar nuestro casamiento, que transcurrió como yo quería. Fue una boda con banquete, con baile y con alegría. Nada más terminar la celebración pusimos rumbo a Sevilla. Y, hasta que conseguimos tener una vivienda propia, nos acomodamos en casa de Esperanza, mi suegra. Una escueta habitación con dos camas y un mísero ropero fue todo lo que la buena mujer pudo ofrecernos. Los cuatro tuvimos que dormir en ella, nosotros y mis dos hermanas, por lo que en el primer año escaseamos de las ansiadas escaramuzas sexuales.

»Pronto ayudé sirviendo en casa del dueño del bar donde trabajaba mi marido, a pesar de sus resistencias. Al cabo de diez meses ahorramos lo suficiente para construir la primera pieza, con ello apenas tuvimos para pagar la mano de obra, el salario del oficial, al que ayudaban

como peones Francisco y sus dos hermanos, y porque los materiales los conseguimos pidiendo fiado en un polvero, de no haber sido así habríamos tardado mucho más en levantar la edificación.

»Cuando por fin nos mudamos a nuestra casa, la economía familiar también mejoró. Una de mis hermanas, María, comenzó a trabajar con una modista de alta costura y, aunque de aprendiza ganaba unas míseras pesetas a la semana, a la familia nos venía de perlas. Mi otra hermana, Encarna, se colocó de sirvienta en una casa de postín, en la que se quedaba interna, por lo que de pronto nos encontramos con una boca menos que alimentar y dos sueldos más. Pero esta mejoría fue efímera, pronto se casaron mis hermanas, primero una y luego otra, y nacieron mis hijas, Josefa, y Carmina, tu abuela, ello unido a la enfermedad de Francisco, una tuberculosis muy grave, que le impidió trabajar mientras estuvo ingresado y convaleciente, hizo regresar la escasez a mi vida. Permanecí más de dos meses con él, en el sanatorio, de día y de noche, parecía que yo, de algún modo, también estaba condenada a residir en aquella especie de cárcel. Allí dormía, en un triste sillón más duro que un ripio, allí me duchaba y allí comía, gracias a que las auxiliares me ponían una bandeja como a otro enfermo más, porque hay gente buena en todos sitios, mi niña.

»Apenas iba por mi casa, lo imprescindible para dar una vuelta, lavar la ropa sucia, coger mudas limpias y comprobar que todo seguía bien, y luego visitaba a mi suegra, para ver a mis hijas que tuve que dejarlas con ella. Decían que la tuberculosis era la enfermedad de los poetas, el mal que aquejaba a los sensibleros, pero la verdad es que Francisco siempre tuvo poco de romántico. Ya me hubiese gustado a mí recibir una poesía, o una entrada para los toros, o un frasco de perfume, o un simple ramillete de flores, pero él vivía en su mundo, ajeno a los apetitos que pueda tener una mujer, demasiado centrado en sí mismo, en sus necesidades y deseos. Si de algo enfermó fue de egoísmo, pero no de melancolía ni de nostalgia.

»Cuando Francisco salió del hospital continuó de baja muchos meses, por lo que su sueldo siguió ausente, así que decidí conseguir un poco de dinero con la compraventa de jabón. Buscaba la forma de ganarme el sustento hasta debajo de las piedras. Caminaba a diario diez kilómetros, cinco de ida y cinco de vuelta, porque la fábrica, donde compraba el jabón para luego venderlo, se situaba al otro lado de la localidad. Casa por casa pregonaba el producto que cargaba en un cubo de latón, por lo que a los diez kilómetros anteriores había que sumarles algunos más que recorría en mi trayecto de vendedora ambulante. Terminaba agotada, extenuada por el duro esfuerzo que tan pocas ganancias me daba.

»En una ocasión un amigo de la familia me propuso dejarme un burro, así en un viaje podría cargar varios kilos de jabón, y también me ahorraría la caminata. Acepté el ofrecimiento, a pesar de que el ganado

me daba respeto, y como ese día la pequeña Carmina iba conmigo preferí que la niña montara al animal, para que no padeciera el cansancio del camino. Tu abuela lloró lo indecible, porque le aterrorizaba ir a lomos de la bestia. Me agarraba como una posesa, apretándome el cuello todo lo que podía, para impedir que la subiera encima del cuadrúpedo. Y mira que Carmina era traviesa, una cría inquieta y llena de energía, alegre, juguetona, que se ponía en peligro sin darse cuenta, por lo que necesitaba una atención que a veces no podía proporcionarle. El sofocón que nos enganchó a las dos fue mayúsculo, pero por fin conseguí separar a tu abuela de mi cuerpo y montarla en el burro, al que se abrazó con agonía.

»Para colmo de males, a mitad del camino, algo asustó al asno o le picó algún bicho, pues dio un rebuzno asombroso, comenzó a cocear con las patas traseras que elevaba dando brincos sin descanso y, de pronto, con un soberbio ímpetu se puso a trotar enloquecido. La chiquilla gritaba, se aferraba a su espalda llena de espanto y yo me desgañitaba tanto como ella, corre que corre detrás del pollino, sin poder alcanzarlo, menos mal que un buen hombre pudo pararlo y coger a la niña que en ese momento resbalaba hacia el suelo. Estaba descompuesta, la carita blanca como un fantasma, le temblaban las piernas y el susto vaya si tardó en ir menguando. Yo repetía: «¡Ay mi niña!, ¡ay mi niña!», con gran agitación y sofoco. La abracé largo rato, hasta que se calmó mi ajetreada respiración y pude continuar, por supuesto a pie, con Carmina cogida de una mano y la correa del burro de la otra.

»Cuando a Francisco lo jubilaron por invalidez, porque la bebida lo había destrozado por dentro, montamos una tienda. La tuberculosis le dejó secuelas, pero el alcohol, del que abusaba cada día, terminó con su vida laboral, y casi acaba también con nuestro matrimonio. Y no es que tuviera mala bebida, al contrario, cuando llegaba con varias copas de más venía muy risueño, la alegría se abría espacio en su cara y de allí no se movía mientras le durase la cogorza. Ahora pienso que, tal vez, no encontraba otro modo de sentirse feliz, pero tú no sabes lo que es aguantar una borrachera tras otra y esperar toda la noche sin que vuelva, con la preocupación metida en el cuerpo de si le habrá pasado algo, de si estará con otra, de si habrá decidido abandonarnos… Y espero que nunca lo sepas. Aunque no me amedrenté, no. Es verdad que tardé muchos años en reaccionar, pero cuando lo hice no tuvo más remedio que dejar de beber, demasiado tarde para su salud, eso sí, al menos nuestra vida se hizo más llevadera.

»Así que un buen día resolví ir a buscarlo a la salida del trabajo. A las dos de la mañana salí y me encaminé hacia la puerta del bar donde trabajaba. La calle asemejaba la guarida de un lobo. Cualquiera que me viese pensaría que había visto a un fantasma, parecía volar de rápida que iba, para no dar lugar a que alguien me cerrase el paso o me

persiguiera, para que mi mente no se disparase ideando que me asaltaban, me agredían o me raptaban, cosa que no conseguía porque la imaginación volaba aún más rápida de lo que yo pudiese ir; siempre se me adelantaba. Y cuando él terminó su jornada me lo llevé a casa, casi a rastras, a pesar del mal humor que le causó que fuese a recogerlo y que me decía que yo le dejaba en mal lugar ante los compañeros y el jefe, que a un hombre no se le avergonzaba de ese modo, y todo lo que se le ocurría. Pero como comprenderás, yo, ni caso. «Esto es lo que hay, te guste o no te guste», le dije, «y mientras tú no sepas comportarte como un hombre, vendré a recogerte como a un niño». Y eso hice durante varios meses, hasta que me juró y me perjuró que no volvería a probar el alcohol.

»Pues después vino lo peor. Tu bisabuelo dejó la bebida y aunque ello fue motivo de alegría, porque desde entonces volvió a ser el hombre que conocí en la fuente, primero tuvo que superar un delirium tremens que duró al menos dos semanas, aunque a mí me pareció un siglo. Lo pasó fatal, no te lo puedes ni imaginar, y junto a él toda la familia, en especial yo, y mi nieta Adriana, y mi hija Carmina, porque Josefa ya no seguía con nosotros, llevaba un par de años trabajando en Alemania, donde emigró con su marido; aquí la vida no era fácil y la faena escaseaba.

»Pues a tu bisabuelo se le metió en la cabeza que yo era una prostituta, por esa locura que le entró ante la falta de alcohol, hasta veía a los hombres con los que, según él, me acostaba. Abría los roperos agitado, revolviéndolo todo, señalando con el dedo hacia el fondo del armario y gritando como un poseso que allí se había escondido el granuja de turno, luego se dirigía a mí con los ojos enrojecidos, la boca llena de espuma, apretadas las mandíbulas y el semblante perturbado; me insultaba, me perseguía vociferando, y de no haberme quitado de en medio, quién sabe lo que hubiese hecho. Su rabia descontrolada solo tenía un objetivo, y ese era yo.

»Menos mal que mi vecina me acogió en su casa, estaba más tiempo en la suya que en la mía, a la que iba mientras él dormía, cosa que sucedía a ratos, porque la intranquilidad y la confusión mental no le daban tregua, y cuando me veía se alteraba más, así que yo procuraba evitarlo como comprenderás. Pero las alucinaciones eran de lo más variadas: igual decía que todo estaba lleno de cucarachas que veía arañas gigantescas por los rincones, o sentía recorrer su cuerpo un batallón de hormigas, se rascaba con obsesión y a veces hasta se hería la piel. Otras veces se desorientaba y se preguntaba «¿dónde estoy?», caminaba sin rumbo como un autómata, con la mirada ida y el temor instalado en sus músculos, temblaba igual que un niño y sus piernas parecía que no iban a responderle, y aún se empeñaba en llegar a la puerta e intentar salir a la calle. Mudaba de un estado a otro en menos

de un segundo, del miedo más atroz a la más absoluta tristeza, del sueño profundo a la más intensa excitación, de la ira explosiva a la más completa indolencia, pero su confusión permanecía imperturbable.

»La pobre de tu abuela se llevó la peor parte, tuvo que cuidarlo ella porque yo no podía acercarme. Y para colmo de males mi nietecita Adriana, una hija de Josefa que estaba a mi cuidado, había enfermado de gravedad, por culpa de una hepatitis que casi se la lleva. El médico nos comunicó que apenas le quedaban unas semanas de vida, menos mal que ocurrió un milagro, o eso me pareció a mí porque aquel aciago vaticinio no se cumplió, al contrario, poco a poco fue mejorando hasta que varios meses más tarde se repuso por completo.

»Por suerte la escasez desapareció de nuestras vidas cuando instalé el quiosco de chucherías en la propia vivienda familiar. Utilizaba una de las ventanas de la casa como mostrador y por ese hueco despachaba las golosinas que, aunque no dejaban mucho, nos proporcionaban lo suficiente para ir tirando. Luego fui ampliando el modesto negocio hasta convertirlo en un pequeño comercio en el que vendía casi de todo, lo transformé, como suele decirse, en una tienda de desavíos. A partir de entonces no nos faltaron ni el dinero ni los víveres y, como ya te he dicho antes, ahí fue donde comencé a comérmelo todo y a tener mi nevera atiborrada de alimentos.

»Me encantaba ir a la plaza y venir cargada de fruta, de pescado, de carnes, y de aquello que faltaba en mi tienda. Me alegré en especial por tu abuela Carmina, que mientras escaseó el alimento ella se lo quitaba de su boca. Era tan joven, y estaba tan flacucha que su frágil talle parecía que iba a doblarse en cualquier momento. La pobre trabajaba de costurera con los americanos, los que en aquella época residían en la base militar de Sevilla, gente de dinero que nadaba en la abundancia. Entraba bien temprano, antes de que el sol se levantase, y salía por la tarde, estaba todo el día cose que cose. Allí comía, y así al menos alguien de la familia podía llenar la tripa, pero ella, tan atenta, no se olvidaba de nosotros, la fruta que le ponían de postre la guardaba para traerla a casa y aliviarnos un poco de necesidad a los demás.

En aquel momento Andrea se interrumpió. El médico había entrado en la habitación y, dirigiéndose a Guillermina, le recomendó que continuara sus cuidados en casa.

—No tiene sentido que siga en el hospital. Hemos hecho todas las pruebas posibles, y el tratamiento pueden aplicarlo en su casa. Estarán más cómodos allí.

—Pero aquí… si tiene otro ataque podrán atenderla más rápido.

—No creo que se repita.

—¿Y si ocurre?

—Nos llama y enviamos un equipo, no tardará ni diez minutos. No se preocupe, dejaré el protocolo activado.

Andrea se sentía como si toda esperanza se hubiera desvanecido. Volvían a casa, pero Andreíta seguía sin reaccionar, volvían a casa sin que hubiesen encontrado la forma de reanimarla, sin que la ayuda de la voluntaria, que cada día colocaba piedrecitas sobre su cuerpo, sirviese para nada. Al salir del hospital miró hacia el firmamento, como buscando otro tipo de ayuda. Las nubes, que habían azotado la mañana, resbalaron desde el cielo y, después de permanecer un buen rato suspendidas en el asfalto, este pareció tragárselas.

XXI

Justina ascendía al cielo y bajaba al infierno, todo en cuestión de minutos, en un segundo el recuerdo intenso de su amor la envolvía y al segundo siguiente luchaba con furia contra sus sentimientos. Era una tortura, no podía dejar de verle ni tampoco darse tregua y disfrutar de él por completo, solo lo conseguía cuando estaba en su presencia, porque cuando él la miraba o la abrazaba parecía fabricarse una nube rosa que la protegía de su propia condena, y el presente lo abarcaba todo y sus pensamientos callaban, y sus reproches desaparecían.

Durante un par de meses siguieron sus encuentros, a escondidas se dejaban llevar por lo que era incontrolable, por una abrupta pasión, arrebatadora, que les trastornaba, que les transportaba hasta la cima del éxtasis. Pero luego Justina se sentía sucia, despreciable, culpable, avergonzada, se prometía que no volvería a ocurrir y al poco tiempo incumplía su compromiso.

—Debemos huir —le insistía Umezuwa— antes de que nos descubran.

—Ya lo pensaremos.

—La tribu no lo aceptará, Justina.

—No se enterarán.

—La noche tiene ojos y en algún momento nos verán. Y pronto llegará la luna que me obligará a elegir mujer. Además yo necesito ser tu esposo, ¿acaso tú no quieres?

Justina postergaba la respuesta, no quería ni pensar en ello, si pensaba se asustaba, si pensaba la culpabilidad y la vergüenza la fustigaban sin descanso, si pensaba la felicidad que sentía junto a él volaba como un pájaro y en su lugar se instalaba una negrura densa, una carga que pesaba toneladas. Quería continuar en esa especie de irrealidad donde ella se refugiaba para poder seguir amándole, donde conseguía apartar al mundo, ignorar el color de sus pieles, abstraerse del posible futuro y vivir el presente con toda su potencia. No, no podía pensar en el mañana, pensar en el mañana le arrebataría la dicha del hoy.

Pero la insistencia de Umezuwa la situaba en la realidad, la obligaba a bajar de esa nube rosa en la que pretendía quedarse y a poner los pies en la tierra ocre del Serengueti. Cuando ello ocurría el remordimiento la carcomía por dentro, se sentía desleal a su Dios y a su fe, despreciable ante sí misma, tanto como lo sería para sus gentes y para aquella tribu cuando todos se enterasen de que tenía relaciones con Umezuwa, ¡sin estar casada! ¡Y con un hombre de

otra raza!

Cuando ya no pudo soportar más su guerra interna, cuando la tortura se le hizo intolerable se confesó con el padre Anselmo. Necesitaba desahogarse, liberarse de ese pesado lastre que le estaba impidiendo vivir, que paralizaba su respiración y oprimía su corazón.

—…De nuevo me ha asaltado el remolino, padre, esa hoguera incontrolable que no puedo extinguir, creía que era impaciencia, pero tiene que ser algo más que eso. Me siento incapaz de renunciar a él, aunque soy consciente de que es un amor imposible.

—¿Por qué no vino antes a confesarse, o a pedir ayuda o consejo? ¿Se da cuenta de lo que ha hecho? Lucifer la ha tentado y ha caído de lleno en la trampa. Para siempre estará manchada.

—Lo sé, no me siento limpia, padre, ¿cómo podré ir a Dios con esta mácula? Tengo dudas de que pueda mantener una vida casta y cumplir con el compromiso que se exige a una religiosa. Dudo de que mi vocación sea verdadera, de que este sea mi camino. Dudo de todo, incluso de mí misma. Este amor me ha cogido por sorpresa y es tan fuerte que ha derribado todas mis barreras.

—Lo mejor es que vuelva a España. No puede seguir aquí, Satanás la ha cogido bien y no la soltará. Pero hágalo pronto, la estación de las lluvias altas está próxima, o sale ya o no podrá marchar hasta dentro de varios meses. Y eso sería una locura, no sabemos cómo reaccionará la tribu, pero lo que es seguro es que los dos están en peligro.

—Tiene razón, padre, o lo hago ahora o no lo haré nunca, pero nada influyen las lluvias ni el peligro sino mi incapacidad para mantenerme firme.

Justina preparó sus maletas, enseguida, quería huir lo más rápido posible de algo que había arraigado dentro de su alma, arrancarlo de raíz, porque sabía que de otro modo no podría hacerlo, que de permanecer allí un minuto más escaparía con su amante, y estaba segura de que luego se arrepentiría de por vida, porque las consecuencias que imaginaba eran todas una catástrofe.

Argumentó que había sido requerida por su convento, para no despertar sospechas ni tener que dar demasiadas explicaciones. Se despidió de Umezuwa, que no esperaba ese abandono repentino, casi sin mirarle, sabía que esos ojos profundos tenían el poder de atraparla, que un segundo de contacto hubiese bastado para frenar su decisión y arruinar su vida, y puso rumbo a España acompañada de dos de los escoltas de la misión y de una carta escrita por el padre Anselmo en la que pedía sustituirla.

Mientras se alejaba por el camino de tierra comenzó a llover, una llovizna fina primero, parecía que el cielo lloraba con ella.

Justina miraba hacia atrás, al claro donde se habían congregado todos para despedirles. Umezuwa la seguía con la vista, clavado en el suelo como una lanza, congelado por la decepción, y ella, que de cerca no había sido capaz de enfrentar los ojos del guerrero, le acarició con las suyos desde la distancia, pero su imagen se desdibujaba, se nublaba, porque las lágrimas le impedían ver con nitidez, hasta que solo divisó un punto lejano, un punto que lo significaba todo se quedaba atrás en la llanura, perdido en la inmensidad de la sabana, se hacía pretérito a medida que avanzaba hacia el futuro, un futuro que en ese momento presentía incierto, árido, desolado sin el amor de su nativo. Dos años de su vida desaparecían de pronto, devorados por un pozo de negrura, el mismo que se tragó su virginidad y el mismo que sentía alojado en su alma carcomida.

Nada más emprender la marcha, la llovizna dio paso a un temporal airado. Caía tanta agua que parecía un diluvio, una cortina espesa que impedía ver por completo y que ablandaba el terreno hasta el punto de que las ruedas embarradas se negaban a girar. Tuvieron que resguardarse en una conocida cueva de una colina próxima, hasta que dos días más tarde reanudaron su viaje. Por suerte la tormenta fue nada más una avanzadilla y el resto del recorrido, hasta llegar a Dar-es-Salam, no tuvieron más problemas.

Justina tardó bastante en reponerse de la intensa experiencia vivida en África, pero nunca más volvió, la enterró en los confines de su existencia, a pesar de que no le fue fácil y tuvo que luchar con todo su ahínco contra el deseo de regresar. Dejó sus hábitos y aunque no le hacía falta trabajar prefirió mantenerse ocupada haciendo lo que sabía hacer, se dedicó a ayudar a las parturientas a dar a luz, asistió a tantos partos que comenzaron a llamarla Mamá Justina.

Al poco de volver se casó con Juan, un rico empresario de Baeza, al que aprendió a amar con el paso del tiempo, después de varios años de convivencia, con un amor más dulce, menos fiero, un amor que no la ponía en peligro, que no sacudía los cimientos de su vida, que no enjuiciaba sus esquemas, ni sus principios, ni su identidad, que la protegía del salvaje poder que brotó de sus entrañas, que asomó de improviso por la grieta intemporal de su alma, allí en África. Pero nunca olvidó a Umezuwa, trató de arrinconarlo, de ocultarlo en las cavernas del pasado, en subterráneas zonas de su consciencia en espera de que el paso del calendario borrase por completo sus vestigios.

XXII

Entró en la casa abatida, como el resto de la familia, porque aquella salida del hospital fue para Andrea igual que un destierro. Desterraban a su biznieta, la condenaban a una exclusión definitiva, la expatriaban de la medicina y con ello de la posible cura. Ella tampoco tenía mucho más que ofrecerle, ya le había relatado las historias de todos los antepasados, de cada uno de los personajes que representaban aquellas cartulinas de colores, en especial de las que simbolizaban a las mujeres, porque de los hombres, como no sabía los nombres… Aunque lo único que aún no le había contado a Andreíta era el secreto familiar. De súbito recordó que el día que la niña sufrió el ataque ella le hablaba de su abuela, y que en otras ocasiones en que la mencionó, también hizo algún gesto la chiquilla. Un escalofrío le recorrió la espalda y se le pusieron las carnes de gallina. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Qué iba a hacer ahora? Ella, que regresó del Más Allá para impedir que ese secreto se destapara, se encontraba en la tesitura de tener que ser la reveladora. Y, a pesar de la resistencia que amordazaba su lengua, tomó la decisión de desvelarlo. Tenía que agotar el último cartucho para intentar que la niña sanara. Miró hacia el cielo, buscando en las alturas a Mamá Justina y también su comprensión: *«Compréndelo abuela, no podemos permitir que esta maldita enfermedad continúe. No sé si dará resultado, pero estoy segura de que tú también lo habrías hecho por mí».* Luego se dirigió al dormitorio de Andreíta y le relató lo que le pidió su abuela que callara en el lecho de muerte y lo que ocurrió cuando llegó a Sevilla y abrió el cofre.

—El pequeño baúl contenía un collar de abalorios, hija, varios brazaletes de cobre desgastados por el paso del tiempo, dos pequeñas estatuillas de madera, una más clara, que representaba a una mujer joven, y otra de color muy tostado, que mostraba la imagen de un indígena, y un pequeño diario. Enseguida deduje que debían ser recuerdos de su estancia en Tanzania, de aquella época de la que Mamá Justina siempre evitaba hablar. Comencé a leer el librito y tuve que parar a mitad del mismo. Jamás hubiese imaginado que mi abuela, tan cristiana, tan firme en sus principios, tan puritana, hubiera vivido una historia amorosa como aquella. Pensé que sin duda Tanzania debió trastornarla, que el extraño clima o el singular paisaje influirían en que cometiera semejante desafuero.

»La impresión que me llevé fue tan fuerte que casi me da un mareo. Se me agolparon los recuerdos que cobraron un nuevo sentido, de pronto hilaba frases sueltas que con anterioridad no había entendido y que de

repente se iluminaban. Sí, comprendí muchas cosas, en especial el deseo de mi padre de ser torero y el de mí misma, porque el instinto cazador nos corría por las venas. Toda mi vida se desmoronaba y miles de preguntas, que nunca tendrían respuestas, saltaban por cada rincón de mi mente: ¿Por qué la abuela jamás me contó nada? ¿Para qué me informaba después de muerta y encima me pedía que callase? ¿Cómo iba a ser capaz de sostener el silencio prometido? Pues lo hice, Andreíta, lo hice, me mordí la lengua hasta ahora porque le aseguré, a ella y a mí misma, que siempre guardaría el secreto.

El fragmento del diario que le causó tal impacto decía así:

Acabo de enterarme, en el viaje de regreso a España, de que estoy embarazada. En principio achaqué las náuseas al constante vaivén del barco, pero mi cuerpo me enviaba otras señales que no quise entender.

¿Cómo diré a mis padres que llevo en mis entrañas al hijo de un salvaje? ¿Qué haré si el color de su piel delata mi delito? ¿Cómo seré tratada si además de ser madre soltera, lo soy de un niño negro? ¿Me ha castigado Dios por mi pecado?

Una angustia maldita me ha atrapado, me ronda noche y día, una angustia que me impide dormir y me agita por dentro, y me aprieta en el pecho, y me trastorna el alma atormentada tanto como el cuerpo. Los pensamientos se me arremolinan, la culpa me corroe, y la vergüenza no deja de hostigarme.

Por un segundo la idea de abortar ha cruzado rauda por mi mente, la he desechado igual de rápido. No voy a acrecentar este suplicio volviendo a atentar contra mis principios. Tendré a mi niño y pagaré el precio de mi locura aunque me señalen con el dedo, aunque mi familia no vuelva a mirarme, aunque cada día vea en su cara la imagen de Umezuwa.

Me siento dividida. Una parte de mí quiere escapar del trance, mientras otra se alegra de engendrarlo, de llevar en mi útero un trozo de su padre, mi querido Umezuwa, así estará conmigo eternamente. Qué dura penitencia, no poder desterrarlo para siempre, tenerlo en mi presencia a cada instante y a la vez tan lejos. Guardaré el recuerdo donde nada le dañe, intacto perdurará encerrado en un trozo recóndito de mi espíritu.

Me parece increíble que él, una reliquia de la prehistoria, en sus creencias y en sus costumbres, estuviera dispuesto a rebelarse, a romper las tradiciones, a enfrentarse al exilio y a abandonar su pueblo y, yo, la mujer “civilizada”, haya sido incapaz de reunir el coraje necesario para permanecer a su lado.

Cuando Andrea se recuperó del impacto continuó leyendo el diario y averiguó que, a pesar del gran disgusto que Mamá Justina dio a sus padres, al informarles de la noticia, el juez estaba

dispuesto incluso a pedir traslado a Córdoba, pensaba que seguir viviendo en Lucena sería una tortura para su hija y su familia, que así la protegería de habladurías, ya que una capital se prestaba menos a chismorreos y, después de todo, allí no los conocería nadie. Ella estuvo en el convento de las Hijas de María del Socorro hasta que nació el hijo, que por suerte para todos era de piel blanca. El juez quería hacerse pasar por el padre del niño, pero Mamá Justina se negó con rotundidad. La madre superiora le propuso darlo en adopción porque una mujer soltera con un hijo encontraría rechazo y desprecio, argumentaba, pero Justina tampoco aceptó, jamás abandonaría a su niño. La solución llegó sola porque Juan, un muchacho que iba con frecuencia al convento a visitar a una tía, se había prendado de ella y le había propuesto matrimonio, estaba dispuesto a ser el padre de ese chiquillo cuando naciera y seguro de que la convivencia y el tiempo lograrían que ella lo amara.

En esa época Juan viajaba mucho, llevaba varios meses fuera de Baeza, localidad donde residía, recorriendo Andalucía en busca de clientes para su negocio. Granada era la última escala y desde que se encontraba allí cada semana visitaba en el convento a una tía, la hermana Visitación. No habría mejores circunstancias, a su vuelta podrían llegar casados, nadie se enteraría de que el hijo no era suyo, solo las monjas y la tía Visitación lo sabían, y estas prometieron guardarles el secreto. Todo se hizo como Juan había previsto, se casaron en Granada cuando nació Ramón, acompañados nada más por los padres de Justina y la hermana Visitación. Luego se trasladaron a Baeza donde llegaron aparentando que habían contraído matrimonio un año antes. Aunque los familiares de Juan se enfadaron con él, por haberse casado de ese modo enigmático y no haberles anunciado siquiera que tenían un nieto, pero pronto aceptaron a Justina. Ser la hija de un juez hablaba en su favor, y su actitud cristiana precipitó la aprobación.

Después de leer el diario de su abuela, durante varias semanas Andrea se mostró inquieta, se notaba que algo le preocupaba, pero nada dijo de su disgusto. Saberse de pronto nieta de un Wantesa no era fácil de digerir. Saber que corría sangre negra por sus venas le oscurecía también el entendimiento, y una congoja extraña aparecía y desaparecía, alternando con su agitación. ¡Menos mal!, pensaba, que ninguna de las hijas era de piel tostada, ni las sobrinas, ni las hermanas. Daba gracias por ese milagro, pero… ¿Quién le garantizaba que alguno de sus nietos no naciera mulato o tan negro como un tizón?

Imaginaba que Mamá Justina habría rezado a diario pidiendo por ello, conociéndola como la conocía seguro que su insistencia no había tenido límite y, quizá, las plegarías fueron escuchadas por el

Altísimo, de otro modo no podría explicarse que la genética hubiera sido tan caprichosa, o más bien tan benévola. ¡Ojalá fuera así! Y esa herencia negra estuviese atrofiada o se debilitara con la sucesión de generaciones hasta evaporarse. Necesitaba encontrar la manera de alentarse.

Al igual que hizo la antecesora ocultó el baúl en lo más recóndito de la casa y su pesar lo enterró en el último escondrijo de su alma. Se propuso a sí misma que guardaría absoluta lealtad al pedido de la difunta, que por mucho que le pesara cargar con la cruda verdad siempre haría lo imposible porque no se supiera. De algún modo, sin cuestionarlo, hizo suyo el prejuicio de la abuela, tomó la abrumadora herencia y se dispuso a preservarla.

Apenas había terminado de relatar este episodio cuando Andreíta abrió los ojos, y como si despertara de un dulce sueño bostezó, parecía fijar la mirada en ella.

—¡Señora!, ¡señora Guillermina! ¡Su hija! ¡Su hija ha despertado! —gritaba la enfermera mientras se asomaba a la puerta de la habitación, habría querido correr escaleras abajo, pero no se determinaba a dejarla sola.

Andrea sonreía y lloraba a la vez.

XXIII

Tras su restablecimiento, Andreíta retomó los estudios de Biología con especial aliciente. Se centró por completo en ellos y el año que había perdido lo recuperó en unos meses. Buscaba con ahínco, en la asignatura de Genética, una explicación sobre esa herencia negra que no se había manifestado en ninguno de los descendientes del antepasado africano. Ella sabía que los cromosomas que transmitían el color negro de la piel eran dominantes, y que las probabilidades de que los hijos de una pareja formada por un negro y una blanca nacieran albos eran muy escasas. Indagó en multitud de manuales, exploró Internet de arriba abajo, preguntó a todos los profesores, hasta que por fin, mientras realizaba el cuarto y último curso, encontró la causa en una revista científica que publicaba una investigación sobre la cuestión.

Leyó el párrafo en voz alta, con la intención de que lo escuchase su bisabuela, si es que todavía seguía por allí; aunque hacía algún tiempo que no notaba su presencia se resistía a aceptar su marcha: «La anomalía llamada “cromatosis” debilita a los alelos de tal modo que el gen causante del color oscuro de la piel queda inactivo. La prevalencia de esta rara enfermedad es de 1 entre 100.000 personas. No provoca ningún síntoma al que la padece, pero la progenie heredará la “cromatosis” y nacerá con la piel blanca siempre que la pareja sea de esta raza».

—¿Has oído, bisabuela?, ya no tienes por qué preocuparte, nadie de este linaje desvelará vuestro secreto. Aunque no he tenido ocasión de decirte que no me habría molestado lucir una exuberante piel caoba, lo más mínimo, como tampoco me habría importado tener un hijo negro, habría estado orgullosa de él de todos modos, creo que ser madre debe ser maravilloso. Y no quiero secretos que acechen en las sombras, prefiero que la luz se derrame sobre mí, sobre el mundo, que ilumine nuestras vidas. Los secretos nos visten de tristeza, de culpa, de vergüenza; son un peso tan grande que terminan derrotándonos —confesó al viento esperando que este le hiciera llegar el mensaje a Andrea.

Después de leer aquellas frases, que le parecieron mágicas, y pronunciar esas palabras, se sintió como si hubiese pagado una deuda, en paz con su familia, contenta de pertenecer a aquella saga de mujeres intrépidas, satisfecha de sí misma y deseosa de viajar a África. Buscó una foto de la bisabuela y la colocó en su dormitorio, encima de la mesilla de noche. Contempló la imagen borrosa, un poco rota y gastada por el paso del tiempo, y emocionada dejó

sobre ella una rosa roja, símbolo de su agradecimiento. Entonces recordó las primeras palabras de su antepasada: «No te asustes, Andreíta, que la vida es muy bonita».

Unos meses más tarde Andreíta llegó a Tanzania en avión. Descendió en el aeropuerto internacional del Kilimanjaro y desde allí continúo en safari hasta las cercanías del lago Victoria, la región que habitaba aquella tribu con la que estaba emparentada y tanto interés tenía en conocer. Nada tuvo que ver su travesía con la que Mamá Justina hiciera mucho tiempo atrás. Lo que sí tenía la joven en común con ella era el entusiasmo que la embargaba, se sentía ilusionada, excitada, emocionada, y sobre todo feliz.

El aire alborotaba sus cabellos rizados, castaños, que acariciaban su cara y se apartaba con la mano de vez en cuando. Vestía una camisa blanca con mangas a la sisa y una minifalda ceñida de color granate oscuro. Sus largas y estilizadas piernas, de un matiz tostado claro, destacaban como el bronce, al igual que el resto de su piel. Sacó un pequeño espejo de su bolso de viaje y un lápiz de labios brillante, se retocó hundiendo el carmín con destreza en su boca carnosa, y su rostro aniñado adquirió un aspecto más maduro.

Respiró hondo, percibió el aroma de aquella tierra fértil y extraordinaria, que la envolvía como un manto de alegría. Contemplaba con los ojos muy abiertos las pequeñas florecillas diseminadas por el vasto territorio, que lucían sus colores con honor, la potencia del marrón en el tronco de los árboles, el tapiz de verde hierba asemejando un verde mar, intenso, extenso, inagotable, y algunas bandadas de mariposas que parecían venir a saludarla. Pensó que si ellas hubiesen sabido hablar le habrían contado las historias de sus migraciones, de la tibia luz que las besaba al despojarse de sus disfraces de seda, pero entendió que ellas se expresaban con otro lenguaje: dibujaban con las alas carcajadas en la atmósfera.

Se sintió afortunada de proceder de aquella región apasionada, amplia como un piélago, que irradiaba libertad. Se sintió también afortunada de que un amor tan grande, tan verdadero, engendrase, un día lejano, en aquel continente, al padre de su bisabuela, y de conocer por esta la historia de su familia. Se alegró de que ella hubiese podido volver de ese otro lado misterioso y de quererla como la quería. La extraña relación que mantuvo con Andrea le hacía sentir única y especial. Le habría gustado tanto que la acompañase… Sonrió al evocarla y sus ojos se iluminaron.

En cambio viajaba con cinco turistas que no conocía de nada, dos hombres y tres mujeres, entre ellos dos parejas, que la agencia de viajes había reunido para hacer la travesía más rentable, y con el chófer, un tanzano joven, agradable, que enseñaba sus dientes

resplandecientes a cada instante y explicaba con pasión cualquier detalle del paisaje y de los animales salvajes que avistaban desde el vehículo. Ella iba sentada en el *jeep* en la parte delantera, al lado del muchacho, los demás en la zona de atrás, allí se asomaban por el techo descapotable del todoterreno.

—¿Es la primera vez que visita Tanzania? —preguntó el chófer a Andreíta.

—He debido hacerlo antes, en alguna otra vida, porque todo me resulta muy familiar. Además soy tanzana, al menos en una pequeña parte. ¿No me lo nota?

El joven la miró sorprendido por la respuesta, pero terminó mostrando de nuevo su reluciente dentadura.

—La verdad es que no se le nota nada. Bueno… si me fijo, tal vez su bonito pelo, tan rizado… ¡Vaya, qué mala suerte! Hemos pinchado. Tendrán que bajar todos un momento —anunció volviéndose hacia los demás turistas—. No se retiren del coche, este es un sitio peligroso, si se acercara algún león podría liarla.

Los viajeros mostraron cierta inquietud, bajaron del coche con mucha precaución tratando de ocultarse detrás de él.

—Podrían atacarnos, ¿verdad? —preguntó uno de ellos con un hilo de voz.

—No se preocupen —intervino Andreíta—, yo vigilaré. —Y tomando del *jeep* la carabina que llevaba el guía apuntó al horizonte, se fue girando despacio hasta tener al león más cercano en su mirilla. Esa escena asemejaba otra más lejana, aquella en que Mamá Justina acabó con la mangosta.

—¿Ha disparado antes? —quiso saber el guía.

—Alguna vez tiene que ser la primera.

—Pues será conveniente que retire el seguro, y luego apoye la culata en su hombro. No creo que pase nada, aunque es mejor que esté preparada.

—Fíese de mí, hombre, que soy inexperta pero también audaz, y le aseguro que tengo a quien salir. La abuela de mi bisabuela fue una de las primeras mujeres blancas que conquistaron este territorio.

—¡Vaya! Eso me deja más tranquilo —ironizó el tanzano riendo con todas sus ganas.

En menos de diez minutos la rueda estaba cambiada. Todos volvieron a subir al *jeep* y pudieron continuar el camino sin más incidentes.

Al llegar al territorio Wantesa lo primero que hizo Andreíta fue indagar acerca de los descendientes de Umezuwa. No le fue difícil hallar la información. Supo que el indígena, el abuelo de su bisabuela, terminó casado con una mujer del lugar y tuvo

descendencia. Varias generaciones habían nacido desde entonces. En la actualidad vivían dos parientes lejanos de Andrea: Unula, una bella mujer que ya no residía en aquella tribu porque se había marchado a la capital del país, para trabajar de modelo, y Umezuwa, el hermano, que llevaba el nombre del ancestro.

El joven, que tenía veinticinco años, tampoco vivía en el poblado, aunque una vez a la semana se acercaba por allí, para atender a los enfermos en el recinto donde, muchos años atrás, un misionero español construyera un hospital. El muchacho había estudiado medicina y ejercía esta labor de forma gratuita en aquella región que un día perteneció a sus predecesores.

Andreíta se alegró de recibir tan buenas noticias. Podría conocerle, pensó, pero tenía que esperar al sábado, el día en que él vendría a pasar consulta. Después de casi un siglo y medio las dos familias volverían a encontrarse.

POR ÚLTIMO

¿Te ha sido útil este libro? Sí es así recomiéndalo a tus familiares y amigos. Tómate unos minutos para dejar tu opinión sobre él en Amazon y en tus redes sociales favoritas. Para nosotros los escritores es muy importante conocer la opinión de los lectores, además me ayudarás a darle difusión y te lo agradeceré siempre.

Para dejar tu comentario en Amazon solo tienes que volver a entrar en la página donde has adquirido el ebook y bajar por ella hasta encontrar el apartado **Opiniones de los clientes**.

También puedes visitar mi página de Amazon, en ella encontrarás todos mis libros:

https://www.Amazon.es/Pilar-Gonzalez-Alvarez/e/B016E117TG

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

El espejo egipcio
Digital: https://amzn.to/2tWIHov
Tapa blanda: https://amzn.to/2MIeEsC

El despertar de Abelia
Digital: https://amzn.to/2lNmqpF
Tapa blanda: https://amzn.to/2tLn5ME

Fluir con la vida
Digital: https://amzn.to/2tOhx3Z
Tapa blanda: https://amzn.to/2tMT13k

Cómo superar tu timidez
Digital: https://amzn.to/2tYedSW
Tapa blanda: https://amzn.to/2AGkDum

Publica tu libro con éxito
Digital: https://amzn.to/2PUUkdk
Tapa blanda: https://amzn.to/2PqLv6f

Flowing with life:
https://amzn.to/2S65kBm